

# **SON TODOS CANAS, SON TODOS PUTOS**

**NOVELA**

**AUTOR: JOSÉ LUIS PIZZI**

## **CERO**

El comisario Drago Zubrinic comprendió que de nada serviría ahora decir lo mucho que lamentaba no haber interrumpido las vacaciones cuando leyó las noticias. Tendría que haber dudado y desconfiado de los periódicos y, más aún, de las respuestas que le dieron cuando llamó al Departamento para preguntar por el caso y le dijeron que ya estaba resuelto. Los cuatro se encontraban en la Costa; sus hijos, dedicados, la mitad del tiempo, a comer, mientras él y su esposa releían con paciencia a Cohello y las novelas de Dan Brown. Le había faltado valor para proponerles regresar a Buenos Aires.

## CAPÍTULO I

Era una vieja insoportable, y la tenía atravesada. Como era su médico, le remordía la conciencia por aborrecerla de aquel modo, pero el remordimiento no le hacía odiarla menos. Y es que ni la más generosa de las criaturas hubiera podido encontrar una sola buena cualidad en Alessandra Modarelli: egoísta, mal genio, mala idea, y siempre quejándose de sus dolencias y de las contadas personas que aún tenían la paciencia de acercarse a ella. El cura la había dejado por imposible hacía tiempo y los vecinos hablaban de ella con desagrado y hasta con franca animadversión. Su familia se relacionaba con ella lo estrictamente indispensable por cuestiones de testamentaría. Pero él era médico y no tenía más remedio que hacerle la visita semanal, que no consistía sino en el mero formulismo de preguntarle cómo se encontraba y tomarle el pulso y la presión lo más rápidamente posible. Hacía ya cuatro años que venía, y su aversión -¿fobia?- había crecido de tal modo que ya había dejado de sentirse culpable por la decepción que le producía no hallar en ella síntomas de enfermedad. La mujer acababa de cumplir ochenta y tres años, aunque por su aspecto y su manera de actuar parecía tener diez años más, no obstante lo cual, el médico estaba seguro de que lo enterraría a él y a todos.

Él tenía las llaves y abrió el portal. La mujer era dueña de toda la casa, tres plantas, aunque sólo utilizaba la mitad de la segunda. Ahora bien, por pura maldad, para impedir que la hija de su hermana Ángela Vanina (todos la conocían por Ángela Vanni, la doctora Vanni) se mudara a la planta de arriba o a la de abajo, mantenía la ficción de que ocupaba todo el inmueble. Él no recordaba cuantas veces, durante todos aquellos años, y, especialmente, después de la muerte de su hijo, la había oído despotricar contra su hermana y felicitarse, muy ufana, de frustrar los planes de la familia respecto a la casa. La mujer hablaba de su hermana con un rencor que no había hecho sino acrecentarse desde la infancia.

El médico hizo girar la llave hacia la derecha, y como en Buenos Aires las puertas no suelen abrirse al primer intento, al tiempo que daba la vuelta a la llave, tiraba hacia sí mismo. Cuando la cerradura cedió, él dio un empujón a la madera y entró en el oscuro zaguán. Poca era la luz que se filtraba a través de la mugre acumulada durante décadas en las dos estrechas ventanas situadas encima de la puerta. Él ya se había acostumbrado a aquella penumbra. La señora Modarelli llevaba años sin bajar la escalera, por lo que no creía necesario mandar limpiar aquellas ventanas. También hacía años que la humedad había corroído los cables de electricidad, pero ella se negaba a pagar a un electricista, y el médico ya hasta había perdido el hábito de tratar de encender la luz.

Atacó el primer tramo de escaleras, tratando de darse ánimo con la idea de que ésta era la última visita de la mañana. Cuando saliera de la casa de la arpía, iría a tomar un Gancia con Fernet y, después, a almorzar. Hasta las cinco no empezaba a atender en el consultorio. No tenía planes para después del

almuerzo, ni deseos de hacer algo en concreto; le bastaba con no tener que ver ni tocar cuerpos consumidos o abotargados.

Al empezar a subir el segundo tramo, iba pensando en que ojalá la nueva mucama –la peruana, o así la llamaba la vieja, aunque ninguna se quedaba en la casa lo suficiente como para que él pudiera recordar el nombre- durase más que las otras. Por lo menos, desde que ésta había llegado, la vieja estaba limpia y no olía a orina. Ya no recordaba cuántas mujeres habían pasado por la casa durante aquellos años. Llegaban atraídas por la perspectiva de lo que no dejaba de ser un puesto de trabajo, aunque acarreará limpiar y alimentar a la señora Modarelli y soportar su mal humor, pero no tardaban en marcharse, incapaces de resistir las intemperancias de la vieja ni aún con el imperativo de la más extrema necesidad.

Por un hábito de cortesía, el médico llamó a la puerta, aún sabiendo que era perder el tiempo. El estrépito del televisor, que se oía desde la calle, ahogó el sonido. Ni siquiera el más fino oído de la peruana -¿cómo se llamaba aquella mujer?- captaba su llegada.

Él tomó la segunda llave, le dio dos vueltas y entró en el departamento. Por lo menos, estaba limpio. Una vez, cosa de un año después de que se muriera el hijo, si mal no recordaba, habían dejado sola a la vieja durante más de una semana. Aún recordaba el olor que le asaltó al abrir la puerta –entonces iba cada quince días-: en la mesa de la cocina, platos sucios de una semana con restos de comida descompuesta, en pleno mes de enero. Y ella misma, aquel cuerpo obeso, desnudo, embadurnado de los alimentos que había tratado de comer, hundido en una silla delante del televisor que vociferaba. Aquella vez, ella acabó en el hospital, deshidratada y desorientada, pero al cabo de tres días ya la dejaron marchar. Ella decía que quería irse a su casa, y ellos la llevaron encantados. Entonces vino la paraguaya, que desapareció a las tres semanas, llevándose una bandeja de plata, y él aumentó sus visitas a una por semana. Durante los últimos años, la vieja se había mantenido estable: el corazón le palpitaba a buen ritmo, los pulmones aspiraban el aire del departamento y la capa de grasa que la envolvía iba creciendo.

El médico dejó el maletín en la mesa, observando con agrado que estaba limpia, señal de que la peruana seguía allí. Sacó el estetoscopio, se lo colgó al cuello y entró en la sala.

De no haber estado encendido el televisor, probablemente las hubiera oído antes de entrar. Pero desde la pantalla la rubia de piel estirada y rulitos a lo Evangelina Salazar daba el informe de tránsito y alertaba a los automovilistas sobre retenciones con piquetes en la Ricchieri, donde quien debía ser el adalid de la manifestación gritaba como embelesado: “Te odio Peña, odio a la puta oligarquía, te odio sorete, chau querido”, ahogando con su voz el zumbido del industrioso ajeteo de las moscas en torno a la cabeza de la mujer.

El médico estaba habituado a la visión de la muerte en ancianos, pero eran imágenes más decorosas que las que ahora tenía ante sí, en el suelo. Hay muertes plácidas y muertes turbulentas, pero la muerte rara vez llega al asalto y son pocos los que se resisten con violencia. Tampoco ella se le había resistido.

Su atacante la había agarrado desprevenida: yacía en el suelo, a la izquierda de una mesa que seguía en pie, en la que había una taza vacía y el control

remoto de la tele. Las moscas habían acordado dividir su actividad entre una fuente de higos y la cabeza de la señora Modarelli. La muerta tenía los brazos extendidos hacia delante y la mejilla izquierda aplastada contra el suelo. Su cabeza recordó al médico una pelota de fútbol de su hijo que el perro había abollado de una mordedura. Con la diferencia de que la cubierta del balón estaba limpia y lisa, y de su interior no había salido nada.

Él se paró en la puerta y miró en derredor, aturdido por el caos, sin saber qué buscaba exactamente. Quizá temía encontrar el cuerpo de la peruana, o quizá ver salir de repente de otra habitación al autor del crimen. Pero, a juzgar por el número de moscas, el homicida ya debía de estar lejos. El sonido de una voz humana captó su confusa atención haciéndole levantar la cabeza, pero no descubrió sino que un camión había sufrido un accidente en la General Paz, entre Puente Saavedra y la estación Rivadavia.

El médico cruzó la sala y apagó el televisor, y se hizo un silencio que no tenía nada de apacible ni respetuoso. No sabía si entrar en las otras habitaciones en busca de la peruana, que podía estar herida y necesitar auxilio Pero volvió al hall de entrada, sacó del bolsillo el celular, marcó el 101 e informó de que en el Bajo se había cometido un asesinato.

La policía encontró la casa sin dificultad, ya que el médico les había explicado que era la tercera de la calle situada al frente de lo que había sido Paladium. El patrullero se detuvo en la vereda par de la calle Reconquista. Saltaron a la acera dos policías uniformados, uno de los cuales se volvió hacia el vehículo para ayudar a los tres hombres del equipo técnico a descargar los aparatos.

Era casi la una. El sudor les resbalaba por la cara y pronto empezó a pegarles la camisa celeste al cuerpo. Quejándose del calor y enjuagándose la transpiración, cuatro de los cinco hombres empezaron a transportar el equipo hacia la entrada de la calle Reconquista viniendo de Marcelo T. De Alvear, donde les esperaba un hombre no muy alto, de complexión robusta tirando a gruesa, cabello cortado a cero, barba cuidada y con anteojos modernos adquiridos probablemente en uno de sus viajes a Madrid.

-¿El doctor Pecoraro?- preguntó el policía uniformado que no había ayudado a descargar el patrullero.

-Sí.

-¿Nos llamó usted?- Los dos sabían que la pregunta era superflua.

-Sí.

-¿Podría darme más detalles? ¿A qué vino?

-A visitar a una paciente, Alessandra Modarelli. Vengo todas las semanas. Al entrar al departamento, la encontré en el suelo. Estaba muerta.

-¿Tiene llave?- preguntó el policía. Aunque su voz era neutra, la pregunta puso en el ambiente una nota de suspicacia.

-Sí; hace años. Tengo llaves de la casa de muchos de mis pacientes –dijo Pecoraro, y se interrumpió, conciente de que debía parecer extraño que diera tantas explicaciones a la policía, y se sintió incómodo.

-¿Querría decirme con exactitud que encontró usted? –preguntó el policía. Mientras los dos hombres hablaban, los otros depositaron parte del equipo en el zaguán y volvieron al vehículo a buscar el resto.

-Está muerta. La han matado.

-¿Cómo está tan seguro de que la mataron?

-Basta con verla- dijo Pecoraro sin más.

-¿Alguna idea de quién pudo hacerlo, doctor?

-Desde luego que no. Del asesino, ni idea –dijo el médico, con un acento que quería ser de indignación y se quedó en simple nerviosismo.

-¿Un hombre?

-¿Cómo?

-Usted dijo “asesino”, doctor. ¿Por qué piensa que fue un hombre?

Cuando Pecoraro abrió la boca para responder, no consiguió imprimir en sus palabras el tono mesurado que buscaba y dijo secamente:

-Mírele la cabeza y dígame si eso ha podido hacerlo una mujer.

Su furor lo sorprendió, o mejor dicho, la intensidad de su furor. No le irritaban las preguntas del policía sino la cobardía de su propia reacción. Él no había hecho nada malo: simplemente había encontrado el cadáver de la vieja. No obstante, su primera reacción frente a la autoridad era de temor, por el convencimiento de que aquello tenía que acarrearle problemas. “Nos hemos convertido en una raza de cobardes”, pensó, pero el policía ya preguntaba:

-¿Dónde está?

-En la segunda planta.

-¿Está abierta la puerta?

-Sí.

El policía entró en el oscuro zaguán, en el que los otros hombres se habían refugiado huyendo del sol, señaló la escalera con un movimiento del mentón y dijo al médico:

-Suba con nosotros.

Pecoraro siguió a los policías, decidido a decir lo menos posible y a no exteriorizar inquietud ni temor. Él estaba acostumbrado a la visión de la muerte, y la imagen del cadáver, aunque terrible, no le había afectado tanto como la idea de tener que tratar con la policía.

Los hombres entraron en el departamento sin llamar a la puerta, y el médico se quedó en la escalera. Por primera vez en quince minutos, deseaba un cigarrillo con tanta intensidad que se le aceleraba el ritmo de los latidos del corazón.

Aún sin escuchar, les oía avanzar por el departamento y hablar entre ellos. Las voces bajaron de tono cuando los policías entraron en la habitación en la que estaba el cadáver. El médico apoyó la cadera en el marco de la ventana, sin reparar en la suciedad acumulada. Se preguntaba por qué le habrían hecho subir. Pensó decirles que, si deseaban algo, que le llamaran al consultorio, pero en lugar de entrar al departamento a hablar con ellos, se quedó donde estaba.

Al cabo de un rato, el policía que había hablado con él salió al pasillo. Traía unos papeles en una mano enguantada en látex.

-¿Vivía alguien más en la casa?- preguntó.

-Sí.

-¿Quién?

-Una mujer, peruana, me parece. No sé como se llama.

El policía le mostró uno de los papeles. Era un formulario relleno a mano. En el ángulo inferior izquierdo había una foto tamaño pasaporte de una mujer de cara redonda que bien podía ser la peruana.

-¿Es ésta?- preguntó el policía.

-Creo que sí- respondió el doctor Pecoraro.

-Fabia Álvarez- leyó el policía.

-Sí, Fabi, recordó el doctor, y preguntó, curioso-: ¿Está ahí?- esperando que al policía no le pareciera extraño que él no la hubiera buscado y confiando en que no estuviera muerta.

-Qué va a estar –dijo el policía sin apenas disimular la impaciencia-. Ha desaparecido, y todo está revuelto. Registraron la casa y se habrán llevado las cosas de valor.

-¿Usted cree... –empezó Pecoraro, pero el policía le interrumpió.

-Naturalmente- dijo con una indignación tan feroz que sorprendió al médico. Es del Perú. Son todos iguales. Una plaga.- Antes de que Pecoraro pudiera hacer objeciones, el policía prosiguió, escupiendo las palabras -: En la cocina hay un delantal lleno de sangre. La mató la peruana.- Y entonces, a modo de epitafio por Alessandra Modarelli, el policía murmuró una palabra que al doctor Pecoraro nunca se le hubiera ocurrido pronunciar:

-Pobrecita.

## CAPÍTULO II

El teniente Jorge Sánchez, dijo al doctor Pecoraro que podía marcharse, pero le advirtió que no abandonara la ciudad sin permiso de la policía. El tono de Sánchez estaba tan cargado de implícitas sospechas de posible culpabilidad, que Pecoraro se fue sin dar salida a cualquiera de las objeciones que pudiera haber tratado de oponer.

Después llegó el doctor Ignacio Sardano, médico forense del distrito Centro de la ciudad de Buenos Aires y por lo tanto, persona a quien incumbía la función de declarar muerta a la víctima y hacer la primera estimación de la hora de la muerte. Con una cortesía fría y quizá un tanto exagerada para con el teniente Sánchez, Sardano manifestó que, al parecer, la señora Modarelli había muerto a consecuencia de una serie de golpes en la cabeza, opinión que creía que la autopsia confirmaría. En lo concerniente a la hora de la muerte, el doctor Sardano, después de tomar la temperatura del cadáver, dijo que, no obstante la cantidad de moscas, ésta había ocurrido de dos a cuatro horas antes, es decir entre las diez y las doce. Al observar la expresión de Sánchez, el médico agregó que, después de la autopsia, podría hablar con más precisión, pero que no le parecía probable que la víctima llevara muerta más tiempo. En cuanto al arma, Sardano se limitó a decir que se trataba de un objeto pesado, quizá metálico, quizá de madera, con el borde dentado, irregular. Dijo esto sin ver la imagen de bronce manchada de sangre, del padre José María Escrivá y Balaguer, recientemente beatificado, que ya estaba en una bolsa de plástico, preparada para ser llevada al laboratorio, para el análisis de huellas dactilares. Una vez examinado y fotografiado el cadáver, Sánchez ordenó que fuera conducido a la morgue judicial, en la calle Viamonte, para la autopsia, y dijo a Sardano que deseaba que ésta se hiciera pronto. Luego ordenó al equipo de Criminalística que empezaran a registrar la vivienda, aunque, a juzgar por el desorden, era evidente que alguien se les había adelantado. Después de la silenciosa marcha de Sardano, el teniente decidió registrar la pequeña habitación del fondo destinada, al parecer, a Fabia Álvarez. La pieza no era mucho mayor que un cuarto ropero y no había merecido la atención de quien había registrado la sala. Contenía una cama estrecha y una estantería cubierta por una tela que, en tiempos, pudo haber sido un mantel. Sánchez apartó la tela y vio dos blusas dobladas y otras tantas mudas de ropa interior. A un lado, en el suelo, había unas zapatillas negras y, junto a la cama, en la repisa de la ventana, una fotografía de tres niños que con ropitas de exploradores se asemejaban a Hugo, Paco y Luis, en marco de cartón, y un libro que el teniente no se molestó en abrir. En una carpeta encontró fotocopias de documentos oficiales: de las dos primeras páginas del pasaporte peruano de Fabia Álvarez Sturao y de los permisos de residencia y de trabajo. Nacida en 1953. En la casilla correspondiente a ocupación se indicaba: “empleada de hogar”. Había también un pasaje de bus de la empresa uruguaya de transportes COT, El Chui – Carmelo, ida y vuelta, con la vuelta aún sin usar. En la habitación no había mesa ni silla alguna, por no haber ni ventana, ni otra superficie que examinar.



El teniente Sánchez sacó el celular y llamó al Departamento para pedir el número de Prefectura y ya que estaba de Gendarmería, éste sólo a efectos estadísticos y para incorporarlo a la agenda de su nuevo Nokia 5610. Después de marcar dio su nombre y graduación e hizo un breve relato del asesinato. Preguntó a qué hora se esperaba el primer tren procedente de Retiro con destino a Tigre, dijo que la sospechosa podría viajar en ese tren e hizo especial hincapié en su condición de peruana. Agregó que si la mujer lograba tomar la Cacciola y entrar en Uruguay, habría pocas posibilidades de conseguir la extradición por la poca colaboración de los uruguayos, y que era de suma importancia que la sacaran del tren.

Agregó que tan pronto llegara a sus oficinas de la calle Moreno, les pasaría la foto por fax, insistió con énfasis en la brutalidad del asesinato y colgó.

Dejando a los técnicos del laboratorio entregados a la tarea de examinar el escenario del crimen, Sánchez ordenó al chofer que lo llevara de regreso al Departamento Central de Policía, donde envió por fax a Prefectura – y por las dudas también a Gendarmería- el documento de la Álvarez Sturao, confiando en que la fotografía saliera con suficiente claridad. Acto seguido, el teniente se dirigió al despacho de su superior, el Subdirector Balmaceda, para informarle de la celeridad con que se estaba procediendo a esclarecer el crimen.

El fax se recibió en Prefectura, no así en Gendarmería, que daba continuamente ocupado, en el momento en que el prefecto Fernando Amato terminaba una comunicación telefónica con un gendarme de apellido Murano, que de casualidad se encontraba en San Isidro, para comunicarle que el tren con destino a Tigre debería parar el tiempo necesario para que él y sus hombres lo registraran en busca de una asesina que trataba de huir del país. Amato colgó el teléfono, comprobó que su pistola estuviera cargada y bajó a reunir a sus hombres.

Veinte minutos después, el tren con destino a Tigre proveniente de Retiro entraba en la estación de San Isidro, donde normalmente paraba sólo el tiempo necesario para el cambio de locomotora y la donación de regalías que efectuaban algunos vendedores ambulantes. Durante los últimos años, estos trámites tenían un carácter meramente simbólico y, en general se saldaban con el pago de la tasa por algún que otro cartón de marlboros paraguayos o con gorra, bandera o en su defecto vincha de Defensores o Excursionistas, mercancías que ya no se consideraba una amenaza para la economía de la Nación.

Amato había enviado hombres a la cabeza y a la cola del tren y apostado a otros dos en la puerta de la estación, con la orden de pedir el documento de identidad a toda pasajera que se apeara del tren.

Fue el sargento que acompañaba a Amato el que la descubrió, en un asiento del primer coche, al lado de la ventanilla. Casi se le pasó por alto, porque ella dormía –o fingía dormir- de cara a la ventanilla, con la frente apoyada en el cristal. El hombre vio la cara ancha de rasgos andinos, el cabello que blanqueaba en la raíz por falta de cuidados y la complexión achaparrada, tan frecuente en las mujeres del Altiplano. En el vagón había otras dos personas, un hombre corpulento de cara colorada que leía un periódico en lengua alemana y un anciano que hacía un crucigrama de “Sopa de letras”. Amato abrió la puerta corredera con un golpe seco. La mujer se despertó y miró en

derredor, sobresaltada. Los dos hombres se volvieron hacia los uniformados agentes y el de más edad preguntó “¿Sí?”, expresando su irritación sólo por el tono de voz.

-Salgan del vagón, señores- ordenó Amato. Antes de que ellos pudieran protestar, el capitán apoyó la mano derecha en la culata de la pistola. Los hombres obedecieron sin ni siquiera hacer ademán de bajar los bolsos que portaban. La mujer se levantó para seguirles, como si creyera que la orden también la incluía a ella.

Cuando trataba de pasar junto a Amato, él le asió el antebrazo izquierdo con mano firme.

-Documentos, señora- dijo ásperamente.

Ella alzó la mirada parpadeando con rapidez. -¿Qué?- preguntó nerviosamente.

-Documentos- repitió él, alzando la voz.

Ella sonrió ligeramente con una contracción de los músculos faciales que quería ser apaciguadora y denotar inocencia y buena voluntad, pero él observó que sus ojos se volvían hasta el pasillo y la plataforma del coche.

-Sí, sí, señor. Momento. Momento- dijo con un acento extranjero tan marcado que hacía casi incomprensibles sus palabras.

Ella sostenía una bolsa de plástico con la mano derecha.

-La bolsa- dijo Amato, señalando el envoltorio, que era de la cadena de supermercados Norte.

Ella, ante el ademán del policía –que parecía gendarme o prefecto- se puso la bolsa a la espalda.

-Es mía, mía, sólo mía- dijo declarando propiedad pero manifestando temor. A Amato le pareció que cantaba Miguel Ángel Robles o Ricardo Arjona, no estaba seguro.

-La bolsa, señora- dijo el capitán Fernando Amato alargando la mano.

La mujer giró sobre sí misma pero Amato era fuerte, pese a su apariencia deleznable y endeble, y la obligó a volverse de cara a él. Le soltó el brazo y agarró la bolsa. La abrió y miró en su interior: no vio nada más que dos duraznos maduros y un monedero. Sacó el monedero y dejó caer la bolsa al suelo. Lanzó una mirada a la mujer, que ahora tenía la cara tan blanca como la raíz del pelo, y abrió el pequeño monedero de plástico. Enseguida reconoció los billetes de cien pesos y vio que había varios.

Uno de los hombres del capitán había ido a decir a sus compañeros que ya habían encontrado a la fugitiva y el otro estaba en el pasillo, tratando de explicar a los dos pasajeros del vagón, que tan pronto como se llevaran a la mujer, podrían volver a sus asientos.

Amato cerró el monedero e hizo ademán de guardárselo en el bolsillo trasero del pantalón. La mujer, al verlo, alargó la mano, pero el policía se la apartó de un golpe y se volvió a hablar con el agente del pasillo desde la puerta del vagón. Ella, aprovechando su momentánea distracción, se precipitó contra él impetuosamente proyectándolo hacia los otros asientos. El capitán cayó de lado y la mujer no necesitó más para sortearlo y correr hacia la puerta delantera del coche, que estaba abierta.

Amato gritó, pero, cuando consiguió por fin ponerse de pie, ella ya había bajado la escalera y corría a lo largo del tren.

El capitán y el subalterno que estaba con él corrieron hacia la puerta y saltaron al andén, pistola en mano. La mujer, que ya había dejado atrás la locomotora, volvió la cabeza sin dejar de correr y, al ver el arma, dio un respingo y saltó a las vías. A lo lejos, se oía o, por lo menos, debía de oírlo todo el que no estuviera afectado del pánico y la tensión de la escena, la llegada de una formación procedente de Tigre que se dirigía hacia el sur.

Los policías y sus gritos perseguían a la fugitiva. Ella levantó la mirada, vio venir el tren, se volvió para calcular la distancia que la separaba de los policías y decidió arriesgarse. Dio varios pasos más manteniéndose junto a la vía, giró bruscamente y saltó hacia la izquierda, pocos metros por delante del tren. Los policías gritaron al tiempo que silbaba la locomotora y chirriaban los frenos. Quizá uno de los sonidos la hizo vacilar o quizá se arrepintiera de tamaño arrojarse, lo cierto es que tropezó y cayó sobre una rodilla. Rápidamente se levantó y se lanzó adelante, pero tal como los policías habían advertido sagazmente, con la perspectiva de la distancia, ya era tarde y el tren la arrolló.

El capitán Amato nunca volvió a hablar de lo que ocurrió entonces; por lo menos, después de describirlo en el informe que redactó aquella tarde, y tampoco, el policía que estaba con él, ni los hombres que iban en la locomotora del tren, aunque uno de ellos ya había visto un atropello tres años antes, cerca de Avellaneda.

Los periódicos informaron de que en el monedero de la mujer se habían hallado setecientos pesos. La sobrina de la señora Modarelli, que detentaba los poderes de su tía, declaró que la víspera había ido al correo, a cobrar la pensión de la anciana y se la había llevado a su casa: setecientos doce pesos. Dado el estado en que quedó el cuerpo de la peruana, se desistió de buscar en él restos de sangre de la señora Modarelli. Uno de los hombres que viajaban en el mismo vagón dijo que parecía muy agitada cuando subió al tren en Retiro pero que se había calmado visiblemente a medida que cruzaban la General Paz a la altura de Vicente López, y el otro señaló que se había llevado la bolsa de plástico cuando supuestamente había ido al baño, estancia que pese a la búsqueda nerviosa nunca fue hallada.

A falta de otros sospechosos, se dedujo que, probablemente la peruana era la asesina y que las energías de la policía podían emplearse en otros menesteres. El caso no se cerró, simplemente se dejó en suspenso: el proceso normal sería que desapareciera de la atención pública por falta de interés. Cuando los titulares sensacionalistas generados por el asesinato de la anciana y la huída de la peruana perdieran actualidad, quedaría olvidado.

Las autoridades cumplieron, sí, las formalidades burocráticas pertinentes, para dejar constancia de los hechos probados en el caso de Alessandra Modarelli. La sobrina dijo que la peruana, a la que conocía sólo por Fabi, hacía cuatro meses que trabajaba para su tía. No, no la había contratado la sobrina. De eso se encargaba Marcela Feldman, la abogada de la tía. Se daba el caso de que la doctora Feldman actuaba de abogada de numerosas personas mayores de la ciudad, a alguna de las cuales proporcionaba empleadas domésticas procedentes, principalmente, de Perú, Paraguay y Bolivia, donde tenía contactos con diversas organizaciones benéficas.

La doctora Feldman no sabía acerca de Fabia Álvarez nada más que lo que le indicaba su pasaporte, copia del cual obraba en poder de la abogada. El

original fue hallado en una bolsa de tela atada al pecho de la mujer arrollada por el tren y que, una vez limpio y examinado, resultó ser una falsificación, y no muy buena. Al ser interrogada sobre esta circunstancia, la doctora Feldman respondió que no era de su incumbencia comprobar la autenticidad de los pasaportes que la Policía, Departamento de Migraciones, daba por válidos. Su cometido se limitaba a buscar clientes a los que pudieran convenir los servicios de las personas que portaban tales pasaportes, pasaporte, insistió, que Inmigración había revisado y aceptado.

Ella había visto a la Álvarez Sturao una sola vez, hacía cuatro meses, cuando la acompañó a casa de la señora Modarelli. Desde entonces no había tenido más contacto con ella. Sí, la señora Modarelli se había quejado de la peruana, pero la señora Modarelli se quejaba de todas las empleadas que se le enviaban.

Como el caso estaba en el limbo, la sobrina no obtenía respuesta a las preguntas acerca de si el departamento de su tía seguía clausurado, como escenario del crimen. Finalmente, consultó con la doctora Feldman, quien le aseguró que las condiciones del testamento de su tía estaban bien claras y le garantizaban la plena propiedad de todo el edificio sin excepción. Una semana después de la muerte de la señora Modarelli, las dos mujeres mantuvieron una entrevista durante la que trataron con detalle de la situación legal de los bienes de la difunta. Con el respaldo de la abogada, al día siguiente de la conversación, la sobrina limpió el departamento. Lo que le pareció que podía tener valor o importancia fue embalado en cajas de cartón y subido al desván. El resto de ropas y efectos personales de la difunta se sacó a la puerta de calle, en grandes bolsas de basura. Al día siguiente, entraron los pintores, ya que la abogada había convencido a la heredera de la conveniencia de comprar algunos muebles y alquilar la vivienda por semanas a turistas. Ella se ofreció a buscar clientes solventes, y, por supuesto, si el acuerdo era informal y el pago se hacía en efectivo, no había razón para declarar el ingreso a las autoridades pertinentes. Después de consultar nuevamente con la doctora Feldman, la heredera decidió restaurar todos los departamentos, a fin de fijar alquileres altos.

Así estaban las cosas cuando no habían transcurrido más que tres semanas de la muerte de Alessandra Modarelli. Una parte de sus efectos se hallaban en el desván, metidos desordenadamente en cajas que no tenía por ellos otro interés que la vaga expectativa de que un día, cuando se decidiera a examinarlos más detenidamente, pudiera descubrir algo de valor. Y el departamento, recién pintado, ya era objeto del interés de un alemán altísimo, desproporcionadamente gordo, enfundado en buzos y remeras de La Martina, director de festivales de cine, que quería alquilarlo para la última semana de febrero, cuando –dijo– se acallaran los ecos de la Berlinale.

### CAPÍTULO III

De manera que todos estaban satisfechos: la policía, por haber cerrado el caso a todos los efectos, aunque sin resolverlo; la sobrina de la señora Modarelli, porque preveía nuevos ingresos, cuantiosos y muy bienvenidos, y Marcela Feldman, porque conservaba a una Modarelli entre sus clientes. Sin duda, así hubieran seguido las cosas, de no ser por el primero de los dioses de Buenos Aires: el chismerío, también llamado cotilleo.

A media tarde del tercer domingo de enero, se abrieron las persianas de las ventanas de un departamento situado en el segundo piso de una casa adyacente a la de la señora Modarelli, patio por medio y con entrada por Marcelo T. De Alvear. La dueña del departamento era una diseñadora de interiores que había residido toda su vida en Buenos Aires, si bien ahora trabajaba principalmente para un estudio de arquitectura de Bahía Blanca. Después de abrir las persianas para dejar entrar un poco de aire que aliviara el calor sofocante de la vivienda, la señora Baricco, por la fuerza de la costumbre, miró a las ventanas situadas frente a su casa, y quedó sorprendida al ver cerradas las persianas del departamento del segundo piso. Sorprendida pero en modo alguno contrariada.

Deshizo la maleta, colgó varias prendas en el placard y metió otras en el lavarropas. Repasó el correo acumulado durante las tres semanas que había estado en Berlín, esa ciudad “ma-ra-vi-llo-sa” y leyó los faxes. Como se había comunicado por correo electrónico con su amante y con la empresa que la había enviado a Berlín a hacer el cursillo de alemán en la Volkshochschule de Steglitz-Zehlendorf, prestigiosa institución de enseñanza de la lengua de Goethe y Schiller, no creyó necesario conectar la computadora por si había mensajes. Lo que hizo fue agarrar la canasta de la compra y salir raudamente a Casa Tía, el único lugar en el que podía encontrar todo lo necesario para prepararse la cena. La idea de ir a un restaurante la horrorizaba. Prefería quedarse en casa degustando un plato de tallarines a la bolognesa a cenar sola entre desconocidos.

Casa Tía estaba abierta, y la señora Baricco pudo llenar el cesto de tomates, berenjenas, ajos, lechuga y medio de picada y, por primera vez en tres semanas, encontrar queso y fruta decentes sin tener que desembolsar los honorarios de una semana por una porción minúscula. De regreso en el departamento, echó aceite de oliva comprado en el Free Shop en una sartén, picó dos dientes de ajo, luego tres, y luego cuatro, y los doró a fuego lento, aspirando el aroma con unción casi religiosa, contenta de estar en casa entre los objetos, los olores y las vistas –bueno, las vistas no- que ella amaba.

Su amante, un abogado de apellido Verdú, llamó media hora después y dijo que aún estaba en Paraguay, donde las cosas iban de mal en peor, que pensaba regresar dentro de una semana aproximadamente, que desde Asunción tomaría un avión y pasaría, por lo menos tres días en Buenos Aires antes de seguir a El Calafate. No, a su mujer le diría que iría a Pedro Juan Caballero por asuntos de trabajo. De todos modos, a ella la tenía sin cuidado. Después de colgar el teléfono, Claudia se sentó a la mesa de la cocina y comió un plato de fideos y, de postre, tiramisú, y terminó media botella de Cabernet Sauvignon, Bodegas López. Al mirar por la ventana a la casa del otro lado del

patio, rezó mentalmente una oración invocando a Ludovica Esquirru, para pedir que aquellas ventanas no volvieran a abrirse. A cambio, se comprometía a no pedir ninguna otra gracia nunca más.

A la mañana siguiente, cuando iba camino de su bar favorito a tomar un café y una medialuna de grasa, se acercó al kiosco de diarios de la calle San Martín esquina Paraguay.

-Buenos días, señora- la saludó el hombre, detrás del mostrador-. Hacía tiempo que no la veía. ¿Vacaciones?

-No, estuve en Berlín, Alemania. Por trabajo.

-¿Lo pasó usted bien?- preguntó él, en el tono que abriga ciertas dudas al respecto.

Ella tomó el Clarín y leyó los grandes titulares que pregonaban una inminente crisis de gobierno, un desastre ecológico y un crimen pasional en Palermo Soho, también el derrumbe del techo de una casa de inquilinos en La Boca. Las delicias del hogar. En respuesta a la pregunta del hombre, se encogió de hombros, para dar a entender que en cualquier ciudad o país era difícil disfrutar del trabajo.

-No estuvo mal- admitió al fin-. Pero es agradable estar otra vez en casa. ¿Y qué tal por acá? ¿Alguna novedad?

-¿No se enteró? Dijo el hombre con cara de satisfacción ante la perspectiva de ser el primero en dar una mala noticia.

-No. ¿Qué pasó?

-La Modarelli, la que vive enfrente de usted. ¿No lo sabe?

Ella recordó las persianas cerradas y ahogó la esperanza que nacía en su interior.

-No. No sé nada. ¿Qué ha pasado?- Dejó el periódico en el mostrador y se inclinó hacia el hombre.

-Murió. Asesinada- dijo él acariciando la palabra.

La señora Baricco no ocultó su sorpresa. La encontró el médico, ya sabe, ese que visita a los viejos, el que parece maricón, uno igual al profesor Lottito. Tenía la cabeza abierta.- El hombre hizo una pausa para ver el efecto de la noticia y, al observar que ella estaba debidamente impresionada, continuó:- Mi primo conoce a uno de los policías de la 15ª., y parece ser que quien lo hizo debía de odiarla mucho. Por lo menos, eso dice mi primo que dijo el policía. -El hombre miró a su oyente-. Ya debía de odiarla esa mujer.

-¿Qué mujer? -preguntó Baricco, confusa por la inesperada noticia y desconcertada por el inexplicable comentario del hombre- ¿A quién se refiere?

-Pues a la peruana. Ella lo mató. -Al observar la sorpresa de su cliente, el hombre acometió el segundo y más truculento acto del drama-. Sí; quería salir del país, pero la encontraron en el tren que va a Tigre.

La señora Baricco se había puesto pálida, lo cual acrecentó la satisfacción del hombre.

-La detuvieron en el tren, en San Isidro creo que fue. Sentada en su asiento, tan tranquila, después de matar a la vieja. Pegó a un policía y trató de empujarlo debajo de un vagón, pero él pudo salvarse y el tren la atropelló a ella. -Al ver la consternación de la señora Baricco, puntualizó, más que nada, por respeto a sus fuentes-: En fin, es lo que ponían los diarios y lo que oí decir a la gente.

-¿A quién agarró el tren? ¿A Fabi?

-¿Así se llamaba la peruana? –preguntó el hombre, receloso. Le hizo desconfiar que ella conociera el nombre.

-Sí- dijo la señora Baricco- ¿Qué le pasó?

El hombre parecía sorprendido por la pregunta. ¿Qué te pasa cuando te atropella el tren y te juntan como sorete en pala ancha? –Que el tren la atropelló. En la estación de San Isidro o por ahí cerca. –El empleado del kiosco, Marcelo Vázquez, no era un hombre inteligente y carecía de imaginación, por lo que estas palabras no le sugerían casi nada. Al decirlas, no se representaba la imagen de unas ruedas de acero girando sobre unas vías, era incapaz de visualizar lo que había ocurrido a un cuerpo que quedara atrapado entre unas y otras.

Ella puso una mano sobre los periódicos, como buscando un punto de apoyo.

¿Está muerta? –preguntó como si el hombre no hubiera hablado.

-Cómo no va a estar muerta- respondió él impacientándose por la lentitud de aquella mujer para entender las cosas-. Pero también lo está esa pobre anciana- Claudia Baricco captó el tono de indignación que había en la voz del canillita.

-Desde luego- dijo en voz baja-. Es terrible.-Sacó dinero, lo puso en el mostrador y se fue olvidando el Clarín y jurando no volver a poner los pies en aquel kiosco. La pobre anciana. Pobre anciana.

La señora Baricco volvió a su casa, para hacer algo que no había hecho nunca y que ni siquiera estaba segura de que pudiera hacerse: se conectó a Internet y ordenó a google.com.ar la búsqueda del diario Clarín a partir del día siguiente a su salida para Berlin. Ahora lamentaba su decisión de hacer total inmersión en el alemán durante su estadía allá: ni diarios ni noticias de Argentina, ni conversación con otros argentinos o con hispano parlantes en general. Tenía la impresión de que durante aquellas últimas semanas no podía haber ocurrido nada. Pero la edición digital del gran diario argentino pronto la sacó de su error.

Sólo leía las informaciones –data, decía ella- con la muerte de la señora Modarelli, y fue siguiendo el desarrollo de los hechos, a medida que se sucedían los días y las ediciones. Esencialmente, todo había ocurrido tal como le había dicho el insufrible Marcelo Vázquez: anciana hallada muerta por su médico, mucama peruana desaparecida, tren detenido en San Isidro, intento de huida, muerte. Papeles, falsos, identidad desconocida, familia afligida por el asesinato de la tía favorita, funeral de la víctima en la intimidad.

Claudia Baricco apagó la computadora personal Samsung y se quedó mirando la oscura pantalla. Cuando se cansó, desvió la atención a los libros que cubrían una pared de su estudio y leyó los nombres de los autores del estante de arriba: Aristóteles, Platón, Esquilo, Salinger, Bucay, Squirru, Eurípides, Plutarco, Homero y comprobó con enfado que aún no le habían devuelto uno del mismo Salinger que hacía ya meses había prestado. Luego miró por la ventana, a las persianas cerradas al otro lado del patio.

Alargó el brazo hacia el lado derecho de su laptop, levantó el teléfono, marcó el 911, luego 113, probó con el 101 y al fin, dijo que deseaba hablar con la policía.

Cuando, media hora después, la señora Baricco entró en el Departamento Central de Policía o quizá en algunas de las seccionales de la policía de Buenos Aires, se reprochaba a sí misma su ingenuidad al imaginar que ellos enviarían a buscarla a su casa, para hablar con ella. Debió figurárselo: a una ciudadana que cumplía con su deber cívico de brindar información de gran importancia, un policía aburrido que se negó a dar su nombre dijo que ella tenía la obligación de personarse en la seccional correspondiente a su domicilio, o si prefería, en el Departamento Central, para informar. Al oír aquel tono como de Crónica TV, a ella le pesó haberse identificado y de buena gana hubiera colgado el teléfono, y que se las arreglaran para resolver el caso. Lo malo era que no tratarían de resolverlo –estaba segura-, que lo último que se les pasaría por la imaginación, suponiendo que tuvieran algún atisbo de creatividad, sería la conveniencia de modificar sus suposiciones y molestarse en establecer otras.

Tomó el taxi en Leandro N. Alem, se bajó en Sáenz Peña y Moreno, caminó unos pocos pasos hasta situarse frente a una ventanilla a la derecha de la entrada, detrás de la que estaba sentado un agente uniformado.

-He llamado por teléfono hace media hora porque tenía que dar información acerca de un crimen –empezó-. Ustedes me han dicho que tenía que venir, y aquí estoy. – Como el policía la miraba con gesto impasible, agregó:- Deseo hablar con la persona que se encarga del caso del asesinato que ocurrió hace unas semanas.

Él meditó un momento, como si esto fuera CSI Miami y tuviera que adivinar a qué asesinato se refería.

-¿El caso de la Modarelli? – preguntó finalmente.

-Sí.

-Debe de ser el teniente Sánchez

-¿Puedo hablar con él?

-Llamaré a ver si está- dijo el custodio del orden alargando la mano hacia el teléfono. Se volvió de espaldas a ella y habló en voz baja, lo que hizo que la señora Baricco se preguntara si entre él y el teniente Sánchez no estarían tramando una estrategia para hacerle confesar su complicidad en el asesinato. Después de lo que a ella se le antojó mucho rato, el hombre salió de su cubículo y, señalando hacia el fondo del edificio, dijo:- Vaya por ese pasillo, señora, doble a la derecha, segunda puerta a la izquierda. El teniente la espera.- El hombre volvió a entrar en la garita y cerró la puerta.

Ella empezó a andar por el pasillo, sorprendida de que se le permitiera moverse por el Departamento con tanta libertad. ¿No habían oído hablar de la conexión local y la pista iraní?

Al llegar a la puerta, llamó y oyó una voz que decía que entrara. Un hombre de su misma edad aproximadamente -¿37, 47?- estaba sentado detrás de un escritorio metálico en un despacho apenas mayor que la garita de la entrada. Si se hubiera puesto de pie, la mujer hubiera podido comprobar que era bastante más alto que ella. Tenía el cabello oscuro, teñido, y unos ojos que parecían limitar su función a ver la superficie de las cosas. El despacho contenía, además del hombre uniformado, su sillón, la mesa, las dos sillas y una foto familiar.



-¿El teniente Sánchez? –preguntó ella.

Él la miró, asintió y fijó la vista a los papeles de la mesa.

La mujer dio su nombre y dirección y preguntó:

-¿Está encargado de la investigación del asesinato de la señora Modarelli?

-Lo estuve- dijo él volviendo a levantar la mirada. Señaló una de las sillas-: Siéntese, por favor.

Ella no tuvo que dar más de un paso para llegar a la silla. Al sentarse notó que el sol que entraba por la pequeña ventana le daba en la cara, se levantó y fue hacia la otra silla, la hizo girar ligeramente para desviarla del sol y de la perpendicular de la mesa y volvió a sentarse.

La señora Baricco nunca había tenido tratos con la policía, pero había estado unos meses casada con Diego Vila, un hombre vago y violento a partes iguales, por lo que no tuvo dificultad para ponerse en situación y actuar en consecuencia.

-Dice que estuvo encargado del asunto, teniente- empezó con suavidad- ¿Es que la investigación ha sido encomendada a otra persona?- En tal caso, se preguntaba, ¿por qué la habían enviado a hablar con este hombre?

Él acabó de leer el papel que tenía delante y lo dejó a un lado antes de mirarle de nuevo y responder:

-No.

Ella se quedó esperando una explicación y, en vista de que no llegaba, insistió:

-¿El caso está cerrado, entonces?

Él hizo una pausa antes de repetir:

-No.

Sin dar señal alguna de impaciencia o exasperación, ella preguntó:

-¿Podría explicarme qué significa eso?

-Que en este momento, la investigación no se prosigue activamente.

Esta frase, más larga, le permitió detectar el acento de un típicamente porteño, casi de arrabal y ajustar el tono de su respuesta. Con fingida indiferencia, preguntó:

-¿A quién debo, pues, informar sobre este asunto?

-Si el caso estuviera siendo investigado, a mí.- Dejando que ella hiciera sus propias deducciones, el policía centró de nuevo su atención en los papeles que tenía encima de la mesa. No hubiera expresado más claramente lo poco que le interesaba lo que ella tuviera que revelarle si le hubiera dicho, sencillamente, que se fuera.

Ella dudó un momento. Todo aquello, lo que le había llevado hasta allá, tenía que acarrearle molestias y hasta, quizá, si no le creían, podía suponer un peligro real. Lo más práctico sería levantarse y marcharse, olvidarse de la cuestión y de este hombre de los ojos indiferentes.

-He leído en el Clarín que fue asesinada por la peruana que vivía con ella- dijo.

-Cierto- dijo él, y agregó-: Ella la mató.- Ni las palabras ni el tono admitían réplica.

-Puede ser cierto que el Clarín lo haya publicado y puede ser cierto que yo lo haya leído, pero no es cierto que la peruana la matara –dijo ella que, ante tanta autosuficiencia, no pudo contenerse de arrojarle la verdad a la cara.

La indiferencia del teniente era inexpugnable.

-¿Tiene pruebas de lo que dice, señora?- preguntó, aunque sin insinuar siquiera que, aún en el caso de que las tuviera, pudieran interesarle.

-Yo hablé con la peruana la misma mañana del crimen.

-Lo mismo podría decir la propia señora Modarelli, por desgracia- fue la respuesta del teniente que sin duda la consideraba muy ingeniosa.

-También la acompañé a la estación.

Esto si le interesó. Apoyó la palma de las manos en la mesa y se inclinó hacia la mujer, como si quisiera saltar sobre ella y arrancarle una confesión.

-¿Qué?- inquirió.

-La llevé a la estación Retiro, iba a Tigre, de ahí debía tomar la Cacciola hasta Carmelo.

-De qué está hablando? ¿Dice que la ayudó?- El teniente se levantó a medias y volvió a sentarse.

Ella, sin dignarse a responder a la pregunta, repitió:

-Digo que la llevé a la estación de ferrocarril y la ayudé a sacar un boleto con destino a Tigre.

Él estuvo un rato sin hablar, mirándola fijamente, quizá pensando en lo que acababa de oír. Y entonces la sorprendió al decir:

-Usted es de acá, de Buenos Aires –como si esa circunstancia formara parte de unos cargos que empezaba a reunir contra ella. Sin darle tiempo de preguntar qué quería decir, prosiguió:- ¿Es que acaba de recuperarse de un ataque de amnesia? ¿Viene a contarnos todo eso al cabo de tres semanas?

-He estado fuera del país- respondió ella, notando con sorpresa el tono de disculpa de su voz.

-¿Sin teléfono y sin periódicos?- saltó él.

-Estaba en Alemania, siguiendo un curso intensivo de alemán. Decidí no hablar ni una sola palabra de castellano – explicó ella, omitiendo mencionar las conversaciones telefónicas con su amante-. Regresé ayer y no me he enterado hasta esta mañana.

Él cambió de tema pero su voz conservó su acento de suspicacia:

-¿Usted conocía a la peruana?

-Sí.

-¿Le dijo lo que había hecho?

La señora Baricco hizo un esfuerzo por conservar la paciencia. Era su única arma. –Esa mujer no había hecho nada. Me la encontré por la mañana, delante del edificio. Está frente al mío, al otro lado del patio. La vieja estaba arriba y no la dejaba entrar.

-¿Arriba?

-En la ventana. Fabi estaba en la calle tocando el timbre, pero la vieja no quería abrir.- Claudia Baricco levantó el índice de su mano derecha y lo movió lentamente de derecha a izquierda, imitando el ademán que había visto hacer a la Modarelli.

-La ha llamado usted *Fabi*. ¿Eran amigas?

-No. Yo la veía desde la ventana de mi casa. A veces nos saludábamos con la mano o cambiábamos unas palabras. Ella casi no hablaba castellano, pero entre el aymará, quechua o qué sé yo y el español, nos entendíamos.

-¿Qué le decía ella?

-Que se llamaba Fabi, que tenía tres hijas y siete nietos. Que una de sus hijas estaba trabajando en Alemania, pero no sabía dónde, en qué ciudad.

-¿Y de su patrona? ¿Le decía algo de ella?

-Decía que era difícil. Pero eso lo sabía todo el vecindario, de la 9 de Julio hasta Leandro N. Alem.

-¿La detestaba?

La señora Baricco perdió la paciencia y replicó ásperamente:

-Todo el que la conocía la detestaba.

-¿Tanto como para asesinarla? –preguntó Sánchez ávidamente.

La señora Baricco se alisó la falda, comprada en el barrio chino de Belgrano, sobre las rodillas, juntó los pies decorosamente, hizo una profunda aspiración y dijo:

-Teniente, me parece que no ha escuchado lo que le he dicho. Me la encontré una mañana en la calle. La vieja estaba en la ventana, diciendo que no con el dedo, negándose a dejarla entrar. Me llevé a la mujer, a Fabi, a un café y traté de hablar con ella, pero estaba tan alterada que no podía pensar con claridad. Estuvo llorando durante casi todo el rato. Decía que la señora no la dejaba entrar y que dentro tenía su ropa y sus cosas. Sólo llevaba encima el pasaporte. Dijo que nunca iba a ningún sitio sin él.

-Era falso- declaró Sánchez.

-Me parece que eso no tiene nada que ver- respondió la señora Baricco-. Le hubiera servido para salir de Argentina y regresar a Perú. –La cólera le hizo añadir audazmente:- Bien le sirvió para entrar.- Al percibir su propio furor, hizo una pausa, se impuso calma, por lo menos en la voz y dijo:- lo único que ella quería era regresar a su país, junto a su familia.

-Parece que se entendían ustedes muy bien, señora, a pesar de que ella no hablaba muy bien castellano, como puntualizó usted.

La señora Baricco tragó saliva y dijo:

-Ella no tuvo que decir mucho para que la entendiera: “basta”, “me voy, “tren”, “familia”, “Perú”, “cautiva de la gorda”.- Enseguida le pesó haber dicho esto último.

-¿Y dice que la llevó al tren?

-No es que lo diga, teniente. Lo declaro. Es verdad. La acompañé a la estación y la ayudé a sacar el boleto.

-¿Y esa mujer a la que dice usted que no la dejaban entrar en casa, andaba por ahí llevando encima, además de su pasaporte falso, dinero suficiente para comprar un pasaje a “Perú”, vía Uruguay?- preguntó él imitando sardónicamente la forma en que ella había imitado el nombre.

-El pasaje se lo compré yo- declaró la señora Baricco.

-¿Qué? –dijo Sánchez cómo si aquella mujer acabara de reconocer que estaba loca.

-Le compré el pasaje y le di dinero.

-¿Cuánto?- preguntó Sánchez.

-No sé, seiscientos o setecientos pesos.

-¿Pretende hacerme creer que no sabe cuánto le dio?

-Es la verdad.

-¿Cómo puede ser verdad? Usted ve a la mujer en la calle, hace chasquear los dedos y en su mano aparecen setecientos pesos, y entonces usted decide hacer una buena obra y darlos a la peruana, porque la han dejado en la calle y no tiene a dónde ir?

-La voz de la señora Baricco era puro acero.

-Yo venía del banco, de cobrar un cheque que me había enviado un cliente. Llevaba el dinero en el bolso y, cuando ella me dijo que quería ir a Lima, le pregunté si le habían pagado.- Miró a Sánchez como pidiendo que comprendiera. No vio en él ni el menor indicio de que fuera capaz de tal cosa, pero prosiguió:- Ella dijo que eso no le importaba, que sólo quería irse a su casa.- Hizo una pausa, la violentaba confesar semejante debilidad a este hombre- Entonces le di dinero. -La expresión del teniente cambió y ella vio en su cara el desdén que le merecía su credulidad-. Llevaba varios meses allá, y la vieja la había dejado en la calle sin pagarle lo que le debía ni permitirle que entrara a recoger sus cosas.- Ahora fue a preguntarle qué esperaba él que hiciera en semejante situación, pero lo pensó mejor:- Yo no podía consentir que, después de estar varios meses trabajando, la mujer se quedara en la calle sin un centavo.-No dijo más.

-¿Y después?-, inquirió él.

-Le pregunté qué iba a hacer y, como le he dicho, ella repetía que quería irse a su casa. Ya estaba más calmada y había dejado de llorar, así que le dije que le acompañaría a la estación, para ver qué trenes había. Ella dijo que le parecía que había un tren para Tigre a mediodía que no adhería a la huelga decretada por el sindicato de ferroviarios La Fraternidad.- A ella aquello le parecía lo más natural-. Y eso hicimos, ir a Retiro, a la estación.

-¿Y el pasaje? ¿También le pagó el ticket? Preguntó él, deseoso de llegar al fondo de su ingenuidad.

-Sí.

-¿Y después?

Ella reflexionó.

-El vuelo era a las dos y media. El taxi vino a buscarme a las doce.

-¿A qué hora dice que empezó todo esto? ¿Cuándo dice que encontró a la mujer?

-No estoy segura. Quizá a las nueve y media.

-Usted iba a estar afuera tres semanas, un taxi iría a buscarla, ¿y aún tuvo tiempo de acompañar a aquella mujer, a la que dice que apenas conocía, a la estación y comprarle un pasaje?

Ella hizo caso omiso de aquella deliberada provocación. Hubiera podido decir que siempre había aborrecido aquellas últimas horas que precedían a la marcha, en las que no hacía más que dar vueltas por la casa comprobando y volviendo a comprobar que el gas estaba cortado, que las ventanas y las persianas estaban cerradas, que el cable del teléfono estaba desconectado de la computadora, pero no quería dar explicaciones a este hombre y sólo dijo:

-Había tiempo.

-¿Tiene pruebas?

-¿Pruebas?

-De haber estado allí.

-¿Dónde?

-En Berlín.

Ella estuvo tentada de preguntarle qué podía tener esto que ver, pero recordando a su marido y cómo se enfurecía ante cualquier oposición, sólo dijo:

-Sí.

-¿Y la dejó allá?- preguntó él olvidándose de Berlín.

-Sí.

-¿Dónde?

-En la estación, al lado de las boleterías, o sea, al lado de las ventanillas de venta de billetes.

-¿Cuánto tardó?-, preguntó él ignorando la ironía de la explicación anterior.

-¿Cómo? ¿En comprarle la *Karte del Zug*?- los nervios se apoderaban de ella y mezclaba sus dichos con el alemán que acababa de aprender. Quiero decir, el boleto.

-No; en volver andando a su casa.

-Once minutos.

-Él alzó las cejas al oírlo y se recostó en el respaldo del sillón.

-¿Once minutos, señora? Qué exactitud. ¿Lo ha calculado bien?

-¿Calcular, qué?

-Su historia.

Antes de responder, ella aspiró dos veces.

-Teniente, lo que le digo es exacto no porque sea una historia sino porque se tarda once minutos. Hace casi cinco años que vivo en la misma casa y voy y vuelvo de la estación dos veces por semana como mínimo.- Notó la bronca que iba infiltrándose en su voz, trató de reprimirla, pero no lo consiguió-. Si es usted capaz de hacer una simple operación aritmética, verá que son más de quinientos viajes. De modo que, si digo que se tarda once minutos, es porque se tarda once minutos.

Indiferente a su indignación, él preguntó:

-¿Entonces eso habría tardado ella?

-¿Tardado, quién?

-La peruana.

Ella fue a decir que la peruana tenía nombre, que se llamaba Fabi, pero se contuvo y respondió:

-Eso es lo que tardaría cualquiera, teniente.

-¿Y qué hora era cuando usted empezó a caminar esos once minutos, señora?

-Ya se lo dije. Las diez y media o poco más.

-Y el tren para Tigre salía ese día a las once y cuarenta y cinco- dijo él con la seguridad del que ha mirado el horario.

-Creo que sí.

Como si hablara a una persona que ha llegado a la edad adulta sin haber aprendido a calcular el tiempo, él dijo:

-Más de una hora, señora.

Ante lo absurdo de la insinuación, ella no pudo menos que decir:

-Eso es ridículo. Esa mujer no era la clase de persona que vuelve atrás para matar a alguien.

-¿Ha tratado usted a muchas personas de esa clase, señora?

Ella resistió la tentación de darle una bofetada, respiró profundamente y dijo:

-Ya le expliqué lo que pasó –utilizando esta vez el indefinido y no el *Perfekt* alemán que tanto le había costado establecer.

-¿Y usted espera que lo crea, señora? –preguntó el teniente Sánchez con un tonito zumbón.

Ella sabía que había obrado a impulsos de la simple decencia; por lo tanto, no, no esperaba que el policía le creyera.

-Me crea o no, teniente, no importa. Lo que le he contado –otra vez el *Perfekt*- es la verdad. – Antes de que él pudiera decir algo, agregó:- No tengo ningún motivo para mentir. En realidad, su reacción me ha hecho comprender que lo más fácil hubiera sido no decir nada. Pero yo sé que la vieja no la dejaba entrar en el departamento. Y yo di el dinero a Fabi y la acompañé a la estación.- Él fue a protestar, pero la Baricco levantó una mano y dijo:- Y es la verdad, teniente, tanto si usted lo cree como si no: ella no mató a la Modarelli.

## CAPÍTULO IV

Permanecieron sentados frente a frente hasta que, al fin, Sánchez se levantó pesadamente, dio la vuelta al escritorio y salió de la oficina, cuidando de dejar la puerta abierta. La señora Baricco estuvo contemplando los objetos que estaban encima de la mesa del teniente, pero no pudo ver en ellos indicio alguno de la clase de persona con la que tenía de enfrentárselas: dos bandejas metálicas, con papeles, una única birome BIC azul de capuchón blanco totalmente mordido y un teléfono. Al levantar la cabeza, vio que Jesucristo la miraba desde la cruz como si también se resistiera a revelar lo que su proximidad con aquel hombre le hubiera permitido averiguar.

La única ventana del minúsculo despacho era pequeña y estaba cerrada, de manera que, al cabo de veinte minutos, la señora Baricco se sentía francamente incómoda, a pesar de estar abierta la puerta. Ahí adentro hacía mucho calor, y pensó que quizá se estuviera más fresco en el pasillo. Pero, en el momento en que se levantaba, entró el teniente Sánchez, con una carpeta en la mano. Al verla de pie, dijo:

-No estaría pensando en marcharse, ¿verdad, señora?

No había amenaza en su tono, pero la mujer dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y volvió a sentarse diciendo:

-No, en absoluto. -En realidad, aquello era lo que deseaba, salir de ahí, olvidarse del asunto y que se las arreglaran sin ella.

El teniente volvió a su sillón, se sentó, miró los papeles de las bandejas, como buscando señales de que ella hubiera curioseado durante su ausencia y dijo:

-Tuvo tiempo de reflexionar, señora. ¿Aún mantiene que dio dinero a aquella mujer y la llevó a la estación?

Sánchez no llegaría a saberlo, pero fue la burla que se insinuaba en su tono lo que reafirmó a la señora Baricco en su decisión. Pensó en su marido, que físicamente era muy distinto, porque era bajo y de escaso pelo rubio, pero tenía un talante muy parecido.

-No “mantengo” nada, teniente- dijo con estudiada calma-. Yo manifiesto, declaro, afirmo, proclamo y, si me da usted ocasión, juraré, que la ciudadana peruana a la que yo conocía con el nombre de Fabi, no pudo entrar a la casa de la señora Modarelli porque esta se negó a abrirle la puerta y que, cuando yo encontré a Fabi en la calle, la señora Modarelli estaba viva y asomada en la ventana. También declaro que, poco más de una hora después, cuando la acompañé a la estación, parecía tranquila y serena y que no daba señales de tener el propósito de asesinar a nadie. -Al recordar el anterior comentario del teniente, agregó:- Cualquiera que puedan ser tales señales. -Quería seguir hablando, para hacer comprender a aquel salvaje que Fabi, la pobrecita Fabi, nunca hubiera podido cometer tal crimen. El corazón le palpitaba con fuerza por el deseo de decirle lo muy equivocado que estaba, y el sudor le resbalaba entre los pechos por el ansia de abochornarlo, pero el hábito de la prudencia se impuso, y calló.

Sánchez, impasible, volvió a levantarse y a salir del despacho llevándose la carpeta. La señora Baricco se recostó en la silla, tratando de relajarse, diciéndose que al fin se había despachado a placer y ya podía descansar. Trataba de respirar hondo acompasadamente y cerró los ojos-

Al cabo de largos minutos, oyó ruido a su espalda, abrió los ojos y se volvió hacia la puerta. Vio a un hombre tan alto como Sánchez pero vestido de civil, que sostenía en la mano lo que parecía ser la misma carpeta. Cuando sus miradas se cruzaron, él movió la cabeza de arriba abajo con una media sonrisa:

-Si sube a mi oficina, señora, estará más cómoda, tiene dos ventanas y supongo que no hará tanto calor como acá.- Se hizo a un lado, invitándola a salir.

Ella se levantó y fue hacia la puerta.

-¿Y el teniente?- preguntó.

-Allá no nos molestará- respondió él, y le tendió la mano. Soy el comisario Drago Zubrinic, señora, y estoy muy interesado en la información que vino a darnos.

Ella estudió la cara del hombre, redonda, colorada, bigotes albinos, dedujo que decía la verdad en lo de que estaba interesado en lo que ella tuviera que decir y le estrechó la mano. Terminadas las formalidades, él la invitó a precederle con un gesto apenas perceptible. Cuando llegaron a las escaleras, sorprendente vestigio de pasado esplendor que había sufrido numerosos atropellos en nombre de la eficacia, él se situó a su lado.

-Creo que lo conozco de vista- dijo ella.

-Sí- respondió él. -Yo a usted también. ¿Trabaja cerca de Avenida de Mayo y la 9 de Julio?

Ella sonrió, más relajada.

-No; yo trabajo en mi casa, en el Bajo, pero voy a Casa Tia por lo menos tres veces por semana. Creo que nos hemos visto allá o en una verdulería de por ahí cerca.

-¿En la verdulería CHA-CHA-CHA?- preguntó Drago, refiriéndose a una tiendecita minúscula en la que ella compraba tomates, a pocos metros del supermercado, yendo por Bernardo de Irigoyen.

-Claro. Y me parece que lo he visto más de una vez ahí.

-Últimamente, ya no tanto.

-¿Desde que Marcelo y César traspasaron el negocio?

-Sí- dijo él. Los nuevos dueños son muy agradables pero no es lo mismo.

“Qué desesperante tiene que ser adquirir un negocio próspero en esta ciudad -pensó ella-. Por muy bueno que seas y por muchas reformas que hagas, al cabo de diez o veinte años, la gente seguirá hablando con nostalgia de César, de Marcelo o de Rafael Freda”. Los dos nuevos dueños -ella ni sabía cómo se llamaban- eran tan simpáticos como los anteriores, vendían el mismo vino -Crespi seco, edición limitada- y hasta tenían mejores verduras, pero, por buenos que pudiera ser lo que vendían, estaban condenados a ser comparados durante toda su vida comercial con un modelo idealizado, frente al que, invariablemente, quedarían en desventaja, por lo menos, hasta que todos los viejos clientes murieran o se mudaran, y ellos, a su vez, se convirtieran en el nuevo baremo por el que se mediría a sus sucesores, que, fatalmente, tampoco, estarían a la altura exigida..

En lo alto de la escalera, Zubrinic dobló por el pasillo de la izquierda, se detuvo delante de una puerta y la instó a entrar. Lo primero que ella observó fueron las ventanas altas que daban a la calle Luis Sáenz Peña y el armario enorme. También acá había una mesa con un sillón detrás y dos sillas adelante.



-¿Desea beber algo, señora? ¿Café? ¿Un vaso de agua?- Él sonreía, animándola a aceptar, pero ella, todavía molesta por la actitud de Sánchez, rehusó, aunque con cortesía.

-Quizá después- dijo sentándose en la silla más próxima a la ventana.

El comisario, en lugar de parapetarse detrás del escritorio, hizo girar la otra silla de cara a la mujer y se sentó. Dejó la carpeta en la mesa y sonrió.

-El teniente Sánchez me informó de lo que usted le dijo, señora, pero me gustaría oírlo en sus propias palabras. Le agradeceré que me dé todos los detalles posibles.

Ella había leído todas las novelas policiales que al precio de un euro cada ejemplar había publicado el diario español El País, al que se había suscripto hace unos años, junto a los periódicos de los lunes, martes y miércoles, y pensó que quizá el comisario pondría en marcha un grabador o sacaría un cuaderno o libreta, quizá una Moleskine sin renglones, pero él la miraba sin moverse, con un codo apoyado en la mesa, esperando que hablara.

Entonces ella le dijo todo lo que había explicado a Sánchez: que volvía del banco, de cobrar un cheque; que había visto a Fabi, con la bolsa de plástico en la mano; que la señora Modarelli las miraba desde la ventana y movía el índice en señal de absoluta negación.

-¿Recuerda cuánto dinero le dio usted, señora?- preguntó el comisario cuando la mujer hubo terminado.

Ella movió la cabeza negativamente.

-No; el cheque era de unos mil pesos. Cuando volvía a casa, compré varias cosas: cosméticos, pilas para el MP3, y no sé qué más. Recuerdo que, al sacar el dinero, separé unos billetes, todos eran de cien, y le dí el resto.- La mujer recordó la escena, tratando de determinar si había contado el dinero al llegar a casa.- No recuerdo con exactitud, pero debieron ser seiscientos o setecientos pesos.

-Es usted muy generosa, señora- dijo el comisario y sonrió.

Ella se dijo que, en boca de Sánchez, estas palabras hubieran sido una sarcástica manifestación de incredulidad; viniendo de Zubrinic, eran un cumplido, y se sintió halagada.

-No sé por qué lo hice- dijo la señora Baricco. La vi allá, en la calle, con una especie de batón de fibra sintética y unas zapatillas de lona. Recuerdo que una tenía un corte en un lado. Y hacía meses que trabajaba para aquella mujer. No estoy segura de cuando empezó, pero diría que fue cuando todavía estaban cerradas las ventanas.

-Extraña manera de calcular el tiempo- sonrió él.

-No le parecería tan extraña si hubiera vivido cerca de ella- dijo la mujer con vehemencia y, al ver su gesto de extrañeza, explicó:- El televisor. Siempre encendido, de día y de noche. En invierno, cuando todos tenemos las ventanas cerradas, no es tan grave. Pero en verano, de octubre a marzo, es para volverse loca. Mis ventanas están justo enfrente de las de ella.

Lo tiene conectado toda la noche, a todo volumen. Yo hasta llamaba a la policía.- Al advertir el tiempo verbal que había utilizado, rectificó:- Es decir, lo tenía conectado.

Él movió la cabeza con gesto de compasión, como hubiera hecho cualquier otro vecino del Bajo, habitante de una ciudad con las calles más ruidosas y una de las poblaciones más molestas de Sudamérica.

Animada por su conmiseración, ella prosiguió.

-Yo los llamaba a ustedes, es decir, a la policía, para quejarme, pero nadie hacía nada, hasta que un día, el verano pasado, un agente me dijo que tenía que llamar a los bomberos voluntarios de La Boca. Pero los bomberos me dijeron que, sólo por ruido, ellos no podían venir, a no ser que hubiera peligro o una emergencia.

Zubrinic movió la cabeza de arriba abajo, indicando que encontraba interesante la explicación.

-Así que, si ella dejaba el televisor funcionando, aunque yo pudiera verla dormida en la cama, porque desde la ventana de mi cuarto puedo ver su cama-explicó, volviendo a hablar en presente-, yo llamaba a los bomberos, decía que no la veía y...- acá imprimió a su voz la cadencia mecánica del que lee un texto bien ensayado- temía que pudiera haberle pasado algo malo.- Ella lo miró esbozando una sonrisa que ensanchó al ver que él sonreía a su vez con simpatía-. Entonces ellos tenían que venir, porque lo exige la ley.- De pronto, recordó la realidad y se le borró la sonrisa-. Y ahora le ocurrió de verdad algo horrible.

-Sí- dijo Zubrinic-. Horrible.

Después de un silencio, el comisario preguntó:

-¿Podría decirme usted algo más de la mujer llamada Fabi? ¿Llegó a saber el apellido?

-No, no- respondió ella-. No era como si nos hubieran presentado. Sencillamente, nos veíamos por la ventana a menudo, sonreíamos, nos saludábamos, yo le preguntaba cómo estaba y ella a mí. Y luego charlábamos. Pero de nada en particular, sólo unas frases.

-¿Alguna vez ella le habló de la señora Modarelli- preguntó él, pero sus palabras revelaban curiosidad, no suspicacia.

-Verá- empezó la señora Baricco-, yo ya había podido hacerme una idea bastante aproximada de la clase de persona que era. Ya sabe lo que pasa entre vecinos, todo el mundo conoce la vida y milagros de todo el mundo, y yo sabía que la gente no le tenía simpatía. Y el dichoso televisor que no paraba. Cuando le pregunté qué tal era su patrona, Fabi se limitó a sonreír encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza. "Difícil", dijo, o algo por el estilo, pero fue suficiente para darme a entender que había probado el humor de la anciana.

-¿Algo más?

-A veces, yo la llamaba por teléfono para pedirle que bajara el volumen del televisor- prosiguió ella, y puntualizó-: A Fabi, quiero decir. A la señora Modarelli hacía años que la llamaba, y unas veces me contestaba muy amablemente y lo bajaba y otras me respondía de mala manera. Un día me colgó el teléfono y subió el volumen todavía más. Sabrá Dios por qué.- Lo miró, para ver la impresión que le producía todo aquello que, en realidad no eran más que chismes de vecindario de lo más trivial, pero él parecía interesado-. Fabi, por el contrario, decía "Sí, señora" y lo bajaba. Quizá por eso yo le tenía aprecio, o quizá, compasión, no sé.

-Debía de ser un alivio. Desde luego, eso es desesperante, sobre todo cuando uno trata de dormir- reconoció él, compasivo.

-En verano llegaba a hacerse insoportable. Con decirle que, a veces, para poder dormir, me iba a una casa que tengo en el Tigre, en el Arroyo Santa Rosa, por Tres Bocas-. La mujer sonrió y meneó la cabeza, ante lo increíble de la situación- Me doy cuenta de que parece demencial que alguien pueda obligarte a salir de tu propia casa, pero es cierto.- entonces, con una sonrisa de picardía, agregó:- Hasta que descubrí la solución de los bomberos.

-¿Cómo entraban?- preguntó Zubrinic.

-Por la puerta de la calle no podían entrar, porque siempre estaba cerrada, de modo que tenían que ir por Paraguay o por "Marcelo Te" o por ahí, a buscar una escalera. La ponían en el suelo, delante de la casa, por el patio, la desplegaban y la levantaban hasta la ventana...

-¿Del segundo piso? - interrumpió él.

-Sí; la escalera tendría, no sé, siete u ocho metros de largo. Entonces uno de los bomberos subía, entraba por la ventana del dormitorio y la despertaba.

-¿Y usted lo veía?

-Sí, desde mis ventanas. Cuando el bombero entraba, yo pasaba al dormitorio y veía cómo la despertaba-- Ella sonrió al recordarlo. Eran muy simpáticos los bomberos. Le preguntaban cómo se encontraba, le sugerían que bajara el volumen del televisor y se iban.

-¿Por dónde?

-¿Cómo dice?

-¿Por dónde se iban los bomberos? ¿Por la ventana?

-Oh, no- rió ella-. Se iban por la puerta. Bajaban a la calle, desmontaban la escalera y se la llevaban.

-¿Cuántas veces los llamó, señora?

-Por qué? ¿Es ilegal?- preguntó ella, preocupada por primera vez durante su conversación con el comisario.

-De ninguna manera- respondió él con calma-. En realidad, más bien al contrario. Si no podía verla desde una de las ventanas de su casa, considero que tendría razones para temer que le hubiera ocurrido algo.

Él no tuvo necesidad de repetir la pregunta.

-Cuatro veces, me parece- dijo ella-. Siempre llegaban al cabo de unos cuarenta minutos.

-Hmm- hizo él, y la mujer se preguntó si aquello lo sorprendía o lo complacía-. ¿Eso se terminó cuando llegó Fabi?- preguntó entonces Zubrinic.

-Sí.

Él dejó pasar unos segundos antes de decir:

-El teniente me dijo que usted, señora, la llevó a Retiro, a la estación del ferrocarril, y la dejó ahí. ¿Es cierto?

-Sí.

Dando un giro a la conversación, él preguntó:

-¿Sabe si la señora Álvarez tenía más amigos en la ciudad?

Le gustó que el comisario se refiriera a Fabi con tanta formalidad, pero su sonrisa fue muy tenue, apenas una presión de los labios.

-No se puede decir que yo fuera amiga suya, comisario.

-Pero se portó usted como una amiga.

Reacia a volver a hablar de aquello, ella optó por responder a su pregunta:

-Que yo sepa, ninguno. Y nosotras dos tampoco éramos amigas porque en realidad no podíamos hablar. Éramos sólo dos personas que se miraban con simpatía.

-¿Y cómo describiría usted su estado cuando la dejó en la estación?

-Aún seguía disgustada por lo ocurrido, pero ya mucho menos.

Él miró al suelo un momento y luego a la mujer:

-¿Pudo ver algo más desde la ventana, señora?- preguntó y, antes de que ella pudiera pensar siquiera en defenderse de una situación de indiscreción, él aclaró:- Lo pregunto porque, si aceptamos la premisa de que no fue la señora Álvarez, tuvo que ser otra persona, y todo lo que pueda usted decirme acerca de la señora Modarelli podría ser de gran ayuda.

-¿Para descubrir al culpable, quiere decir?- preguntó ella.

-Sí.

El comisario había asumido con tanta naturalidad la probable inocencia de Fabia Álvarez que ella no tuvo tiempo de acusar sorpresa.

-No pienso en otra cosa desde que los he llamado- dijo ella.

-Ya lo supongo, señora- respondió el comisario, sin presionarla.

-Hace más de cuatro años que vivo frente a la señora Modarelli, desde que compré el departamento.- La mujer se interrumpió, pero él siguió sin apremiarla. Me mudé en agosto, si mal no recuerdo, o, en todo caso, a finales de invierno. Por eso, al principio no reparé en ella. No fue hasta la primavera, cuando no hacía tanto frío y empezamos a abrir las ventanas. Es decir, tal vez la viera andar por su casa, pero no le presté atención.

“Cuando empezó el ruido, vaya si se la presté”. Al principio, le gritaba desde la ventana, pero no servía de nada. Ella siempre dormía y no había manera de despertarla. Así que un día bajé a la calle, busqué en el buzón su nombre y sorprendentemente lo encontré, ya sabe usted que no es usual en Buenos Aires que figuren los nombres de los propietarios en el buzón, luego busqué el número de teléfono en la guía y la llamé. No le dije quién era, dónde vivía ni nada de eso; sólo le pedí que hiciera el favor de bajar el volumen del televisor por la noche y por el amor de Dios.

-¿Y qué respondió?

-Que ella siempre apagaba el televisor antes de acostarse, y colgó.

-¿Y entonces?

-Entonces empezó a conectarlo también de día. Yo la llamaba y, si contestaba, le pedía educadamente que lo bajara.

-¿Y...?

-Casi siempre lo bajaba.

-Bueno. ¿Y por la noche?

-A veces, estaba semanas sin conectarlo, y yo empezaba a pensar que las cosas habían cambiado, que se había marchado o que la habían internado.

-¿No pensó en enviarle unos auriculares, señora?

-No se los hubiera puesto- respondió ella categóricamente-. Está loca. Sencillamente. Como una cabra. Créame, comisario, con esta mujer lo intenté todo. Hablé con su abogada, con su médico, con su sobrina, con los del Moyano, con los vecinos, hasta con el cartero.- Al ver que él la escuchaba con interés, prosiguió:- Durante años fue paciente del Moyano, cuando todavía podía bajar las escalera y

salir a la calle. Pero o se cansó de ir o la echaron, si pueden echarte de un psiquiátrico.

-Dudo que pudieran- dijo él-. Pero sí podrían animarla a marcharse.- Esperó un momento y preguntó:- ¿Y la sobrina, qué le dijo?

-Que su tía era “una mujer complicada”-. Ella resopló con desdén-. Como si yo no lo supiera. No quiso involucrarse. Ni siquiera estoy segura de que supiera de qué le hablaba. Lo mismo que la policía, como ya le dije.- Hizo una pausa y agregó:- Alguien del vecindario, no recuerdo quién, pudo haber sido Giovanni Ventura, el dueño de Filo, me dijo que su hijo había muerto hace cinco o seis años, y que entonces empezó a poner la tele. Para que le hiciera compañía.

-¿Él ya había muerto cuando usted se mudó?

-¿Qué, Giovanni está muerto?

-No, el hijo de la Modarelli.

-Sí; pero por lo que me han dicho, ella siempre fue una “mujer complicada”.

-¿Y la abogada qué le dijo?- preguntó Zubrinic.

-Que hablara con la señora Modarelli.

-¿Y...?

La señora Baricco frunció los labios con repugnancia.

-¿Y el cartero?- preguntó él sonriendo.

Ella se echó a reír.

-Tendría usted que oírle. El hombre le llevaba el correo a su casa, siempre estaba subiendo aquellas escaleras, y ella nunca le dio nada. Ni en Navidad. Nada.

La atención de Drago Zubrinic no decaía, y la mujer continuó:

-Lo mejor de todo fue el asunto del albañil, el de San Martín y Viamonte.

-¿Raíces Montero?- preguntó él.

-Sí, el “licenciado”- dijo ella, complacida de que él supiera de quién le hablaba-. Es un antiguo amigo de mi familia, y cuando le hablé de mi problema con esa mujer, me dijo que hacía unos diez años ella le había llamado porque quería que le hiciera un presupuesto para unos nuevos peldaños de la escalera. Él ya la conocía o, por lo menos, había oído hablar de ella en una panadería de la calle Paraná, donde asistía a reuniones gastronómicas de diverso calibre, por lo que sabía que podía ahorrarse la visita, pero fue de todos modos. Tomó medidas, hizo los cálculos y, al día siguiente volvió a la casa para decirle cuántos escalones necesitaba, de qué altura y cuánto le costarían.- Como todo buen narrador, ella hizo una pausa y él respondió como todo buen oyente:

-¿Y ella qué dijo?

-Ella dijo que él trataba de engañarla, que quería menos peldaños y más bajos.- Ella hizo otra pausa, para que pudiera calar el despropósito, y agregó:- Cosas como éstas te hacen sospechar que quizá sí que la echaran del Moyano.

Él asintió.

-¿La visitaba alguien, señora?- preguntó después de un momento.

-No, que yo recuerde, es decir, que recuerde haber visto más de un par de veces. Estaban las mujeres que la cuidaban, desde luego. La mayoría era sudamericanas, una me dijo que era paraguaya. Pero ninguna se quedaba más de un par de semanas.

-Pero Fabi se quedó.

-Me dijo que tenía tres hijas y siete nietos. Supongo que conservaba el trabajo para mandarles dinero.

-¿Sabe si le pagaba?

-¿A quién? ¿A Fabi?

-Sí.

-Creo que sí. Por lo menos, algo de dinero tenía.- Antes de que él pudiera pedir detalles, ella dijo:- Un día la encontré en Corrientes. De esto, hará un mes y medio. Yo estaba tomando un café en El Foro, cuando entró ella. Me acerqué, me reconoció de verme en la ventana, ¿comprende?, y me dio un beso en la mejilla, como si fuéramos viejas amigas. Tenía abierto el monedero y vi que sólo llevaba unas monedas. No sé cuántas. No miré, pero me pareció que no eran muchas- Calló, recordando aquella tarde en el bar-. Le pregunté por qué había entrado y me dijo que quería un helado, un Frigor de chocolate y avellanas. Creo que dijo que le gustaban los helados. Conozco al encargado del bar y le dije que no le cobrara, que yo la invitaba.- Fue cuando se le ocurrió una posibilidad- : Espero no haberla ofendido. Al insistir en pagar, digo.

-No lo creo, señora- dijo él.

-Le pregunté de qué lo quería y me repitió “el de chocolate y avellanas”, así que pedí al hombre el más grande de la línea Frigor y con esos gustos, y al ver la cara que ella puso cuando se lo dio, comprendí que pensaba comprarse sólo uno de agua y me dio pena; ¡tener que soportar a aquella horrible mujer todo el día y toda la noche, y no poder comprarse ni siquiera un cono de Frigor\_

Ninguno de los dos habló durante un rato.

-Y el dinero que le dio...- empezó él.

-Fue un impulso, nada más. Lo había cobrado por un trabajo que había dado un precio muy alto adrede, para que no me lo encargaran, porque era muy aburrido: la reforma de una casa en la calle Lamadrid, en La Boca. Pero me lo dieron y resultó tan fácil que hasta me daba un poco de vergüenza que me pagaran tanto dinero. Supongo que por eso me desprendí de él con más facilidad que si hubiera tenido que trabajar realmente para conseguirlo, sólo tuve que copiar un diseño que había visto cerca de casa. -Pensando en el dinero y en el impulso que le había hecho dárselo a Fabi, agregó:- No puede decirse que le sirviera de mucho. No tuvo ocasión de gastarlo.- Entonces se le ocurrió una idea-. Un momento, ahora que lo pienso. Aún conservo trescientos pesos de aquel pago. Los dejé acá, porque sabía que en Alemania no iba a necesitarlos. Tengo esos billetes.- El evidente interés que había en la mirada de él la animó a continuar:- Y con ellos puedo demostrar que el dinero que ella llevaba se lo había dado yo, que no se lo había robado a la señora Modarelli.- Como el comisario no respondía, prosiguió:- Eran todos billetes nuevos y, probablemente numerados y correlativos, de modo que, comparando los números de serie de los billetes que conservo con los que ella llevaba, quedará demostrado que ella no robó nada.- Desconcertada por la falta de entusiasmo de Zubrinic y, así lo reconocía interiormente, dolida por su apatía, preguntó:- ¿Qué? ¿No es una prueba?

-Sí- dijo él con evidente desgana-. Sería una prueba.

-¿Pero...?- preguntó Claudia Baricco.

-Pero el asunto es que el dinero desapareció. “Nichts da”.

## CAPÍTULO V

-¿Cómo es posible- preguntó ella. Entre la pregunta de la mujer y la respuesta del comisario transcurrió el tiempo suficiente como para que, cuando llegó esta última, ya fuera innecesaria. Ella tuvo que pensar más que un momento para comprender que semejante suma de dinero, circulando por una serie de oficinas y funcionarios públicos, no duraría más que un cubito de hielo que fuera de mano en mano en la playa de La Perla.

-Al parecer, no hay constancia de ese dinero después que saliera de manos de la policía de San Isidro- dijo él.

-¿Por qué me dice esto, comisario?

-Porque confío en que usted no lo repita- respondió él sin tratar de rehuir la mirada de la mujer.

-¿Teme la publicidad adversa?- preguntó ella, como si se le hubiera contagiado el sarcasmo del teniente Sánchez.

-No de un modo especial, señora. Pero no me gustaría que esta información se hiciera pública, ni tampoco que trascendiera algo de lo que usted me dijo.

-¿Puedo preguntar por qué?-. El sarcasmo había disminuido, pero aún había escepticismo en su voz.

-Porque cuanto menos informada esté la persona que lo hizo, será mejor para nosotros.

-Ha dicho „la persona que lo hizo“, comisario. ¿Significa eso que cree que Fabi no la mató?

El se recostó en el respaldo y se frotó el labio inferior con el índice de la mano izquierda.

-Por lo que usted me dijo, señora, no parece probable que esa mujer fuera una homicida y, menos, habida cuenta de las características del crimen.

Ella le creyó y se relajó, y el continuó:

-Además, con el pasaje de vuelta a casa, o al menos ya tenía parte del trayecto asegurado, y dinero en el bolsillo, no me parece verosímil que volviera a la casa para matar a la anciana, por difícil que ésta fuera.- Sacó una libreta minúscula del bolsillo de la camisa y la abrió- ¿Podría describir cómo iba vestida cuando usted la acompañó a la estación?

Llevaba un batón de esos que ya nadie usa, de manga corta, con botones de arriba abajo en la parte delantera, de nylon: Fibra sintética. Debía de ser un suplicio, con este calor. Era gris o beige, un color claro.

-¿Era una prenda que le había visto usar en casa, desde la ventana?

Claudia Baricco reflexionó antes de contestar:

-Me parece que sí. El batón o una blusa clara y una pollera oscura. Aunque no recuerdo muy bien su ropa, porque casi siempre llevaba delantal.

-¿Observó en ella algún cambio desde que llegó a la casa?

-¿Qué clase de cambio?

-Si se cortó el pelo o empezó a teñírselo. O a usar anteojos.

Ella recordó la franja blanca que había visto en la raíz del pelo de Fabi aquel último día, cuando la llevó al bar para tratar de calmarla.

-Dejó de teñirse el pelo- dijo al fin-. Probablemente, no podía permitirselo.

-No comprendo.

-¿Sabe lo que cuesta una tintura en estos tiempos y en esta ciudad?- dijo ella. Se preguntaba si el comisario tendría esposa, y una esposa que se tiñera el pelo. A él le calculaba unos sesenta años, aunque de no ser cómo empezaba a clarearle el cabello en

la coronilla y por las patas de gallo, hubiera parecido unos cuantos años más joven. Porque a pesar de las arrugas, los ojos parecían los de un hombre mucho más juvenil, unos ojos vivaces, astutos e inquisitivos.

-Desde luego- respondió él, captando el significado de la pregunta, dándose cuenta por primera vez de la estridente decoloración que ella portaba, y agregó: ¿Podría decirme algo más de la señora Modarelli? Lo que sea, por trivial e incongruente que le parezca y... -terminó con una sonrisa espontánea- por mucho que suene a chismerío de barrio.

Ella accedió de inmediato a la demanda de ayuda.

-Me parece que ya le dije que todo el vecindario la conoce.- Él asintió y la mujer prosiguió: Y todo el mundo sabe cuántas molestias me ha causado...- Aquí se interrumpió un momento y explicó: Yo soy la única que tiene el dormitorio frente a su casa. No sé si los otros vecinos siempre han dormido en la parte de atrás o si, con los años, se han ido trasladando para escapar del ruido.

-O si hace poco que empezó el ruido- apuntó él.

-No- respondió ella rápidamente-. Todas las personas con las que he hablado dicen que empezó cuando murió el hijo. Los de mi derecha tienen aire acondicionado y duermen con las ventanas cerradas y el matrimonio de abajo son muy mayores y cierran las ventanas y las persianas. No sé cómo no se ahogan en verano.- De pronto, se dio cuenta de que todo aquello debía de sonar una explicación estúpida y se quedó cortada, tratando de recordar lo que la había hecho divagar y, recuperando el hilo, continuó: Todo el mundo la conoce, y no tengo más que pronunciar su nombre para que la gente empiece a contar. Debo de haber oído la historia de su vida una docena de veces.

-¿Sí?- preguntó él con evidente interés. Volvió la hoja de la libreta y miró a la mujer con una sonrisa que a ella le pareció alentadora.

-Bueno, digamos mejor... detalles, episodios de su vida.¿Podría decirme cuáles son?

-Pues que hacía varias décadas que vivía allá. Por lo que decía la gente, supuse que tenía más de ochenta años. Vivía con el hijo, pero él se murió. Dicen que enviudó hará unos diez años y que no se llevaba bien con el marido, bueno, con el concubino, tengo entendido que no se casaron y que tampoco reconoció al hijo ni le dio su apellido.

-¿Sabe a qué se dedicaba él?

Ella trata de recordar, escarbando en una década de chismes y comentarios casuales.

-Tengo la impresión de que era funcionario público, aunque no sé qué hacía exactamente. Decía la gente que, cuando volvía del trabajo, pasaba mucho tiempo en el bar de Alem y Tucumán, jugando a las cartas. También decían que gracias a eso no la había... en fin... no la había matado.- al oír sus propias palabras, ella miró al comisario con nerviosismo, pero continuó: Todos los que la habían conocido decían que era un hombre que, aunque aficionado a la bebida, era bastante agradable.

-¿Sabe de qué se murió?

Ella tardó en responder.

-No, aunque tengo la impresión de que alguien habló de una embolia o de un ataque al corazón.

-¿Sabe si murió acá?

-Lo ignoro. Recuerdo, eso sí, que me dijeron que se lo había dejado todo a ella y al hijo: la casa, el dinero y un departamento en La Paternal. Cuando el hijo murió, ella debió de heredarlo todo.

Él asentía de vez en cuando, para indicar que comprendía y también para animarla a continuar.



-Me parece que eso es todo lo que sé del marido.

-¿Y el hijo?

Ella se encogió de hombros.

-¿Qué decía de él la gente?

-Nada- repuso ella, sorprendida por su propia respuesta-. Nadie me habló de él, excepto, naturalmente, la persona que me dijo que había muerto.

-¿Y de ella, qué le decían?

Ahora la respuesta fue inmediata.

-Con los años, se había peleado con todos los vecinos.

-¿Por qué motivos?

-¿Usted es argentino'- preguntó ella en tono jocoso, ya que el origen croata del comisario estaba patente tanto en su cara como en su voz.

Zubrinic sonrió, recordando que ya hacía unos cincuenta años que había llegado al país.

-Bien, pues ya sabe los motivos por los que nos peleamos los argentinos: que si te dejan la basura en la puerta, que si no te entregan el sobre que ha ido a parar a su buzón por error, que si el perro no para de ladrar... en realidad, el motivo es lo de menos. Usted ya sabe. Lo cierto es que, si no contestás con diplomacia, te ganaste a un enemigo para toda la vida.

-Y la señora Modarelli no parece haber sido de los que responden con diplomacia.

-“Genau“, quiero decir, exacto- asintió ella haciendo con la cabeza una afirmación doble, para más énfasis.

-¿Algún incidente en particular?

-¿Quiere decir un incidente que pudiera haber impulsado a alguien a matarla?- dijo Baricco, tratando de hacer que la pregunta sonara a broma, sin conseguirlo del todo.

-No. A estas clases de personas no la matan sus vecinos. Además -agregó con una media sonrisa audaz-, por lo que me contó, quien más motivos tenía es usted, y no creo que usted la matara.

Al oír esto, de pronto, ella tuvo la impresión de que ésta era una de las conversaciones más extrañas que había mantenido en toda su vida, pero no por ello dejaba de ser agradable.

-¿Sigo contándole lo que la gente decía de ella o prefiere que trate de explicarle mis propias deducciones?- preguntó la mujer.

-Creo que sería más práctico esto último.

-Y también más rápido- apuntó ella.

-No, no, señora, yo no tengo prisa, ni pensarlo. Me interesa mucho todo lo que usted está diciendo.

En boca de otro, estas palabras hubieran podido tener un significado deliberadamente ambiguo, como si, con su aparente sinceridad, trataran de encubrir una insinuación, pero, viniendo de él, las tomó en sentido literal.

Ella se recostó en el respaldo, relajada como no hubiera podido estarlo con el otro policía, como -bien lo sabía- no podría estarlo con ningún otro hombre que se le pareciera.

-Como ya le conté, sólo hace cuatro años que vivo en este departamento. Pero, como trabajo generalmente en casa, me gusta hablar con la gente. Y es que estoy todo el día sola, trabajando.- Hizo una pausa y rectificó con ironía:- Es decir, cuando el ruido me lo permite..

Él asintió. Con los años, había descubierto que la mayoría de las personas necesitan explayarse y que, con curiosidad y empatía, reales o fingidas, era fácil hacerles hablar de cualquier cosa.

Con una sonrisa amarga, ella dijo:

-Pero los vecinos también decían otras cosas. Por mucha antipatía que hubiera en sus palabras, siempre acababan reconociendo que, en realidad, era una pobre viuda que había perdido a su hijo, y que había que compadecerla.

Advirtiendo que ella deseaba que la incitara a criticar a la Modarelli, él dijo:

-¿Qué otras cosas decían, señora?

-Por ejemplo, que era muy tacaña. Ya le conté que nunca daba propina al cartero. También decían que siempre compraba lo más barato que encontraba. Que atravesaba media ciudad para ahorrarse cincuenta centavos en un paquete de fideos, y cosas por el estilo. Y el zapatero me dijo que ella siempre prometía pagarle la próxima vez y, cuando volvía, le decía que ya le había pagado. Hasta que el hombre se cansó y no volvió a dejarla a entrar a la tienda.- Al ver la expresión del comisario, aclaró:- No sé lo que pueda haber de verdad en estas cosas. Ya sabe lo que ocurre: cuando a alguna persona le cuelgan el „san benito“ de ser así o asá, la gente habla sin que importe mucho si lo que cuenta ha pasado o no.

Hacía tiempo que Drago Zubrinic conocía el fenómeno. Sabía de gente que había matado por eso, y de gente que se había suicidado por eso. Claudia Baricco continuó:

-A veces, la oía gritar a las mujeres que la cuidaban, la oía desde el otro lado del patio. Las trataba de mentirosas y ladronas. O se quejaba de la comida que le preparaban o de la manera de hacerle la cama. Yo la oía claramente, por lo menos, durante el verano, cuando no escuchaba el MP3 o la radio. A veces, las veía por la ventana y les sonreía o saludaba con la mano, en fin, lo normal. Y si las encontraba en la calle, les hacía un gesto amistoso.- Desvió la mirada hacia un lado, como si nunca se hubiera parado a considerar por qué lo hacía-. Quizá quería que supieran que no todo el mundo era como ella, o que no todos los vecinos del Bajo éramos así.

Zubrinic asintió una vez más, reconociendo la legitimidad de ese deseo.

-Un día una de aquellas mujeres me preguntó si yo podía darle trabajo. Había venido de Tucumán. Le dije que yo ya tenía muchacha desde hacía años. Pero la vi tan desesperada que empecé a preguntar a unos y a otros, y una amiga me dijo que su mujer de la limpieza la había dejado, la tomó a ella y quedó muy contenta, decía que era honrada y trabajadora.- Sonrió y meneó la cabeza por tanta verborrea-. Lo cierto es que Zuli le dijo a mi amiga que esa mujer le pagaba cuatro pesos la hora.- Con cólera en la voz, dijo:- No hay quién pueda vivir con eso.

Aprobando la indignación de la mujer, el comisario preguntó:

-¿Cree que eso es lo que pagaba a la señora Álvarez?

-No tengo ni idea, pero no me sorprendería.

-¿Cómo reaccionó cuando usted le dio el dinero?

Incómoda, ella respondió.

-Oh, creo que se puso contenta.

-No lo dudo. ¿Qué hizo?

La señora Baricco se miró a las manos, que se oprimía en el abdomen y dijo:

-Se echó a llorar- hizo una pausa y agregó:- Y trató de besarme la mano. Pero yo no podía permitirselo, y en plena calle.

-Desde luego- dijo Zubrinic, procurando no sonreír- ¿Recuerda algo más de la señora Modarelli?

-Tengo entendido que había sido secretaria de un colegio, no sé cuál, de educación primaria, me parece. Pero debió de jubilarse hace más de veinte años, o quizá más, cuando jubilarse era tan fácil.- A Zubrinic le pareció percibir en sus palabras más crítica que nostalgia.

-¿Y su familia? Me dijo que habló con una sobrina, señora.

-Sí, pero se había desentendido de su tía. La hermana, seguramente, la madre de la sobrina, vivía en Constitución o Balvanera. La última vez que llamé, atendió el teléfono la sobrina y me dijo que su madre había muerto.- Meditó un momento y agregó:- Me dio la impresión de que no quería saber nada de su tía hasta que hubiera muerto y ella pudiera heredar la casa.

-¿Dijo también que habló con una abogada, no?

-Sí, la doctora Feldman. Tiene su estudio en Congreso, en la calle Paraná, o por lo menos así figura en la guía del Colegio de Abogados. No la conozco personalmente, sólo he hablado con ella por teléfono.

-¿Cómo localizó a todas esas personas, señora?

Percibiendo sólo curiosidad en su tono, ella respondió:

-Hice indagaciones y consulté la guía.

-¿Cómo supo el nombre de la abogada?

Ella se quedó un rato pensativa antes de contestar.

-Un día llamé a la señora Modarelli diciendo que era de Edenor y que tenía que hablar con ella de una factura impaga. Ella me dijo que hablara con la abogada y me dio el nombre y hasta el número.

Zubrinic le dedicó una mirada de admiración, pero se abstuvo de elogiar lo que sin duda era un acto ilegal.

-¿Sabe si esa abogada lleva todos sus asuntos?

-Esa impresión me dio cuando hablé con ella- respondió Baricco.

-¿La señora Modarelli o la abogada?

-Uy, perdón. La señora Modarelli. La abogada estuvo, en fin, como están los abogados: me dijo lo menos posible y dio a entender que tenía muy poco control sobre su cliente.

Era una de las mejores descripciones de las maneras de los abogados que Zubrinic había oído en su vida. Pero, en lugar de felicitarla por su sagacidad, preguntó:

-En toda la información que recabó, ¿hay algo que crea que puede ser importante?

-Lo siento, comisario- sonrió ella-, pero no tengo ni idea de lo que pueda ser importante y lo que no. Lo único que decían los vecinos era que les parecía una mujer terrible, y del marido, el señor Flavio Rapisardi, que era un hombre corriente, nada extraordinario. Y que no eran felices.- Él esperaba el comentario de que no era probable que alguien fuera feliz al lado de la Modarelli, pero ella no lo hizo.

-Siento mucho no haber podido ser de gran ayuda- dijo ella, insinuando con estas palabras su deseo de terminar la conversación.

-Al contrario, señora, ha sido de una ayuda inmensa. Ha impedido que cerráramos un caso sin haberlo investigado suficientemente y nos ha dado razones para pensar que nuestras primeras conclusiones eran erróneas.- Con estas palabras, daba a entender que, por lo menos él, no creía necesario buscar confirmación de su testimonio antes de aceptarlo.

El comisario se puso de pie y dio un paso atrás situándose al lado de la silla. Extendió la mano y dijo.

-Muchas gracias por haber venido a informarnos. No hay muchas personas que hubieren hecho eso.

La mujer, interpretando sus palabras como un desagravio por la conducta del teniente Sánchez, le estrechó la mano y salió del despacho.

## CAPÍTULO VI

Cuando la mujer se fue, Zubrinic volvió a su mesa, pensando en lo que había oído, no sólo a la Baricco sino también al teniente Sánchez. El relato de la mujer era perfectamente verosímil: te vas de viaje, pero en tu ausencia siguen ocurriendo cosas. Y hay gente que prefiere no mantener contacto con su país, quizá para saborear mejor la sensación de cambio o, como ella había dicho a Sánchez, para hacer inmersión total en una lengua o cultura extranjera. Trató de hallar una razón por lo que una persona aparentemente equilibrada y sincera como Claudia Baricco habría de inventar una historia semejante y sostenerla frente a lo que -estaba seguro- debió de ser la terca oposición de Sánchez, y no encontró una explicación convincente.

Mucho más claros aparecían los motivos del teniente. Aceptar esta información sería reconocer que la policía había actuado con inusitada celeridad al dar por buena una cómoda solución al crimen. También supondría tener que buscar el paradero del dinero que había desaparecido mientras se hallaba bajo la custodia policial.. De lo uno y de lo otro había sido responsable el teniente Sánchez. Y -lo más importante- aceptar esta información exigiría volver a plantear el caso, mejor dicho, plantearlo por primera vez, tres semanas después del asesinato.

Cuando fue hallado el cadaver de la señora Modarelli, Drago Zubrinic estaba de vacaciones y, a su regreso, el caso ya había sido dejado de lado y él siguió con la investigación de los encargados de equipajes del aeropuerto. Puesto que los imputados habían sido filmados reiteradamente abriendo maletas y sustrayendo objetos y puesto que varios de ellos estaban dispuestos a declarar contra los otros, con la esperanza de que les fueran impuestas penas menores, poco era lo que Zubrinic tenía que hacer, aparte de mantener al día la causa e interrogar a los que aún no habían confesado y pudieran ser inducidos a ello. Él había leído la noticia del homicidio y, aceptando previamente lo que decían los diarios, sacó la conclusión de que la peruana era culpable. ¿Por qué, si no, trataba de salir del país? ¿Por qué, si no, había hecho aquel desesperado intento por escapar de la policía?

La señora Baricco acababa de darle respuestas alternativas a estas preguntas: Fabia Álvarez Sturao abandonaba el país porque se había quedado sin trabajo y trató de escapar de la policía porque era ciudadana de un país en que la policía era tan violenta como corrupta, y en el que la sola idea de caer en sus manos podría hacer que una persona echara a correr presa del pánico.

Cuando, unas horas antes, Zubrinic había visto a Sánchez en el despacho de Fernanda Guillot, el teniente estaba lívido de indignación por lo que el calificaba de falso testimonio. Fernanda, percibiendo la cólera del teniente, le sugirió:

-Quizá otra persona pueda sacarle la verdad.

Zubrinic, en un primer momento, se asombró de la deferencia con que la joven hablaba al teniente y de la buena disposición para creerle que revelaban sus palabras, pero advirtió su duplicidad cuando, volviéndose hacia él, agregó:

-Comisario, ahora que el teniente se ha dado cuenta del engaño, quizá convenga que otra persona, siguiendo su pauta, trate de descubrir cuáles son los motivos de esa mujer. En este punto, se volvió hacia el teniente y levantó las manos en señal de subordinación-. Desde luego, siempre que usted, teniente, lo considere oportuno.- El comisario observó que esta mañana ella llevaba una sencilla blusa de algodón blanco. Quizá fuera el cuello desabrochado hasta la garganta lo que le daba aquel aire de inocencia.

Por la cara de Sánchez pasó fugazmente un atisbo de la suspicacia que invariablemente le inspiraba la Guillot, pero, sin darle tiempo a hablar, Zubrinic dijo dirigiéndose a Fernanda:

-A mi no me mire; yo estoy con lo de Ezeiza y no tengo tiempo.- Dio media vuelta para marcharse.

La resistencia del comisario impulsó al teniente a decir:

-Conmigo, esa mujer va a seguir insistiendo en lo mismo, estoy seguro.

Era una simple información, no una petición, y Zubrinic se mantuvo firme.

-Yo tengo mucho trabajo con lo del aeropuerto.- Siguió andando hacia la puerta.

Esto bastó para hacer saltar a Sánchez.

-Si esta mujer miente sobre un asesinato, el caso es mucho más grave que los simples choreos del aeropuerto.

Ya casi en la puerta, Zubrinic se volvió y miró a Fernanda, que dijo un fatalismo:

-Me parece que el teniente tiene razón, comisario.

El comisario Drago Zubrinic, hombre paciente, quizá exagerando un punto la nota del estoicismo, dijo:

-Está bien, pero no quiero involucrarme en el caso. ¿Dónde está esa mujer?

Así fue como Zubrinic pudo hablar con Claudia Baricco, y lo que ella le dijo le hizo pensar que, en efecto, él había conseguido hacer lo que había sugerido Fernanda: le había sacado la verdad.

Ahora bajó al despacho de Fernanda Guillot, a la que encontró, cuando no, hablando por teléfono. Ella levantó una mano con dos dedos extendidos para indicarle que enseguida terminaba, se inclinó, hizo una anotación, dio las gracias y colgó.

-¿Puede explicarme cómo lo hizo?- preguntó él señalando con el mentón el lugar en el que había estado el teniente Jorge Sánchez.

-Conoce a tu enemigo- dijo ella.

-¿Lo que quiere decir...?

-A usted lo odia pero de mí sólo desconfía, de modo que no tuve más que darle la ocasión de obligarle a hacer algo que usted no quería. Fue más fuerte el deseo de incomodarlo a usted que su desconfianza hacia mí.

-Oyéndola parece fácil, como de manual.

-La zanahoria y el palo- sonrió ella-. Yo le ofrecí la zanahoria y él pensó que podía convertirla en un palo para atacarlo a usted.- Y con súbita seriedad, preguntó:

-¿Qué dijo esa mujer?

-Que acompañó a la peruana a la estación, le compró un boleto para Tigre y la dejó allá.

-¿Cuánto faltaba para la salida del tren?- preguntó ella rápidamente.

Le agradó que también ella advirtiera el punto más débil de la versión de Baricco.

-Una hora aproximadamente.

-Los diarios decían que eso ocurrió cerca del Plaza.

-Sí.

-Hubiera tenido tiempo suficiente, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y...?

-¿Por qué iba a molestarlo?- preguntó él-. Esta mujer, Claudia Baricco, dice que dio a la peruana unos setecientos pesos- empezó y, al ver que la Guillot alzaba las cejas, continuó: y yo le creo.- Adelantándose a su pregunta, dijo: -La Baricco es una persona impulsiva y, según parece, generosa.- realmente, estaba convencido de que éstas eran dos de las cualidades que la habían traído al Departamento Central esta mañana. Y también la integridad.

Fernanda echó hacia atrás el sillón apartándolo de la mesa y cruzó las piernas, mostrando una minifalda y unos zapatos de Ricky Sarkany tan altos, que la levantarían por encima de la peor marea alta del Paraná de las Palmas.

-Si me permite una pregunta un tanto impertinente, comisario- empezó y, a una señal afirmativa de él, prosiguió:-¿Es su cabeza o su corazón quien habla por usted?

Él pensó un momento y, ruborizado, respondió:

-Los dos.

-En ese caso- dijo ella, poniéndose de pie, proceso que la elevó por encima de la altura de él-, me parece que valdría más que bajara al despacho de Sánchez y saque copia del archivo.

-¿No lo tiene ahí adentro?- preguntó él agitando una mano hacia la computadora.

-No, señor. El teniente prefiere escribir a máquina sus informes y guardarlos en su oficina.

-¿Y él se lo dará?

-Claro que no,- sonrió Fernanda.

Sintiéndose bastante ingenuo, el comisario preguntó:

-¿Y cómo piensa conseguirlo?

Ella se inclinó y abrió un cajón del que extrajo un estuche de cuero que contenía un juego de ganzúas y otras herramientas como las que él mismo utilizaba a veces.

-Robándolo, comisario. Sacaré copia y volveré a guardarlo dónde lo encontré. Y, como el teniente es hombre desconfiado, tendré especial cuidado en volver a poner en su sitio el medio escarbadietas que él acostumbra a colocar entre las páginas siete y ocho de las carpetas que considera importantes y que teme que otras personas traten de leer.

-Acentuó su sonrisa-. En cuanto tenga la copia, se la subiré a su despacho, comisario.

Él no pudo menos que preguntar:

-¿Dónde está el teniente ahora?- Lo que realmente quería saber era cómo podía ella estar segura de que Sánchez no se encontraba en la oficina.

-En un patrullero, camino a Villa Devoto.

En aquel momento, Zubrinic recordó las dramáticas escenas del Far West que él veía de niño, en las que el bueno y el malo se quedan frente a frente, desafiándose con la mirada. Acá no había bueno ni malo, desde luego, a no ser que fueras tan cerrado como para considerar que entrar subrepticamente en un despacho de la Jefatura de Policía para sacar una copia no autorizada de documentos oficiales fuera un acto reprobable. Pero el concepto que Zubrinic tenía de la ley era tan alto que estaba por encima de esas consideraciones, por lo que fue a la puerta y la abrió para que Fernanda saliera. Al pasar por delante de él, la joven dijo, sonriendo:- No tardaré.

“¿Cómo lo hace?” se preguntaba Zubrinic mientras volvía a su despacho. No sentía curiosidad por los medios de que se servía la Guillot, su laptop HP Pavilion y aquellas amistades del otro extremo del hilo telefónico, siempre dispuestas a hacerle un favor, a quebrantar una regla o una ley. Tampoco le importaban las técnicas que ella utilizaba para acumular tanta información acerca de sus superiores. Lo que le intrigaba era de dónde sacaba el valor para oponerse a ellos tan sistemática y abiertamente, sin tratar siquiera de disimular hacia dónde se orientaba su lealtad. Una vez, ella le había explicado por qué había renunciado a un alto cargo en la banca privada a cambio de lo que a los ojos de su familia y amigos tenía que ser un trabajo mucho más modesto como secretaria. Ella se había ido del banco por sus principios, pero él aún no se había atrevido a preguntarle cuáles eran aquéllos principios.

Sentado a su mesa, el comisario hizo una lista de la información que necesitaba: cuantía del patrimonio de la señora Modarelli; en qué medida gestionaba la abogada Feldman los asuntos de la difunta y cuáles eran esos asuntos; si en los archivos policiales

aparecía el nombre de la Modarelli; ídem del marido; qué sabía la gente del vecindario acerca de su hostilidad hacia determinadas personas y si alguien recordaba haber visto entrar o salir del departamento el día del crimen a otra persona además de la peruana, lo cual era poco probable, al cabo de tres semanas, y si estaría dispuesto a declararlo a la policía o en sede judicial. También tendría que hablar con el médico de la anciana.

Cuando Zubrinic terminó la lista, Fernanda ya estaba llamando cortesmente a la puerta del despacho.

-¿Hizo copias para Battipede?- preguntó él.

-Sí, señor- respondió la joven, dejando una delgada carpeta en la mesa del comisario y mostrando otra idéntica que conservaba en la mano.

-¿Sabe dónde está él?- preguntó el comisario, procurando hablar con naturalidad, para no dar la impresión de que ella colocaba chips detrás de las orejas de todos los empleados del Departamento, para tenerlos localizados por medio de un satélite conectado a su computadora.

-Creo que esta tarde va a venir, comisario.

-¿Ya lo leyó?- preguntó él señalando la carpeta con el mentón.

-No, señor.

-Él le creyó.

-Podría echar una hojeada a la carpeta de Battipede antes de dársela.- No necesitó explicarle por qué deseaba que lo hiciera.

-Sí, señor. ¿Desea que empiece a comprobar las cosas habituales?

Años atrás, él le hubiera preguntado a qué se refería, pero la experiencia le había enseñado que, probablemente, aquellas “cosas” serían las mismas que él había anotado en la lista, por lo que dijo tan sólo:

-Sí, muchas gracias.

-Conforme- dijo ella, y se fue.

El primer papel de la carpeta era el informe de la autopsia. Zubrinic, por la fuerza de la costumbre le hizo sentir alivio al reconocer el garabato que identificaba a Sardano.

La señora Modarelli contaba ochenta y tres años en el momento de su muerte. El doctor indicaba que podría perfectamente haber vivido diez años más. El corazón y demás órganos se hallaban en excelente estado. Había dado a luz por lo menos una vez, y se le había practicado un “balón intragástrico” aunque sin resultado positivo, al menos, era lo que pudo comprobar en la difunta. Aparte de esta operación, no se advertían señales de enfermedad grave ni fracturas. A causa de su peso de más de cien kilos, tenía las rodillas muy desgastadas, hasta el punto de que caminar debía de serle muy difícil, y subir escaleras, imposible. La flaccidez del tejido muscular confirmaba una falta de actividad general.

La causa de la muerte era una serie de golpes -Sardano estimaba cinco- descargados en el occipital. Dado que los impactos estaban muy juntos, era imposible determinar cuál de ellos la había matado, aunque lo más probable era que la muerte fuera resultado de la acumulación de traumatismos. El homicida, probablemente, diestro, o era mucho más alto que la víctima, o estaba de pie, y la mujer sentada. El enorme daño causado por los repetidos golpes, apuntaba a esta segunda posibilidad, ya que el desnivel permitía que el arma describiera un arco de casi un metro.

En cuanto al arma en sí, Sardano se abstenía de hacer especulaciones, y era imposible saber si se le había informado de la imagen hallada cerca del cuerpo. Él indicaba tan sólo que se trataba de un objeto de borde irregular con un peso de uno a tres kilos. Tanto podía ser de madera como de metal. El forense puntualizaba únicamente que, a juzgar por la forma de las lesiones del cráneo, debía de ser un objeto que tenía una serie de aristas y hendiduras que discurrían en sentido horizontal.

Unido a esta hoja estaba el informe del laboratorio que indicaba que el borde de la estatua de bronce coincidía con las muescas de las lesiones y que el tipo de sangre hallado en ella era el mismo que el de la señora Modarelli. No, no había huellas dactilares.

La muerte se había producido a causa del shock y de la pérdida de sangre; los daños del tejido cerebral habían provocado una disfunción neurológica tan grave que los órganos hubieran dejado de funcionar muy pronto, aunque se la hubiera encontrado antes de que se desangrara.

El examen del escenario del crimen por la policía parecía haber sido, como mucho, somero. Sólo se habían buscado huellas en una habitación, y en la carpeta no había más que cuatro fotografías, todas ellas, del cadáver de la señora Modarelli. No había constancia del contenido de la habitación ni del “precipitado registro” que, según se indicaba en el informe, parecía haber tenido lugar. Zubrinic no sabía si semejante negligencia se debía a la rápida conclusión de que la peruana era culpable, y confiaba en que no reflejara el procedimiento habitual. Buscó las firmas al pie del informe que describía el escenario, pero eran simples iniciales ilegibles.

Después estaba el pasaporte que Fabia Álvarez llevaba encima. Si el documento era falso, ¿cuál era el verdadero nombre de la mujer que había sido enterrada en el cementerio municipal de San Isidro? Ni siquiera esto lo sabía con certeza, porque el informe no decía dónde estaba enterrada. La foto mostraba unos ojos y un pelo oscuros, y una cara sin asomo de sonrisa: la mujer miraba a la cámara como si temiera que fuera a lastimarla. En cierto modo, así era: la foto había servido para confeccionar el pasaporte con el que había conseguido el trabajo que la había conducido a aquella estación y a la fatídica huida por las vías.

La hoja siguiente contenía fotocopias de los permisos de residencia y de trabajo de Fabia Álvarez Sturao. En ellos se repetían los datos del pasaporte. Se le autorizaba a permanecer en la República Argentina seis meses, si bien la fecha de entrada estampada en el pasaporte era de hacía más de un año. La señora Baricco había dicho que la mujer había aparecido a finales de otoño, lo cual dejaba en blanco ocho o nueve meses.

Eso era todo. No había información sobre la vía por la cual Fabia Álvarez había llegado a trabajar para la señora Modarelli. Tampoco había recibos que acreditaban que cobraba un sueldo. Zubrinic sabía que esto era lo normal, que la mayoría de aquellas mujeres trabajaban en la economía sumergida. Muchas de las personas que cuidaban de la población de la tercera edad, cada vez más numerosas, eran mujeres sin documentación procedentes del norte del país y de los países limítrofes, por lo que no le sorprendió la falta de papeles.

El comisario, con la carpeta en la mano, fue hacia la escalera. Se daba cuenta de que su conducta iba a ser poco profesional. Cuando entró en la oficina, Fernanda levantó la cabeza calmosamente, como si estuviera esperándolo.

-Estuve mirando en los archivos de extranjería de la ciudad- dijo, y agregó:- No se alarme, lo hice legalmente. Esa información la tenemos en nuestro sistema, está informatizada.

-¿Qué encontró?- preguntó él, como si no hubiere oído la explicación.

-Que Fabia Álvarez tenía un permiso perfectamente válido- dijo ella, pero entonces lo miró y sonrió.

-¿Y qué más?- preguntó él, en respuesta a la sonrisa.

-Que tres mujeres usaban el mismo pasaporte.

-¿Qué?

-Tres- repitió ella. Una, acá, en Buenos aires, otra, en Tucumán; y la tercera en Catamarca.-

-Pero eso es imposible.



-Debería serlo- concedió ella-, pero por lo visto no lo es.- Antes de que él pudiera preguntar si se trataba de la misma persona que había solicitado trabajo en diferentes ciudades, ella explicó:- Una empezó a trabajar en San Fernando del Valle de Catamarca mientras la que estaba registrada acá trabajaba para la señora Modarelli.

-¿Y la otra?

-No lo sé. Tengo dificultades con Tucumán.

En lugar de pedir que le aclarase esta ambigua observación, él preguntó:

-¿No hay una oficina o un registro central?

-Debería haberlo- convino ella-, pero no se cotejan los datos entre provincias. Nuestros archivos sólo abarcan Capital y Gran Buenos Aires.

-Entonces, ¿cómo lo descubrió?- preguntó el comisario con auténtica curiosidad y sin asomo de inquietud acerca de la legalidad de sus métodos.

Ella meditó largamente su respuesta y al fin dijo:

-Prefiero no decírselo, comisario. Bien, en realidad, podría inventar fácilmente una respuesta técnica tan compleja que usted no la entendería, pero me parece más ético decirle, sencillamente, que prefiero reservarme la información.

-Está bien- admitió Zubrinic, comprendiendo que ella tenía razón-. Pero, ¿está segura?

-Fernanda Guillot asintió.

Como si leyera el pensamiento, dijo:

-Las huellas dactiloscópicas, ese invento tan nuestro, ¿recuerda a Vucetich?

Un amigo suyo había comentado en una ocasión que vivir en Buenos Aires era como vivir en un lugar que él llamaba “el manicomio”. En aquel momento, Zubrinic no tenía ni idea lo que lo que era realmente “el manicomio” ni dónde se hallaba, pero, no obstante, pensó que debía de tener razón su amigo. Con el tiempo, pudo comprobar que ésta era una fiel descripción de Argentina en general.

-¿Sabe dónde están esas otras mujeres? ¿Tiene sus direcciones?

-De la que vive en Catamarca, sí, pero no de la que está en Tucumán.

-¿Miró en otras provincias?

-No, señor; sólo en el Norte. Sería perder el tiempo.

Él se quedó pensando y entonces, lo sacó de su distracción la voz de Fernanda que decía:

-... ir a echar una hojeada a la vivienda.

-¿Cómo? Estaba pensando en otra cosa. ¿Decía usted...?

-Que podría ser conveniente que usted fuera a la casa de la Modarelli. Quizá se haga una idea de lo que sucedió.

-Sí, desde luego- reconoció él. Señalando la carpeta que había dejado en la mesa, preguntó:- ¿Estaban las llaves en el expediente original?

-No, señor; no había nada.

-Ni se hace mención de ellas. ¿Dijo Sánchez si el departamento sigue clausurado?

-No, señor.

Zubrinic reflexionó. Si las llaves no estaban con los papeles, tendría que pedir las al teniente, algo que no deseaba hacer. Pedirlas al pariente más próximo de la Modarelli sería poner sobre aviso a posibles sospechosos de que la policía volvía a interesarse en el caso, lo que les alarmaría y les haría tomar precauciones. Finalmente, se volvió hacia la Guillot y dijo:

-¿Me presta sus herramientas?

## CAPÍTULO VII

Era casi la hora del almuerzo, y Zubrinic, que hacía tiempo que conocía la manía de su esposa de saber cuánta gente se sentaría a la mesa a la hora de comer, la llamó para decirle que no contara con él.

-Encantada- dijo ella.

-¿Y eso?- preguntó él con suspicacia.

-Dale, Drago, no seas chiquilín. Los chicos almuerzan en casa de amigos. Si vos tampoco vas a estar, podré leer mientras como.

-¿Qué comerás?

-¿No querés saber que leeré?

-No; quiero saber qué vas a comer.

-¿Para saber lo que te perdés?

-Sí.

-¿Y ponerte de mal humor?

-No.

Hubo una pausa y a él casi le parecía oír por el teléfono cómo funcionaban los mecanismos de su mujer.

-Si te prometo que tomaré una sopa y, de postre flan Royal con crema La Serenísima, ¿estarás más contento?

-Vamos, Catona, no seas tonta- dijo él, pero se reía.

-Hecho- contemporizó ella-. Y, para resarcirte por el almuerzo que te perdés, esta noche te haré milanesas de Coto.

-¿Y salsa de tomate?

-Sí. Y, si me da tiempo, con lo que sobre de flan, lo congelaré y haré helado.

-Sólo te pido que le echés menos ajo- dijo él, aprovechando la que consideraba una posición de ventaja para pactar.

-¿En el helado?

Él se rió y colgó el teléfono, diciéndose que, cuando llegara a casa, debería recordar preguntarle que leía.

Ahora estaba libre para ir a almorzar a Filo y pedirse la pizza número cuarenta y ocho "cuatro formaggio". En el restaurant se encontró con unos abogados que había conocido hace unos días en el Villadiz, de Maipú y Viamonte, y todos están tomando whisky alrededor de una mesa, yendo al baño de a uno, todos hablan, menos él, no pueden parar de hablar y Zubrinic se va quedando dormido, cabecea, se despierta sobresaltado, los abogados se ríen, se ríen muy fuerte, y él dice que lo disculpen: se levantó muy temprano -la Catona no lo dejó dormir con sus ronquidos, una noche especialmente terrible-, manejó toda la mañana -miente- y tiene sueño. Se fue sin ordenar su comida.

Aprovechó que estaba cerca para ir a la casa de la señora Modarellil Le parecía que el mejor momento sería inmediatamente después de la hora del almuerzo, en que la mayoría de la gente estaría en casa y el calor habría echado de la calle a los turistas. Mal de su agrado, como alternativa a un almuerzo decente, decidió comerse un "matrimonio" con puré mixto, o sea, chorizo y morcilla con papas y zapallo y, tras madura reflexión, optó por la parrilla de Paraguay y San Martín. Además, todo le quedaba de paso y podría llegar al departamento de la Modarelli sobre las dos.

Cecilia, el gato, dormía en el suelo, en su sitio de costumbre, delante de la barra. Zubrinic observó, complacido, que por fin había vuelto a crecerle el pelo, seguro le habían subido otra vez las plaquetas, aunque ahora su manto gris carecía del sedoso lustre que

tenía antes. La enfermedad que hacía tres años había afectado a aquel gato del barrio ya era una leyenda urbana: según una versión, alguien había echado ácido al animal y, según otra, su extraña alopecia se debía a una súbita alergia. Con independencia de lo que creyeran, muchos ciudadanos, entre ellos Zubrinic, habían contribuido a pagar las facturas del veterinario durante el largo tratamiento de Cecilia. Pasando por encima del animal, el comisario se acercó a la barra.

A dos chorizos y una morcilla, por exquisitos que fueran, y dos vasos de vino de la casa, no podría llamársele almuerzo, ni con la mejor voluntad, pero la idea de la sopa y el flan de la Catona le ayudó a no considerar el parco tentempié una penitencia muy rigurosa.

Cuando llegó a la casa, vio que las persianas estaban cerradas. Había un único timbre junto al que se leía "Modarelli", por lo que Zubrinic no pudo utilizar su táctica habitual de tocar un timbre al azar y preguntar por otro inquilino del edificio, así que iba a tener que utilizar las ganzúas. Resistiéndose al impulso de mirar en derredor para ver si alguien lo observaba, metió la mano en el bolsillo de la campera beige de verano y sacó la más pequeña. La cerradura era simple y él pudo entrar enseguida, procurando todavía no mirar atrás cuando empujaba la puerta.

En el zaguán se notaba un fresco muy agradable, comparado con el calor de la calle. Las paredes estaban recién pintadas a la cal y por las ventanas de encima de la puerta entraba mucha luz. Al empezar a subir al segundo piso, Zubrinic observó que también las paredes de la escalera estaban limpias y que los escalones de mármol relucían. No había nombre en la puerta del departamento, ni falta que hacía, si en toda la casa no vivía nadie más que ella. Se inclinó y examinó la cerradura: era una Yaltres, de un modelo que él había abierto en varias ocasiones. Ahora eligió una ganzúa mediana, la introdujo en el agujero de la llave, cerró los ojos, para concentrar la atención en los dedos, y empezó a buscar la primera vuelta.

Tardó menos de un minuto en abrir. Empujó la puerta, tanteó en la pared en busca del interruptor y, al accionarlo, se sintió sorprendido de que una mujer como la señora Modarelli se rodeara de un ambiente tan aséptico y funcional: una alfombra de color pálido tejida a máquina, dos impolutas butacas blancas, un sofá azul marino en el que parecía que no se había sentado nadie y una mesa baja de cristal con un plato de madera en el centro. Entonces comprendió lo ocurrido: algún policía complaciente, o unos parientes ansiosos, habrían retirado el precinto, y el departamento había sido redecorado rápidamente. Al fijar la atención, descubrió que lo que parecía algarrobo macizo, era en realidad una chapa muy simple, la clase de mobiliario que el dueño pone en la vivienda destinada a ser alquilada por semanas.

Fue hacia el fondo del departamento y en todas las habitaciones observó el mismo esquema, frío e impersonal: muebles y paredes blancos y una pieza oscura, haciendo contraste. Únicamente en el cuarto de baño se descubrían vestigios de lo que pudo ser la casa en otro tiempo: se habían instalado sanitarios nuevos pero se mantenía una bañera antigua con patas y las baldosas eran las mismas: color rosa y, algunas, deslucidas y gastadas.

En los roperos vio sábanas y toallas sin estrenar, incluso en sus bolsas de plástico y, en la cocina, vajilla nueva. Miró debajo de las camas y encima de los armarios, pero no encontró señal alguna de la anterior propietaria. No había abierto las persianas, para no delatar su presencia a los vecinos, y el calor acumulado en el departamento lo asfixiaba.

Salió a la escalera y siguió subiendo. Sin detenerse ante la puerta que encontró en el siguiente rellano, continuó su ascensión. Arriba había una vieja puerta, con la madera reseca y astillosa. Un par de chapas estaban atornilladas, una a la puerta y la otra al marco, y un candado unía los anillos que cada una tenía en el extremo. Zubrinic bajó al

que había sido el departamento de la Modarelli, en busca de un destornillador, pero, por más que buscó, no pudo encontrar herramienta alguna. Al fin se fue a la cocina, sacó del cajón uno de los nuevos cuchillos de acero inoxidable y volvió al desván.

Aunque la madera del marco estaba seca, le costó trabajo quitar los tornillos para soltar la chapa. Tiró de la puerta y se asomó al desván. Éste tenía el techo bajo y, al fondo, afortunadamente, dos ventanas que, aunque no muy limpias, dejaban pasar luz suficiente como para poder hacerse una idea de las dimensiones de la habitación y de su contenido.

Arrimada a una pared, había una cama de matrimonio con el respaldar tallado, parecida a la que él recordaba haber visto en casa de su abuela y, a su lado, un tocador con mesada de mármol y el espejo picado. Junto a la pared había también dos sillas, frente a frente, que sostenían entre las dos una canasta para la ropa, de plástico, color azul.

Zubrinic vio cajas de cartón apiladas debajo de las ventanas. Cruzó el desván hacia ellas haciendo chasquear con las suelas de los zapatos la mugre del suelo. Abrió la caja que estaba encima del primer montón que, afortunadamente, no estaba cerrada con cinta adhesiva y vio que sólo contenía zapatos viejos. La levantó y la puso en el suelo, y abrió la segunda. Al parecer, en ésta no había sino parte de cajones de cocina: un cuchillo de serrucho con mango de madera enmohecido, un sacacorchos, restos de una cubertería de plata, dos agarradores de ollas sucios y piezas de metal cuya utilidad no pudo adivinar. La tercera caja, más pesada que las otras dos, estaba llena de paquetes pequeños hechos con papel de diario. Abrió uno y vio que el papel tenía fecha de dos semanas antes. Dentro de una página de deportes, había una imagen de la Virgen de Luján, muy mal pintada por cierto, que parecía molesta por verse envuelta, aunque fuera provisionalmente, con el último escándalo de futbolistas y travestis. A su lado, en el interior de la primera página de Economía del Clarín, encontró otra muestra de lo que la Catona llamaba "arte sacro": una esfera de falso cristal en cuyo interior caía la nieve sobre un pesebre. Volvió a guardar la bola y dejó la caja a un lado.

La siguiente contenía manteles y repasadores, todos con ligeras manchas, esponjas de cocina y servilletas que prefirió no tocar. En la caja que estaba debajo de ésta había, aproximadamente, una docena de camisas de algodón, todas blancas, y todas meticulosamente planchadas y dobladas. Debajo, vio seis o siete corbatas lisas, muy sobrias, en sendas bolsas de celofán. La caja siguiente era más pesada y dentro encontró papeles de todas clases: revistas viejas, periódicos, sobres que aún parecían contener cartas, postales, recibos y otros documentos que, a aquella escasa luz, no consiguió identificar. No podría llevárselo todo, tendría que separar lo que pareciera más interesante.

El calor lo envolvía, se le adhería a la piel y se le metía por la nariz con el polvo. Dejó caer los papeles en la caja y empezó a quitarse la "maldita campera beige de verano", que tenía pegada al cuerpo a través de la camisa, tan empapada una prenda como la otra. Aún no había sacado un brazo de la manga cuando oyó cerrarse una puerta abajo, y se quedó quieto, con el cuello de la campera a media espalda.

Sonaban voces, una, aguda -de una mujer o de un niño-, y grave y masculina la otra. Las voces ahogaban el sonido que pudieran hacer los pies en los escalones. Drago Zubrinic trató de recordar si había apagado la luz y cerrado la puerta del departamento. Tenía cerradura de resorte y se cerraba de golpe. Sabía que la primera vez que había subido al zaguán la había dejado abierta. No podía sino confiar en que se le había ocurrido cerrarla la segunda vez.

Las voces se acercaban, respondiendo la una a la otra con la suficiente frecuencia como para hacerle descartar que la primera pudiera pertenecer a un niño. Oyó abrirse y

cerrarse una puerta, y las voces cesaron. Cerró los ojos, para escuchar mejor (a Zubrinic siempre le había costado utilizar más de un sentido a la vez). No podía adivinar en qué departamento habían entrado, si en el que estaba inmediatamente debajo de él o en el de la señora Modarelli, un piso más abajo. Antes no había reparado en si sus pies hacían crujir el suelo de madera, y decidió comprobarlo moviéndose ligeramente hacia un lado. El quejido de las tablas lo inmovilizó.

Se puso la campera y se inclinó hacia adelante, para volver a meter los papeles en la caja. Miró el reloj y vio que eran las tres menos cinco. A las tres y cinco agarró unos papeles y los orientó hacia la luz, para tratar de leer. Enseguida comprendió que le sería imposible concentrarse en esas hojas, con dos personas en la vivienda de abajo, y volvió a dejarlas en la caja. Al poco rato, sentía la espalda rígida y flexionó la cintura hacia uno y otro lado varias veces, para relajar los músculos.

Al cabo de un cuarto de hora, volvió a oír las voces, después de que la puerta se abriera sin ruido. ¿Qué explicación podría dar si decidían subir y lo encontraban en el desván? Técnicamente, aquello todavía era el escenario de un crimen y él podía invocar su derecho de estar allá. Pero la cerradura forzada y la puerta del desván descerrajada denotaban unos medios que no se ajustaban al procedimiento policial regular y sin dudas acarrearían problemas.

Las voces se mantuvieron un rato en el mismo nivel y después, gradualmente, fueron alejándose. Al fin, él oyó cerrarse la puerta de calle y, mientras el silencio se extendía por el edificio, Zubrinic dio un paso atrás y, al levantar los brazos hacia el techo para aflojar los músculos, una telaraña se le enredó en la mano derecha. Instintivamente, bajó la mano y la restregó en la parte de delante de la campera. Dio media vuelta, fue hasta la puerta y volvió donde estaban las cajas, agitando las manos, para descargar la tensión acumulada, y la araña.

Entonces le vino a la memoria algo que había visto, se volvió hacia la caja de los trapos de cocina, la abrió y sacó una de aquellas bolsas de plástico, con asas redondas, que se utilizaban mucho cuando él era niño y que hacía tiempo habían desaparecido, o al menos él no había vuelto a ver. Deslizó las agarraderas de la bolsa sobre el antebrazo izquierdo y se limpió las manos con un trapo que arrojó a una de las cajas.

Fue a la caja de los papeles y se puso a seleccionar su contenido, dejando a un lado las revistas y periódicos y entresacando lo que parecían cartas o documentos. Abrió la bolsa y metió en ellos los papeles, precipitadamente, acuciado por el afán de verse libre de aquel espacio cerrado, aquel calor y aquel olor penetrante a polvo, a viejo, a abandono.

Al salir del desván, volvió a atornillar la chapa del candado con el cuchillo de cocina, que luego se guardó en el bolsillo de la campera. En el piso de abajo, probó la puerta del departamento y vio que estaba cerrada, pero no se paró a usar la ganzúa para averiguar si tenía dos vueltas de llave.

Cuando llegó abajo, empujó la puerta de la calle y salió a pleno sol de la tarde porteña, reconfortado por la sensación de que su fuego lo desinfectaba del olor y la mugre de aquel desván.

Poco después de las cuatro, Zubrinic llegaba al Departamento y vio al teniente Sánchez, que en aquel momento se bajaba de un patrullero. Ya que no podría evitar entrar en el edificio al mismo tiempo, Zubrinic preparó un saludo de ocasión, inocuo, procurando ocultar la bolsa con su cuerpo.

-¿Tuvo usted una pelea, comisario?- preguntó el teniente con aparente solicitud, al observar las manchas de la campera y la camisa de Zubrinic.

-No, no, nada de eso. Tropecé al pasar por una obra en construcción y rocé una pared -dijo el comisario con no menos falsa sinceridad-. Pero gracias por su interés.

Manteniendo la bolsa a la espalda, Zubrinic hizo una seña con la cabeza al agente que les abría la puerta, el cual le correspondió con un saludo igual, antes de cuadrarse al paso del teniente. No creyendo necesario decir más a Sánchez, Zubrinic cruzó el hall de entrada y empezó a subir la escalera. Entonces oyó decir al teniente a su espalda:

-Hacía un siglo que no veía una bolsa como esa, comisario. Es como la que usaban nuestras madres. -Y, después de una pausa, agregó-: Cuando aún podían ir de compras.

La vacilación de Zubrinic fue leve, casi imperceptible, como lo fueron las primeras señales de demencia que había atacado a su madre hacía diez años y que aún la tenía prisionera. No sabía cómo se había enterado Sánchez, ni siquiera podía estar seguro de que lo supiera. Pero, si no lo sabía, ¿a qué se debían las frecuentes alusiones del teniente a las madres? ¿Y por qué aquella insistente urgencia, falsamente humorística, de que cualquier fallo de memoria o de eficacia de cualquier miembro del Departamento tenía que ser señal de senilidad?.

Haciendo oídos sordos al comentario, Zubrinic siguió subiendo la escalera, camino de su despacho. Cerró la puerta, dejó la bolsa en la mesa, se quitó la campera y la miró sosteniéndola por los hombros. Lino beige, una de sus favoritas, y ahora tenía dos franjas anchas y negras, horizontales, adelante. Zubrinic dudaba de que hubiera un sistema de lavado que pudiera eliminarlas. Colgó la prenda del respaldo de una silla y se aflojó el nudo de la corbata. Entonces se dio cuenta de lo sucias que tenía las manos. Fue al baño del piso de abajo, se las lavó, se echó agua a la cara y se pasó las manos mojadas por la nuca.

Sentado a su escritorio, se acercó la bolsa, la abrió y sacó los papeles. Desistiendo de clasificarlos por categorías, se puso a leer. Facturas de gas, electricidad, agua y alumbrado, barrido y limpieza, todas, domiciliadas en una cuenta de la Banca Nazionale del Lavoro, unidas con clips por servicio y por orden cronológico. Un fajo de cartas de los vecinos, entre otras, las de la señora Baricco, que se quejaban del ruido del televisor. Databan de hasta siete años atrás y todas habían sido enviadas por correo certificado con aviso de retorno. La fotocopia del acta de convivencia, una carta del Ministerio del Interior al señor Rapisardi acusando recibo de su informe, el 23 de noviembre de 1982.

Había más cartas; unas dirigidas a la señora Modarelli; otras, a Rapisardi; y otras, a ambos. Las sacaba del sobre y leía rápidamente el primer párrafo de cada una. Luego, acelerando el proceso, sólo las miraba por encima, buscando algo que pudiera ser importante. Había varias de pura y obligada cortesía, firmadas por una sobrina, Nora, y escritas con una letra muy tosca, muy primitiva, dando gracias por el regalo de Navidad, que nunca se especificaba. Ni la caligrafía ni el rudimentario estilo epistolar de Nora habían mejorado mucho con los años.

Uno de los sobres con el nombre y la dirección de Nora en el remitente, no contenía carta sino una hoja escrita en otra letra, de trazo enérgico y decidido. En el margen izquierdo había una columna formada por series de cuatro iniciales y, a la derecha, unos números, algunos, precedidos o seguidos de una o varias letras.

Una voz pronunció su nombre desde la puerta, y, al levantar la cabeza, el comisario vio a Battipede. Zubrinic sorprendió al inspector, diciendo por todo saludo:

-Usted es aficionado a los crucigramas, ¿verdad?

El recién llegado asintió, cruzó el despacho y se sentó en una de las sillas situadas delante de la mesa de Zubrinic. El comisario preguntó, pasándole la hoja:

-¿Qué le parece esto?

Battipede tomó el papel, lo puso en la mesa de su superior y, apoyando la barbilla en las dos manos, lo miró fijamente. Zubrinic, dejando al inspector entregado a sus especulaciones, siguió repasando papeles.

Transcurrido varios minutos, Battipede preguntó, sin levantar la vista del papel:

-¿Me da una pista?

Estaba en el desván de la anciana que fue asesinada el mes pasado.

Al cabo de unos minutos más, finalmente, Battipede dijo:

-¿Tiene una guía telefónica, comisario? Las Páginas Amarillas.

Zubrinic, intrigado, sacó del cajón de abajo las Páginas Amarillas de Buenos Aires.

El inspector abrió la guía por el principio y pasó varias páginas. Luego tomó la hoja de papel y la colocó encima de la guía. Puso el índice de la mano derecha en la primera anotación de la lista, y fue deslizando el de la mano izquierda por una página de la guía que Zubrinic no podía ver. Cuando, al parecer, encontró lo que buscaba, Battipede repitió la operación con la segunda anotación. Satisfecho de lo que encontraba, fuera lo que fuera, Battipede lanzó un gruñido y siguió buscando. El proceso continuó hasta que llegó a la cuarta anotación de la lista, momento en que miró a Zubrinic y sonrió.

-¿Y bien?- preguntó el comisario.

El inspector dio la vuelta a la guía y la acercó al comisario. En la página de la derecha, Zubrinic vio, en letras mayúsculas la palabra BAR, seguida de unas docenas de nombres, los primero de la lista de los cientos de bares de la ciudad, por orden alfabético. El índice ancho de Battipede pasó por delante de su campo visual para señalar la página de la izquierda. El comisario comprendió al instante. Naturalmente, los bancos. De modo que la lista era de las iniciales de sus nombres, seguida de los números de cuentas.

-También conozco una unidad monetaria de Camboya de tres letras que empieza por K, comisario- dijo Battipede.

## CAPÍTULO VIII

Estuvieron unos minutos hablando, y Zubrinic bajó a hacer fotocopias del papel. Cuando volvió, él y Battipede escribieron los nombres completos de los bancos al lado de las iniciales. Cuando terminaron, el comisario preguntó:

-¿Podrá usted entrar?- dejando que Battipede dedujera que se refería a la computadora, no a pico y pala.

Battipede meneó la cabeza tristemente:

-Aún no soy lo bastante bueno- dijo-. Ella me permitió probar una vez, con un banco local, pero dejé un rastro tan ancho que al día siguiente, un amigo de ella, le envió un mail preguntándole qué diablos se proponía.

-¿Sabía que había sido ella?- preguntó Zubrinic.

-Dijo que había reconocido su técnica por la manera de acceder al sistema.

-¿Que era...? preguntó otra vez Zubrinic.

-No se ofenda, pero no lo entendería, comisario.- Había en la voz del inspector como un eco lejano de aquel tono frío y objetivo que usaba la Guillot y que, probablemente Battipede había aprendido de ella-. Para darme acceso, ella utilizó un código y luego me pidió que tratara de encontrar una información determinada y...

-¿Qué información?- interrumpió Zubrinic, y agregó:- Si se me permite la pregunta.

-Quería ver si era capaz de descubrir cuánto dinero había sido transferido a una cuenta concreta, desde una cuenta numerada de Montevideo.

-¿Qué cuenta?

El inspector Carlos Mariano Battipede apretó los labios, reflexionando, y luego dio el nombre del secretario de Comercio, que había apoyado la concesión de préstamos del Gobierno de Uruguay.

-¿Y usted lo descubrió?

-Empezaron a sonar las alarmas- dijo Battipede, y explicó:- En sentido figurado, desde luego. De modo que salí a toda prisa, pero no sin dejar señales evidentes de que había entrado.

-¿Por qué quería ella averiguar tal cosa?- caviló Zubrinic.

-Creo que ya lo sabía, comisario. Es más, estoy seguro. Por algo sabía cómo hacerme entrar.

-¿Se lo explicó a su amigo?

-Claro que no, señor. Hubiera sido peor que se enterara de que ella estaba ayudando a resolver una actividad ilegal.

-¿Y...?

-Si lo supieran, se habría acabado.

¿Y dónde creen que trabaja entonces?- El comisario tenía la vaga idea de que el origen de todos los mensajes que ella enviaba podía localizarse en el Departamento. Ahí cada cual tenía su propia dirección de correo electrónico; él mismo había utilizado la suya más de una vez, y le constaba que estaba perfectamente claro que correspondía a la Federal.

-Me parece que ella desvía las cosas, comisario- dijo Battipede con cautela.

Zubrinic comprendió que así debía ser, aunque no tenía ni idea cómo se hacía exactamente.

-¿Que las desvía? ¿Por dónde?

-Probablemente por su dirección anterior.

-¿El Banco Francés?- preguntó un Zubrinic estupefacto. A la señal afirmativa de Battipede, inquirió:- ¿Me está diciendo que ella envía y recibe información a través de un



sitio en el que hace años que dejó de trabajar?- a la segunda afirmación del inspector, Zubrinic alzó la voz- ¡Es el Banco Francés, por el Altísimo\_ ¿Cómo permiten que una persona que hace años que no trabaja allá siga usando su dirección?

-No creo que lo permitieran, señor- convino el inspector, y explicó-: Si lo supieran, claro.

De pronto Zubrinic descubrió que seguir la conversación podía conducir al desvarío o, lo que sería más peligroso, al descubrimiento de hechos delictivos, conocimiento que quizá un día tuviera que negar bajo juramento. Pero sin dominar completamente la curiosidad, preguntó:

-¿Usted lo averiguó?

-¿El qué?

-El importe del depósito.

No, señor.

¿Y ella?

-Creo que sí.

-¿Por qué lo cree? ¿ella se lo dijo?

No, señor. Me dijo que era información privilegiada y que, si quería tenerla, tendría que conseguirla por mí mismo.

Al oír esto, a Zubrinic le vino a la mente la expresión „la ética entre los chorros“, pero la ahuyentó, porque podían más la admiración y el respeto que aquella pericia le producía. Volviendo al asunto que los ocupaba, dijo:

-¿Entonces tendremos que pedírsela a ella?

-Sí, señor.

Se pusieron de pie y fueron en busca de Fernanda Guillot. Battipede llevaba en la mano el papel con las iniciales descifradas.

Fernanda estaba en su despacho, pero, desgraciadamente, también estaba su superior inmediato el subdirector Balmaceda, que hoy vestía traje de lino color crema y camisa negra, también de lino. La corbata, de seda color borraño, tenía hebras del mismo tono del traje, que discurrían en diagonal. Zubrinic observó, cosa que antes se le había escapado, que ella llevaba traje tipo sastre de lino negro y blusa de seda color crema, y se le ocurrió que, si hubieran elegido la indumentaria premeditadamente, sabiendo cada uno lo que llevaría el otro, sin duda, Balmaceda se hubiera dejado llevar por una emulación y ella, por un antojo de parodia.

Al ver a Battipede con un papel en la mano, Balmaceda inquirió:

-¿Qué es eso, inspector? ¿Tiene que ver con la absurda idea del comisario de que aquella mujer no fue asesinada por la peruana?

-No, señor- dijo un humilde Battipede-. Es el código que utilizo para elegir los equipos cuando juego al Prode.- sacó el papel que sostenía a su espalda e hizo ademán de mostrárselo a Balmaceda, mientras explicaba-: En esta primera columna está el nombre del equipo, escrito en clave, y estos números son los de los jugadores que creo que van a ...

-Ya basta, Battipede- dijo Balmaceda sin ocultar su irritación. Y a Zubrinic-: si no está también muy ocupado con los pronósticos deportivos, comisario, me gustaría hablar con usted.- Se volvió hacia la puerta del despacho.

-Sí, señor- dijo Zubrinic, que siguió a su superior, dejando a Battipede con Fernanda.

Balmaceda se instaló detrás de su escritorio, pero no invitó al comisario a sentarse, lo que era buena señal, ya que indicaba que el subdirector tenía prisa. Eran casi las seis, tenía el tiempo justo para hacerse llevar en un patrullero al Lawn Tennis Club, a jugar un partido y, de ahí a su casa, a cenar.

-No le retendré mucho, comisario. Sólo quiero recordarle que este caso está resuelto, a pesar de las ridículas ideas que pueda usted tener sobre él- empezó, sin especificar qué ideas de Zubrinic le parecían ridículas, con lo que se reservaba la opción de incluirlas, todas en la misma categoría-. Los hechos hablan por sí mismos. A esa pobre mujer la mató la peruana, que quería salir del país y dejó en evidencia su culpabilidad al tratar de escapar de un control rutinario de la policía en el tren.- Juntó las yemas de los dedos apoyando los índices en los labios durante un segundo, luego los separó y dijo:- No quiero que una prensa suspicaz e irresponsable pueda poner en tela de juicio la labor de este Departamento.- Alzó el mentón concentrando toda su atención en Zubrinic.-¿Me he expresado con suficiente claridad, comisario?

-Con perfecta claridad, señor.

-Bien- dijo Balmaceda, entendiendo la respuesta de Zubrinic como señal de obediencia-. Eso es todo. Ahora tengo que ir a una reunión.

El comisario murmuró unas palabras de cortesía y salió del despacho. Fuera, Fernanda estaba sentada a su mesa, leyendo una revista. Battipede había desaparecido. Cuando ella alzó la mirada, Zubrinic se llevó el índice a la nariz y luego señaló hacia arriba, en dirección a su despacho. Oyó abrirse la puerta de Balmaceda a su espalda. Fernanda volvió a mirar la revista, desentendiéndose de Zubrinic, y pasó una hoja con indolencia. Él subió a su despacho a esperarla.

Cuando entró el comisario, Battipede estaba mirando por la ventana, alzándose sobre las puntas de los pies para ver el estacionamiento de los autos de los jefes. Zubrinic oyó arrancar el Megan de Balmaceda y vio el bolso de deportes de su superior en el asiento trasero, entonces comprendió que seguramente se dirigía al Lawn Tennis. Battipede, sin decir nada, se retiró de la ventana y fue hacia una silla.

Al cabo de un momento, entró Fernanda, que cerró la puerta a su espalda y se sentó en la silla que estaba junto a la de Battipede. Zubrinic se situó de espaldas a la mesa, apoyado en ella.

El comisario no creyó necesario preguntar a la joven si el inspector le había hablado de lo que había que hacer.

-¿Podrá comprobarlos todos?- preguntó.

-Sólo éste será difícil- dijo ella, señalando un nombre a mitad de la lista-. Deutsch Bank. Se han anexionado otros dos bancos, pero la oficina de acá es nueva, y nunca he tenido ocasión de pedirles nada, por lo que quizá me lleve algún tiempo; pero a los otros puedo pedirles los datos esta misma tarde y tener la respuesta mañana.- Por su forma de expresarse, quien no estuviera familiarizado con sus tácticas podría suponer que la tarea se efectuaría de acuerdo con las más estrictas normas bancarias: toda la información sería facilitada a requerimiento de órdenes judiciales, extendidas a solicitud de la policía, presentada por el conducto pertinente. Dado que habitualmente, este proceso duraba meses y que se estaban aprobando unas leyes que lo hacían cada vez más difícil, si no imposible, la verdad era que la información sería extraída de los archivos de los bancos con la misma facilidad con que a un incauto turista alemán se le birla la billetera del bolsillo trasero en el 152, a su paso por la Casa Rosada.

Mirando a Battipede, Zubrinic preguntó:

-¿Usted qué opina?

El inspector hizo una deferente inclinación de cabeza hacia Fernanda, para indicar que ella le había puesto en antecedentes de la conversación que el comisario había mantenido con la señora Baricco y dijo:

-Si esa mujer dice la verdad, no es probable que la señora Álvarez matara a la anciana. Lo que significa que la mató otra persona, y las cuentas bancarias me parecen un buen sitio para empezar a buscar un móvil.

-¿Cree que hay alguna posibilidad de que la peruana sea la asesina, comisario?- interrumpió Fernanda.

Battipede también miraba a Zubrinic, tan curioso como ella.

-Si se fijaron en las fotos del cuerpo de la señora Modarelli, habrán podido apreciar cómo le quedó la cabeza a causa de los golpes- dijo el comisario que, tomando su silencio por asentimiento, continuó:- No me parece lógico que la Álvarez volviera atrás y la matara a sangre fría. Tenía dinero, tenía un pasaje de vuelta a casa y ya estaba en la estación. Y, por lo que dijo la señora Baricco, ya parecía estar más tranquila. No veo por qué iba a volver atrás y matar a la vieja y, menos, de ese modo. Allá hubo cólera, no cálculo.

-O cálculo disfrazado de cólera- apuntó Battipede.

Esto implicaba una malicia que Zubrinic prefería no considerar por el momento, pero asintió, disgustado. Antes de especular sobre posibilidades, quería ceñirse a la realidad, y dijo a Fernanda: -Mañana hablaré con la abogada y con la familia. -Y a Battipede:- Me gustaría que preguntara en el vecindario si alguien recuerda haber visto algo especial aquel día.

-¿Es oficial?- preguntó el inspector.

Zubrinic suspiró.

-Sería preferible que procurase hacer las preguntas de un modo casual, si fuese posible tal cosa.

-Preguntaré a Gabriela.

-¿A quién?

-A la Grosso, mi esposa, a ver si conoce a alguien que viva por el Bajo- dijo Battipede-. O quizá nos acerquemos a tomar una copa o a almorzar en ese sitio nuevo que han abierto.

Zubrinic aprobó el plan con una amplia sonrisa y, volviéndose hacia Fernanda, dijo:

-Otra cosa que me gustaría comprobar es si esa mujer había tenido alguna relación con nosotros.

-¿Quién? ¿La peruana?

-No. La señora Modarelli.

-Una mente criminal octogenaria -rió ella-. Cómo me gustaría descubrir alguna.

-Zubrinic mencionó a un antiguo presidente y sugirió que, si tanto le interesaba el tema, podría buscar información sobre el personaje en el archivo.

Battipede soltó una de sus carcajadas y ella tuvo a bien sonreír.

-Y, ya de paso, vea si hay algo del marido y del hijo- dijo el comisario, volviendo a la cuestión que importaba.

-¿Quiere que investigue a la abogada?

-Sí.

-Me encanta meterme en los asuntos de los abogados -dijo Fernanda impulsivamente-. Se creen muy listos para camuflar las cosas, pero es fácil hacerles salir a la luz. Hasta diría que casi demasiado fácil.

-¿Preferiría darles una oportunidad?- preguntó Battipede.

Ella dio un respingo.

-¿Dar una oportunidad a un abogado? ¿Cree que estoy loca?

## CAPÍTULO IX

Como tenía que leer las testimoniales relacionadas con el caso del aeropuerto y como no lo acuciaban las ganas de hablar con abogados, Zubrinic se limitó a llamar al estudio jurídico de la abogada Feldman y pedir una cita para la mañana siguiente. Cuando la secretaria le preguntó de qué asunto se trataba, el comisario dijo únicamente que era una cuestión relacionada con una herencia y dio su nombre, pero sin mencionar que era policía.

Estuvo una hora leyendo declaraciones contradictorias que se invalidaban mutuamente. Por fortuna, cada declaración estaba acompañada de una pequeña foto 4 x 4 de frente, por lo que él podía identificar a la persona que declaraba o era interrogada, con las que aparecían en las cintas grabadas por las cámaras de vigilancia disimuladas en la sala de equipajes del aeropuerto. Que él hubiera podido comprobar, sólo doce de las setenta y seis personas arrestadas decían toda la verdad, ya que únicamente su testimonio estaba confirmado por los videos que él había visto la semana anterior durante horas, en la que todos los acusados aparecía cometiendo hurtos.

Zubrinic no deseaba dedicar mucho tiempo a la investigación, puesto que la defensa argumentaba que, como las cámaras habían sido instaladas sin el consentimiento de las personas que eran grabadas, ello suponía una invasión a la privacidad de los acusados. Si se admitía la argumentación -y él intuía que se admitiría-, la acusación no tendría caso, ya que, desaparecida la prueba principal, todos los que habían confesado su participación admitiendo culpabilidad, se retractarían inmediatamente. De cualquier modo, “doce sobre setenta y seis” se le apareció como una señal y ordenó al agente Gonella que hiciera una redoblona “cabeza y veinte” para la Nacional Nocturna, sabiendo de antemano que Gonella se confundiría y jugaría en Provincia, lo cual representaba su verdadero pálpito. El agente, claro que se equivocó pero jugó en la de Montevideo, y, por la noche, Riverito anunciaría el “doooce” y en el puesto diecisiete aparecería el setenta y seis en la Quiniela de la Provincia de Buenos aires.

Volviendo a la investigación comprobó que todos los acusados seguían trabajando todavía, ya que se había aducido que, puesto que el artículo catorce de la Constitución garantizaba el derecho al trabajo, era anticonstitucional despedirlos. “Manaya la pistola de la vaca”, susurró Zubrinic, y decidió que ya era hora de irse a casa.

Al llegar notó que la Catona había cumplido su palabra, porque los aromas a fritanga que salieron a su encuentro cuando entró en el departamento de La Florida, componían una suculenta mezcla de aceite de girasol reutilizado, pan rayado, algo de perejil y carne de vaca estirada para la ocasión, aunque sin quitarle la grasa ni los nervios. Dejó al lado de la puerta la bolsa de plástico en la que traía la campera beige de verano sucia y avanzó por el pasillo hacia la cocina. Ella estaba sentada a la mesa, con un vaso de Fernet Branca Menta delante, leyendo.

-De acuerdo, pimpollo- dijo él-, voy a preguntarte que leés.

Ella lo miró por encima de los medios anteojos de lectura y dijo:

-Algo que debería interesarnos mucho a los dos, Drago. El libro de religión de Verena, el Catecismo Universal de 1992.

Inmediatamente, Drago comprendió que de ahí no iba a salir nada bueno. Aún así, preguntó:

-¿Por qué, a nosotros?

-Por las cosas que dice acerca del mundo en que vivimos- respondió ella dejando el libro en la mesa y tomando de un sorbo todo el vaso de Fernet.

-¿Por ejemplo?- preguntó él yendo a la heladera y sacando la botella. Era un buen clarete, Termidor, qué habían comprado en la rotisería de la vuelta.

-Acá hay un capítulo que trata de los siete pecados capitales- “otra señal, el siete, por San Cono”- pensó Drago-, dijo ella, señalando la página que estaba leyendo cuando entró él.

Drago había pensado muchas veces que era muy conveniente que hubiera un pecado para cada día de la semana, pero, por el momento, se guardó la reflexión.

-¿Y qué?- preguntó.

-Pues, que me puse a pensar en que nuestra sociedad dejó de considerarlos pecados, si no del todo, por lo menos consiguió quitarles buena parte del olor a pecado que antes tenían.

Él tomó una silla y se sentó frente a ella, no muy interesado en esta última conversación, pero dispuesto a escuchar. Levantó la copa en dirección a ella y bebió un trago, quiso decir “prost” pero le salió “berp”. El vino estaba tan bueno como él recordaba. Gracias a Dios, pues, por el buen vino, y gracias a Dios por una esposa -aunque fuera la Catona- capaz de encontrar motivo de polémica en un libro de segunda enseñanza sobre doctrina religiosa.

-Pensá en la lujuria- prosiguió ella.

-Ya pienso a menudo- dijo él sonriendo de oreja a oreja..

Sin hacerle caso, ella dijo:

-En nuestra infancia, la lujuria era por lo menos, medio pecado, o algo que no se mencionaba ni exponía en público. Ahora no podés ver una película, ni la tele, ni una revista, sin encontrarte con eso.

-¿Y vos creés que es malo?- terció él.

-No necesariamente. Sólo diferente. Quizá la gula sea un mejor exponente.

“Ah, ahí le duele”, pensó Drago, y ambos hundieron el estómago.

-Continuamente se nos anima a incurrir en ella. No hay más que abrir una revista o un diario.

-¿En la gula?- preguntó él con extrañeza.

-No necesariamente gula de comida- explicó ella-, sino a tomar y consumir más de lo que necesitamos. Al fin y al cabo, ¿qué es tener más de un televisor, de un auto, o de una casa, sino una forma de gula?

-Nunca me lo había planteado de este modo- contemporizó él, volviendo a la heladera en busca de más vino.

-No, ni tampoco yo, hasta que empecé a leer este libro. Acá se define la gula como comer en demasía, y punto. Pero me puse a pensar en lo que podría significar en un contexto más amplio.

Esta era, para Drago, la esencia de la Catona, la mujer a la que seguía amando infinitamente: que siempre pensaba las cosas -todas las cosas, le parecía a veces- en un contexto más amplio.

-¿Creés que podrías empezar a pensar en la cena en un contexto más amplio?- preguntó él.

Catona lo miró, luego miró el reloj y vio que eran más de las nueve.

-Ah- dijo, como sorprendida de que se le reclamara para tan mundanos menesteres-. Por supuesto. Ya oí llegar a los chicos.- entonces pareció reparar en su marido como si no lo hubiera visto hasta aquel momento- quizá debido a la ingestión del quinto vaso de Fernet- y preguntó:- ¿Qué hiciste con la camisa? ¿Limpiarte las manos?

-Sí- respondió él y, al ver su gesto de sorpresa, añadió:- Te lo contaré después de cenar.

Tanto Verena como Luquitas estaban en casa, circunstancia poco frecuente durante el verano, en que a menudo uno de ellos o los dos cenaban y hasta dormían en casa de amigos. Luquitas había llegado a una edad en la que su amor de adolescente por Augustito Nicolás Nieto Romero había adquirido un tono más adulto, tanto que una tarde, hacía varios meses, Drago se lo había llevado aparte para hablarle de sexo, pero su hijo lo atajó diciendo que todo aquello ya se lo habían explicado en el colegio. Fue la Catona quien, a la noche siguiente, puso los puntos sobre las “íes latinas” al declarar que, no obstante lo que hicieran o pensaran los amigos de Luquitas, ella había hablado con los padres de Augustito Nicolás y todos estaban de acuerdo en que, bajo ningún concepto, ni él pasaría la noche en casa de Augustito Nicolás ni Augustito Nicolás en la de él.

-¡Pero eso es totalmente retrógrado\_ - gimió Luquitas.

-También es definitivo- dijo la Catona, dando por terminada la discusión.

Fuera cual fuera la fórmula que Luquitas hubiera elaborado con Augustito Nicolás, parecía satisfacer a ambos, porque, siempre que cenaba en la casa de los Zubrinic, él se mostraba cortés y afable con todos, y tampoco Luquitas parecía abrigar resentimiento hacia sus padres por una política que la mayoría de sus amigos calificarían de “absolutamente retrógrada”.

Luquitas y Verena habían pasado el día en una isla del Tigre, aunque con grupos diferentes y, después de haber estado nadando y jugando en las aguas del Delta, ahora comían como desafortunados. A juzgar por el tamaño de la fuente que la Catona había llenado de milanesas, parecían que habían comprado una vaquillona entera.

-¿Vas a repetir otra vez?- preguntó Drago a Luquitas, al verle mirar la fuente, ya casi vacía.

-Está creciendo, papá- dijo Verena, dando a entender que, sorprendentemente, ella estaba satisfecha.

Drago miró a su esposa, que en aquel momento se servía las dos penúltimas milanesas, con lo que perdió ocasión de apreciar la grandeza de alma de su marido al renunciar a preguntarle si su hijo incurría en gula. Volviendo la atención a la mesa, la Catona dijo:

-Terminalas, Luquitas. A nadie le gusta la carne fría.

-En alemán, “Kalte Fleisch” tiene doble sentido, ¿verdad “Mutti”?- preguntó Verena, que había heredado de su madre, además de la nariz y el bigotillo, la pasión por los idiomas, cosa que Drago ya sabía, pero ésta era la primera vez que su hija se descolgaba con un juego de palabras en otra lengua.

Cuando terminaron el helado de flan Royal, a Verena se le cerraban los ojos, y Catona envió a los chicos a la cama y empezó a quitar la mesa. Drago llevó el bol del helado a la cocina y, de pie junto a la mesada, lamió la cuchara de servir y luego la pasó por el fondo del recipiente, apurando los trocitos de grumos congelados de la crema. Cuando agotó las posibilidades, dejó el bol al lado de la pileta y volvió a la mesa, a buscar los vasos.

Después de poner los platos en remojo, la Catona dijo:

-¿Seguimos con el tema del helado y nos lo liquidamos en la terraza con un traguito de Tía María?

-Si no te tuviera a mi lado, cuidándome, probablemente, me moriría de hambre- dijo Drago.

-Tesoro,. Me preocupan mucho las cosas que podrían ocurrirte a causa de tu trabajo, pero la muerte por inanición no es una de ellas- respondió ella, saliendo a la terraza a esperarle.

Él decidió sacar sólo las copas y dejar la botella, siempre podía entrar a buscar más, si quería. Encontró a la Catona sentada en una reposadera de mimbre, con los pies

-más sus circunstancias- apoyados en el travesaño inferior de la baranda y los ojos cerrados. Al oírle acercarse, extendió la mano y él le dio la copa. Catona tomó un sorbo del licor, suspiró y tomó otro trago.

-¡Ach du liebe Gott\_- dijo.

-Quizá ya bebiste bastante, Catona- observó él.

-Contame lo de la camisa- dijo ella.

Él se lo contó.

-¿Y vos le creés a esa mujer..., a esa tal señora Baricco?- preguntó ella cuando Drago terminó el relato de los sucesos del día.

-Me parece que sí- dijo-. No veo por qué habría de mentir. Nada de lo que me dijo indica que fuera algo más que una vecina de la anciana.

-Una vecina rencorosa- apuntó la Catona.

-¿Por eso del televisor?

-Sí.

-No se mata a una persona por el ruido de la tele- observó él.

Ella extendió la mano y la puso en el brazo de su marido. Se quedó dormida pero inmediatamente se sobresaltó con el ruido de sus primeros ronquidos.

-Drago, hace décadas que te oigo hablar de tu trabajo, y me parece que hay no poca gente dispuesta a matar por mucho menos que el ruido del televisor.

-¿Por ejemplo?

-¿Te acordás de aquel hombre, no se si fue después del partido en que San Lorenzo perdió con Huracán, que cuando volvió furioso con la derrota de su equipo, salió a decir a uno que estaba en auto delante de su casa que bajara la radio? ¿Cuánto hace de aquello, cuatro meses? El otro lo mató, ¿no?

-Pero era hombre- dijo Drago-. Y tenía antecedentes de violencia.

-¿Y “tu” señora Baricco no los tiene?

Esto hizo advertir al comisario que había omitido pedir a Fernanda que viera qué podía encontrar acerca de Claudia Baricco.

-No me parece probable.

-Seguramente, no encontrarías nada.

-¿Por qué querés que dude de ella?

Ella suspiró en silencio.

-A veces, es decepcionante que, al cabo de tantos años, aún no hayas comprendido cómo funciona mi cerebro.

-Eso no creo que llegue a comprendelo nunca- reconoció Drago sin ironía- ¿Qué es lo que ahora no comprendo?

-Que yo creo que tenés razón acerca de la señora Álvarez. Alguien que besa la mano a la persona que un día le compró un helado no va a cometer un asesinato: es una incongruencia.- Ésta podía ser una descripción aleatoria del perfil de la peruana y él no creía que fuera a tener ocasión de aplicarla, pero a Zubrinic le pareció un sano criterio para valorar la conducta humana-. Lo que pretendo es darte argumentos que esgrimir ante gente como Balmaceda, Sánchez y demás que no quieran creerlo.

La Catona mantenía los ojos cerrados, y Drago contempló su perfil: nariz ganchuda, quizá un poco roja, unas líneas gruesas junto a los ojos, que él sabía marcados por el humor y un pronunciado principio de flaccidez debajo del mentón.

Pensó en los chicos, en lo cansados que los había visto durante la cena, mientras paseaba la mirada por el cuerpo de ella. Dejó la copa en la mesa y se inclinó hacia su esposa:

-¿No podríamos volver a nuestra exploración de los siete pecados capitales?- preguntó.

## CAPÍTULO X

Su cita con la abogada Marcela Feldman era a las diez de la mañana siguiente. Como el estudio estaba por Congreso, Zubrinic tomó el 60 hasta Rodríguez Peña y Bartolomé Mitre. Los árboles del botánico parecían fatigados, polvorientos y muy necesitados de lluvia. En realidad, otro tanto podía decirse de la mayoría de los habitantes de la ciudad. No tuvo dificultad para encontrar el estudio, contiguo a lo que había sido una buena pizzería, ahora transformada en una tienda que vendía casi todo a diez pesos. Llamó al timbre, entró y subió al despacho, situado en el primer piso.

La secretaria con la que había hablado la víspera alzó la cabeza al entrar él, sonrió y le preguntó si era el señor Zubrinic. Cuando él respondió afirmativamente, ella dijo si no le importaría aguardar unos minutos, porque la doctora aún estaba con otra visita. Zubrinic se sentó en un confortable sofá de color gris y examinó las portadas de las revistas que había en la mesita de su izquierda. Eligió "Caras" porque casi nunca tenía ocasión de leerla: no quería comprarla y lo violentaba que lo vieran hojeándola. Estaba enfrascado en la crónica del divorcio de Tinelli cuando se abrió la puerta situada a la derecha de la secretaria y salió a la sala de espera un anciano. En una mano llevaba una cartera de cuero negra y, en la otra, un bastón que aún contenía la etiqueta del precio, comprado seguramente en la tienda contigua.

La secretaria se levantó y preguntó con una sonrisa:

-¿Desea hora para otra visita, señor Costela?

-No, gracias, señorita- respondió él sonriendo a su vez afablemente-. La llamaré cuando haya leído estos papeles.

Intercambiaron corteses saludos de despedida y la secretaria se acercó a Zubrinic, que se puso en pie.

-Lo acompaño, señor- dijo y fue hacia la puerta que el anciano había cerrado. La mujer dio un golpe con los nudillos y entró, seguida por Zubrinic a uno o dos pasos de distancia.

El escritorio estaba en el otro extremo de la habitación, entre dos ventanas. No había nadie sentado tras él, pero Zubrinic percibió algo que asomaba por debajo de la mesa. Podía ser un ratón o, quizá, un hurón, aunque él creía que estos animales vivían en el campo, no en la ciudad. Al oír una voz de mujer que pronunciaba su nombre, se volvió, fingiendo no haber visto nada.

Marcela Feldman aparentaba unos cincuenta y cinco años, tenía una figura baja y encorvada y una cara no muy bonita. Estaba junto a una biblioteca que cubría toda una pared del despacho, guardando un grueso tomo del repertorio de La Ley.

-Discúlpeme, señor Zubrinic. Siento mucho haberle hecho esperar- dijo y se acercó a él con la mano extendida, asiendo con firmeza la que él le ofrecía. Se volvió hacia el escritorio-. Siéntese, por favor.

La secretaria salió del despacho.

Él observó a la abogada mientras ella daba la vuelta a la mesa y se sentaba. Era bastante más baja que él, pero por su figura al estirarse, aparentaba mayor estatura. Llevaba traje de seda natural gris oscuro, con la pollera justo por debajo de la rodilla y unos sencillos zapatos negros, sin tacón, zapatos cómodos, para el despacho o para caminar. Tenía la piel ligeramente bronceada, pero el suyo era sólo un color sano, no ese que hace pensar en el cuero. Ninguna de sus facciones llamaba demasiado la atención, pero componían un conjunto que a Zubrinic le pareció atractivo, realzado por unos ojos ligeramente estrábicos, de pestañas espesas, y unos labios carnosos y tersos.



-¿Dijo usted que deseaba consultar acerca de una herencia, señor Zubrinic?- preguntó la mujer, pero cuando él se disponía a responder, lo sorprendió oírle decir con resignada exasperación:- Bueno, ya basta.

Zubrinic, que estaba mirando los papeles que había encima de la mesa, levantó la mirada y vio que ella había desaparecido o, por lo menos, había desaparecido su cabeza. En el mismo momento, por debajo de la mesa, volvió a asomar aquella forma, entre hoja de palmera y abanico, de color marrón, que empezó a oscilar lentamente de un lado a otro.

-He dicho basta, Diana -decía la voz de la abogada debajo de la mesa.

Indeciso, Zubrinic se quedó quieto, observando el movimiento de la cola del animal. Después de un rato que se hizo muy largo, reapareció la cabeza de la abogada Feldman, con el oscuro cabello revuelto.

-Perdone- dijo-. Normalmente, no la traigo al estudio, pero he vuelto de vacaciones y está enfadada conmigo por haberla dejado.- Echó el sillón hacia atrás y dijo al bicho, que se trataba de una perra:- ¿Verdad que sí, Dianuchi? Estás enojada y quieres vengarte comiéndote mi zapato.

El animal se dio media vuelta y se dejó caer al suelo debajo de la mesa, con un golpe sordo, mostrando un trozo de cola bastante más largo. La abogada miró a Zubrinic, sonrió y hasta pareció ruborizarse.

-Confío en que no le molesten los perros- dijo.

-Al contrario. Me gustan mucho.

Sonó un gruñido ronco en respuesta a su voz, y la mujer volvió a agacharse y dijo:

-Salí de ahí abajo, comedianta. Salí y vas a ver que no tenés por qué sentir celos.- Se inclinó hacia adelante, extendió los brazos, se inclinó un poco más y luego se irguió con no poco esfuerzo. Lentamente, de debajo de la mesa salió la cabeza y luego el cuerpo perruno más extraño que Zubrinic había visto en su vida: Diana, Dianuchi, era de una de esas razas de moda entre señoras de cierta edad y de cierta posición social, pero eso no atenuaba su horror y tuvo que reprimir la risa. Con la lengua colgando., Diana no tuvo más que volver hacia Zubrinic sus ojos, muy separados entre sí, para conquistarlo. El cuerpo del animal quedaba a la altura del sillón, y él observó cómo apoyaba la cabeza en el regazo de la abogada mirándola con adoración.

Espero que realmente le gusten los perros, señor Zubrinic- dijo ella-. Porque, de lo contrario, ésta sería una situación muy embarazosa.- Instintivamente, puso la mano en la cabeza de la perra y empezó a rasarle suavemente la oreja izquierda.

-Es muy linda- dijo Zubrinic.

-Sí que lo es. Y tan buena como hermosa.- Sin retirar la mano de la oreja de la perra, ella dijo, mirando a Zubrinic:- Pero usted no ha venido para oírme hablar de mi Dianuchi. ¿En qué puedo serle útil?

-En realidad, no estoy seguro de que ayer su secretaria me entendiera bien, doctora. No soy un cliente. Aunque existe un asunto en el que puede ayudarme.

-Manoseando todavía la oreja de Diana, ella sonrió:

-Perdone, no comprendo.

-Soy comisario de policía y he venido a hacerle unas preguntas acerca de una clienta suya, la señora Alessandra Modarelli.

La perra enseñó los dientes, miró a Zubrinic y lanzó un gruñido sordo, pero lo ahogó la voz de su dueña, que se inclinó sobre la cabeza del animal diciendo:

-¿Te hice daño tesoro?- con un ademán vivo, apartó la cabeza de Diana y dijo:- Ya basta, tranquilízate. Tengo que trabajar.

Sin oponer resistencia, el bicho desapareció debajo de la mesa, dio una vuelta y se dejó caer, ofreciendo a Zubrinic otra vista de su cola.

-Alessandra Modarelli- dijo la abogada- Terrible, terrible. Yo le proporcioné aquella mujer. La entrevisté y la acompañé a casa de la pobre anciana. Desde que lo supe me siento responsable. Hundió los labios con el gesto que, según había observado Zubrinic, suele hacer el que va a echarse a llorar.

Con el propósito de evitarlo, él dijo:

-No debe usted sentirse responsable, abogada. La policía la dejó entrar en el país y Migraciones le extendió el permiso de trabajo y de residencia. La responsabilidad, en todo caso, sería de los funcionarios, no de usted.

-Hacía tanto tiempo que conocía a Alessandra... Casi toda mi vida.

-¿Cómo es eso, doctora?

-Mi padre, que en paz descansa, era su abogado. De ella y de su marido; por eso la conocía desde niña y, cuando terminé la carrera y empecé a trabajar con mi padre, ella me preguntó si quería ser su abogada. Creo que fue mi primer cliente, la primera persona que estuvo dispuesta a confiar en mí como abogada.

-¿Y eso qué suponía, doctora?- preguntó el comisario.

-No sé si lo comprendo- dijo ella, ahora, ya hablando, y no disponiéndose a llorar.

-¿Qué clases de asuntos le confiaba?

-Bueno, nada en realidad, por lo menos entonces. Un primo había dejado al marido de ella un departamento en la costa, y varios años después de su muerte, cuando la Modarelli quiso venderlo, hubo una disputa sobre la propiedad del jardín.

-Disputa del derecho real de dominio- dijo él mirando al techo, como si no pudiera imaginar litigio más engorroso-. ¿Fue ese el único problema que tuvo?

-Ella fue a responder, pero se detuvo.

-Antes de contestar a más preguntas, comisario, me gustaría saber por qué me las hace.

-Por supuesto- asintió él, con una sonrisa fluida, recordando que estaba hablando con una abogada-. El crimen parece resuelto y deseamos cerrar el caso oficialmente, pero antes nos gustaría descartar cualquier otra posibilidad.

-¿Qué "otra posibilidad"?

-Que hubiera otro responsable.

-Pero yo creí que la peruana...- empezó, y se interrumpió con un suspiro-. Sinceramente, no se si alegrarme o sentirlo- reconoció al fin-. Si no lo hizo ella, yo podría dejar de considerarme tan culpable.- Trató de sonreír, no pudo y prosiguió:- Pero, ¿existe alguna posibilidad o razón por la que ustedes, es decir, la policía, crean que pudo hacerlo otra persona?

-No- dijo él con el desparpajo del mentiroso consumado-. En realidad, ninguna.- entonces, utilizando el argumento favorito de Balmaceda, agregó- Pero, en este clima de suspicacia hacia la policía propiciado por la prensa, debemos asegurarnos bien antes de declarar cerrado un caso. Cuanto más sólidas sean las pruebas, menos probabilidades habrá de que la prensa cuestione nuestras decisiones.

-Ella comprendió y asintió.

-Sí, desde luego. Por supuesto que me gustaría ayudarles, pero no veo la manera.

-Dijo que la ayudó a resolver otros asuntos. ¿Podría decirme cuáles eran?- al verla vacilar, agregó:- Creo que su muerte y las circunstancias que la rodearon han de permitirle hablarme sin escrúpulos de secreto profesional para con su cliente.

-Ella aceptó el argumento.

Estaba el marido, Flavio Rapisardi, que en realidad nunca fue su marido, ya que cuando conoció a Alessandra, ésta ya estaba embarazada y nunca se casaron ni Rapisardi reconoció al hijo aunque lo quiso como si lo fuera, creo. Y estaba el hijo, Kechy, que murió hace cinco años, de un abrupto -como casi todos- paro cardíaco, mirando

televisión. Alessandra estaba... casi se murió de la pena, y durante mucho tiempo fue incapaz de hacer nada. Yo organicé el funeral y me encargué de los trámites sucesorios, pero no hubo ningún problema: todo pasó a ella.

-¿Cuántos años tenía el hijo cuando murió?

-Cuarenta, creo.

El hecho de que su patrimonio pasara a la madre daba a entender que no estaba casado, por lo que Zubrinic sólo preguntó:

-¿Vivía con ella?

-Sí, estaban muy unidos.

-¿Puede usted revelar el contenido del testamento de la madre?- preguntó, cambiando de tema.

-Es completamente normal. Su única pariente es una sobrina, Nora Brazzola, que lo hereda todo.

-¿Es importante la cuantía de los bienes?- preguntó él.

-No mucho. La casa de Reconquista, una casita en El Tigre, y unos fondos que Alessandra había invertido en la Banca Nazionale del Lavoro.

-¿Tiene idea del monto?

-La cantidad exacta no la sé, no la recuerdo, unos miles de pesos, no tantos.

-Una última cosa: la televisión. ¿Puede decirme algo de eso?

Ella agitó la cabeza sonriendo.

-Ya sé, ya sé. Yo recibía cartas de una serie de personas del vecindario que se quejaban del ruido. A cada carta que recibía, iba a hablar con Alessandra y ella me prometía bajar el volumen, pero era vieja y se le olvidaba, o se quedaba dormida con el televisor encendido.- Alzó los hombros con un suspiro de resignación-. No creo que hubiera solución.

-Alguien nos dijo que la peruana bajaba el volumen- dijo él.

-Sí, y también la mató- le lanzó ella secamente.

Zubrinic movió la cabeza de arriba abajo aceptando la reprimenda.

-Lo siento- se disculpó-; lo he dicho sin pensar. -Y entonces-: ¿Podría darme la dirección de la sobrina?

-Mi secretaria la tiene- dijo la Feldman con una voz, que de pronto, se había hecho más fría-. Saldré con usted y le diré que se la dé.

Esto, al parecer, no dejaba a Zubrinic más opción que la de despedirse, por lo que se puso en pie y se inclinó sobre la mesa.

-Muchas gracias por su tiempo, doctora. Confío en no haberla incomodado con mis preguntas.

Ella trató de sonreír y dijo en tono más ligero:

-De ser así, Diana lo hubiera notado y no estaría durmiendo como un bebé ahí debajo.- Una ondulación de la cola desmintió esta afirmación, y Zubrinic, insensiblemente, se distrajo pensando en que, si le contaba esta escena a Verena, ella iba a preguntarle si era el cuento de la perra durmiente.

Sostuvo la puerta para que saliera la abogada, esperó mientras la secretaria anotaba la dirección de la sobrina de la señora Modarelli, dio las gracias a las dos mujeres, estrechó la mano a la abogada y se fue.

## CAPÍTULO XI

Si iba andando al Departamento por Entre Ríos, a esta hora, se exponía a quedar derretido, por lo que retrocedió por Bartolomé Mitre en dirección a la 9 de Julio.

Delante de la iglesia de La Piedad, la suciedad estaba más abundante que nunca y Zubrinic se paró a mirar. El barro acumulado relucía al sol y un hedor de putrefacción subió hasta él. ¿Quién sabría cuándo se limpió la vereda por última vez?

Cuando Zubrinic llegó al despacho, lo primero que hizo fue abrir la ventana para que entrara el aire, pero le pareció que sólo entraba una humedad que no aliviaba el calor. Dejó la ventana abierta, con la esperanza de que una corriente de aire distraída y extraviada se introdujera por ella si la encontraba a su paso. Colgó la campera y miró los papeles que tenía encima de la mesa, a pesar que sabía que Fernanda no le dejaría ahí más que material inocuo que pudiera ser leído por cualquiera. Lo demás lo guardaría en su propia mesa, o en su computadora, donde estaría aún más seguro.

En el colectivo que lo había llevado a Congreso por la mañana, Zubrinic había leído en el Clarín que el juez del caso de los encargados de equipajes del aeropuerto había fallado que las cámaras ocultas en la sala de aquéllos constituían, efectivamente, una invasión de la privacidad de los acusados y, por lo tanto, las filmaciones no podían admitirse como prueba contra ellos. Al leer la información, el comisario había sentido el deseo absurdo de ir al Departamento, reunir todos los testimonios pacientemente acumulados durante los últimos meses y llevarlos al contenedor de papel para reciclar. O algo más dramático: hacer con ellos una gran fogata, de la que se elevaran humos negros que se llevaría aquella ansiada y esquiva corriente de aire distraída y extraviada.

Él sabía lo que ocurriría ahora: el fallo del juez sería apelado, todo volvería a empezar y el proceso se alargaría con recursos y nulidades, hasta que prescribiera y se archivara el caso. Zubrinic había pasado toda su carrera observando la misma lenta agonía: si se tocaba lo bastante despacio, con frecuentes pausas para cambiar a los músicos, la gente acababa por cansarse de escuchar la misma tonada y, cuando se acababa el tiempo y dejara de sonar la música, a nadie le importaba.

Él comprendía que era esa clase de reflexiones lo que a veces hacía que le dolieran las críticas que hacía la Catona a la policía. También sabía el comisario, que el interminable proceso de apelación inherente en el sistema judicial bajo el que él trabajaba tenía la finalidad de proteger al acusado de posibles errores, pero, con los años, a medida que se ampliaban y consolidaban las garantías para los acusados, sobretodo si éstos detentaban algún tipo de poder o de prebendas, Zubrinic había empezado a preguntarse a quién protegía la ley en realidad.

El comisario ahuyentó estos pensamientos y bajó en busca de Battipede. El inspector estaba en su sitio, hablando por teléfono. Al ver a Zubrinic, levantó la mano abierta, para indicar que tardaría por lo menos cinco minutos, y después señaló hacia arriba con el índice, en dirección al despacho de su superior, dando a entender que subiría en cuanto terminara.

Arriba, Zubrinic encontró su despacho un poco más fresco que cuando había entrado la vez anterior. Para distraer la espera, sacó unos papeles de la bandeja de entrada y se puso a leer.

Fueron quince minutos, no cinco, los que tardó Battipede en aparecer. Cuando llegó, se sentó y dijo sin preámbulos:

-Era una vieja bruja, y no pude encontrar a nadie que lamente lo más mínimo su muerte-. Hizo una pausa, escuchando sus propias palabras y agregó:- Me gustaría saber que pusieron en la lápida: ¿“Adorada esposa“? ¿Querida madre“?

-Tengo entendido que las inscripciones suelen ser más largas -observó Zubrinic-. Los „lapidarios“ colocan a tanto la letra.- entonces, cortando las divagaciones, preguntó:- ¿Con quién estuvo hablando y qué más descubrió?

-La Grosso y yo entramos en dos bares a tomar unos porrones. Ella decía que había vivido en el barrio. No es cierto, pero cuando era chica iba a ver a una prima suya que sí vivía allá, y conocía nombres y mencionaba tiendas que ya no existen, y la gente le creía.

„En realidad, ni tuvimos que preguntar, porque la gente estaba ansiosa de hablar del crimen. Es lo más sensacional que pasó allá desde los carnavales del noventa y cinco.- Vio la expresión de Zubrinic y volvió a tomar el hilo:- Todos coincidían en que era tacaña, conflictiva y estúpida, pero siempre había alguien que recordaba a los presentes que también era una viuda que había perdido a su único hijo, y entonces la gente se contenía y decía que, en realidad no era tan mala. Pero a mí me parece que sí. Hablamos de ella en los bares y, después, con la camarera del restaurante, que vive a la vuelta de la esquina, y nadie dijo nada bueno de ella. Es más, hasta parece que, con el tiempo, la gente empieza a mostrarse comprensiva con la peruana; es más, alguien la comparó con el „justiciero“ ingeniero Santos. Una mujer dijo que lo raro era que hubieran tardado tanto en matarla.- Battipede consideró lo dicho y agregó:- Es como si el poco de compasión que le tenían por la muerte del hijo o, por lo menos, una pequeña parte, la hubieran trasladado a la señora Álvarez.

-¿Y del hijo, qué decían del hijo?- preguntó Zubrinic.

-Nadie parecía tener mucho que decir. Era discreto, vivía con ella, iba a su trabajo y no se metía con nadie. Es como si no hubiera tenido una existencia real, como si sólo hubiera sido el medio para que la gente pudiera compadecerla. Por su muerte, quiero decir.

-¿El marido?

-Lo normal: „una buena persona“- Pero aquí Battipede advirtió:- Aunque podría ser que por su boca hablara la amnesia.

-¿Alguien le dijo algo de las otras mujeres que habían pasado por la casa?

-No; no mucho. Limpiaban, le hacían los mandados y cocinaban, pero la peruana era la primera que dormía allá.- Battipede hizo una pausa y agregó:- Tengo la impresión de que las otras no querían dejarse ver por el barrio más de lo indispensable porque no tenían papeles y temían que alguien las denunciara.

-¿Tenía mucho contacto con los vecinos? Me refiero a la vieja- preguntó Zubrinic.

-Durante los últimos años, no, sobre todo, desde la muerte de su hijo. Hasta hace unos tres años, aún podía bajar la escalera, pero se cayó, se hizo daño en una rodilla y no volvió a salir a la calle. Y para entonces los amigos que pudiera haber tenido en la zona o se habían muerto o se habían mudado, y era tan conflictiva que nadie quería tratos con ella.

-¿Qué hacía, para ser tan conflictiva?

-Irse de los bares sin pagar, quejarse de que la fruta no era buena o estaba pasada, comprar una cosa, usarla y luego tratar de devolverla... las cosas que hacen que la gente se nieguen a atenderte. Dicen que hubo un tiempo en el que tiraba la basura por la ventana, pero alguien llamó a la policía, que fue a hablar con ella y entonces paró. Pero la mayoría de las quejas eran por el televisor.

-¿Alguien dijo haber hablado con la abogada?

Battipede reflexionó, movió la cabeza negativamente y dijo:

-No; haber hablado, no; algunos dijeron que le habían escrito, sobre el asunto de la televisión.

-¿Y?

-No recibieron respuesta.

Esto no sorprendió al comisario: mientras no se presentara una denuncia contra la anciana, su abogada no estaba obligada a intervenir en la conducta personal de su cliente. Pero la falta de respuesta a estas quejas parecía desmentir las afirmaciones de afecto y consideración que hacia la señora Modarelli había hecho la abogada Feldman. Aunque también era verdad que los abogados no escriben cartas sin contraprestación.

-¿Y el día del crimen?

-Nada. Un hombre creía recordar haber visto a la peruana salir de la casa, pero no podría jurarlo.

-¿Qué no podría jurar, que era la peruana o que salía de la casa?

-No lo sé-cuando pregunté, él se calló.- Battipede levantó las manos y reconoció: Ya se que no es mucho, pero no creo que pueda conseguir mucho más preguntando con disimulo.

-No hay nada nuevo, desde luego- dijo Zubrinic sin ocultar la decepción.

Battipede se encogió de hombros.

-Ya sabe lo que pasa. Nadie parece recordar mucho del hijo, a ella no la tragaban, y como el marido hace diez años que murió, lo único que te dicen es que era "una buena persona", que le gustaba beber con sus amigos y que no comprendían cómo podía aguantar a semejante mujer.

A Zubrinic le hubiera gustado saber si la gente diría lo mismo de él cuando muriera.

-¿Y usted, comisario? - preguntó Battipede.

Zubrinic le refirió su conversación con la abogada, sin omitir mencionar a la perra.

-¿Le preguntó por las cuentas bancarias?

-No; me dijo que la señora Modarelli tenía unos pocos miles de pesos en la Banca Nazionale del Lavoro. No quiero preguntar por las otras cuentas mientras no sepamos algo más de ellas.

Como al conjuro de estas palabras, en aquel momento apareció Fernanda Guillot. Hoy llevaba minifalda verde, remera blanca y un collar de grandes cuentas cilíndricas de ámbar. Cuando se acercaba, el sol dio en el collar encendiéndolo con fulgores rojos. Al dejar atrás la franja de sol, dejó en la mesa la carpeta que traía en la mano.

-Resultó más fácil de lo que imaginé, comisario- dijo con encantadora modestia, señalando la carpeta.

-¿Y el Deutsche Bank?- preguntó Battipede.

-Ha sido tan fácil que hasta hubiera podido conseguirlo usted, inspector- dijo, y agregó con mayor severidad aún: Estoy segura de que la culpa la tiene toda esa europeización. Antes los bancos alemanes eran seguros; ahora es como si al irse a su casa por la tarde dejaran las puertas abiertas. Tiemblo de pensar en lo que les ocurrirá a los suizos si se unen a Europa.

Zubrinic, indiferente a su preocupación por el futuro financiero del viejo continente, preguntó:

-¿Y qué puede decirme de las cuentas?

-Todas fueron abiertas el año anterior a la muerte del marido- explicó ella-, en el período de tres días, cada una, con un depósito inicial de cinco mil dólares. Desde entonces, se vino haciendo un ingreso mensual de tres mil pesos en cada cuenta, salvo inmediatamente después de la muerte del hijo, en que los depósitos se interrumpieron.- Ella sonrió al ver la reacción de sus oyentes y continuó: Pero al cabo de dos meses se reanudaron, incluyendo los atrasos.- Les dio un momento para pensar en esto antes de agregar: Los últimos depósitos, que podríamos considerar normales, fueron hechos e

principios de enero, con lo que el total de las cuentas, con los intereses, asciende a casi ciento cincuenta mil pesos, unos treinta mil euros.

Los tres reflexionaron sobre el significado de esta circunstancia y fue Zubrinic quien lo tradujo a palabras:

-Es decir, muerta ella, se acabó la necesidad de pagar.

-Eso parece- asintió Fernanda, y agregó:- Pero lo curioso del caso es que nadie ha tocado ese dinero: se quedó en el banco, acumulando intereses.- Abrió la carpeta sosteniéndola de manera que los dos hombres pudieran ver las cifras y dijo:- Estos son los totales de las cuentas. Todas estaban a su nombre.

-¿Qué pasó con ellas cuando la anciana murió?- preguntó el comisario.

-Ella murió un viernes y, el lunes siguiente, los fondos fueron transferidos a las Islas Caimán. Y...- agregó en un tono sugerente que excitó el interés de sus oyentes:- ... aunque no figurara el nombre de la persona que ordenó las transferencias, todos los bancos tienen en sus archivos poderes extendidos a nombre de Marcela Feldman y Nora Brazzola..

-Esta mañana le pregunté a la Feldman cuánto dinero había dejado la señora Modarelli, pero sólo dijo que no recordaba una pequeña cantidad en la Banca Nazionale del Lavoro,

-¿Evasión de impuestos?- Esta vez fue Battipede quien puso voz a la evidencia. Si se sacaba el dinero del país inmediatamente, contando con la incompetencia burocrática generalizada, la transferencia bien podía escapar a la atención de las autoridades tributarias, especialmente por proceder de diversos bancos.

-¿Y la sobrina?- preguntó Zubrinic.

-Ya empecé con eso- fue todo lo que ella respondió.

-Es mucha guita- dijo Battipede.

-Una bonita suma , para una viuda que vivía en tres habitaciones -comentó Fernanda, aunque tampoco era necesario decirlo.

-Y una suma bonita que escamotear al recaudador -agregó Battipede, no sin admiración en su tono. Mirando a la Guillot, preguntó: Pero, ¿se puede hacer?

Al ver el aire de intensa concentración con que ella ladeaba la cabeza, Zubrinic se preguntó si su familiaridad con la ilegalidad tendría límites. Sus años de trabajo en la banca extranjera le habían proporcionado una excelente preparación, pero era de temer que sus años en el Departamento le hubieran permitido perfeccionar su arte.

Con la expresión de una pastora al volver de la contemplación de la Divina Presencia, la señorita Fernanda abandonó la dimensión del delito hipotético para regresar al mundo de Zubrinic y Battipede.

-Sí- declaró-. Dada la incompetencia de Economía, es probable que la transferencia no fuera detectada.- Battipede y Zubrinic se sumieron en el cálculo de probabilidades hasta que la Guillot les interrumpió preguntando:- ¿Por qué dejaría el dinero en los bancos sin tocarlo en todos estos años?

Zubrinic, que había leído las descripciones de Honoré de Balzac acerca de la astucia y la avaricia de los campesinos, no tenía dudas:

-Para verlo acumularse- dijo.

Battipede no podía alardear de una gran conocimiento de la novela francesa, pero había vivido en el campo, y sabía que su jefe estaba en lo cierto.

-Estuve en el desván y vi las cosas que guardaba- dijo el comisario, recordando unas zapatillas tan gastadas que ni Caritas se hubiera atrevido a ofrecerlas a un indigente, y unos trapos de cocina deshilachados y roñosos. Gozaría viéndolos crecer, pueden creerme.

-¿Y dónde están los originales de los estados de las cuentas?- preguntó Battipede.  
-¿Y quién deshizo el departamento?

-Lo heredaba la sobrina, tuvo que ser ella -dijo Fernanda-. Pero la abogada pudo entrar antes y llevárselos.- Y como si acabara de ocurrírsele, agregó:- O el asesino.

-Quizá era eso lo que el asesino buscaba- dijo Battipede, y se le iluminó la cara al sugerirlo-. De todos modos, si necesitamos pruebas, tenemos los datos de la compu.

-El Gobierno ya previó eso, inspector- dijo Fernanda casi con acento de reproche, como si él fuera el responsable de la ley que estipulaba que sólo podían aceptarse como pruebas los originales y no fotocopias ni datos informáticos.

Al comisario le pareció que el inspector se ponía colorado.

-No lo había pensado- confesó Battipede, comprendiendo que la información sólo tendría fuerza legal si el banco facilitaba los estados originales de unas cuentas que habían permanecido ignorados durante más de diez años, hasta su misteriosa desaparición en un paraíso fiscal tan famoso como para que lo conociera una abogada del montón de la ciudad de Buenos Aires.

Zubrinic, desviándose de los asuntos financieros, preguntó:

-¿Y del marido? ¿Encontró algo?

-Nada interesante- dijo ella-. Nació en Buenos Aires, en 1925, y murió en el Hospital Rivadavia en julio de 1998. Cáncer de próstata. Trabajó durante treinta y dos años en varias oficinas estatales, la última, en las oficinas centrales del PAMI, concretamente en la sección de Personal, no se me ocurre qué puede haber más más aburrido. Su hijo también trabajaba en el PAMI, hasta que murió hace cinco años. Padre e hijo coincidieron varios años-

-¿Algo más?- preguntó Zubrinic, asombrado de que un hombre pudiera dedicar tres décadas de su vida a trabajar en la burocracia de la obra social de jubilados y pensionados y dejar tan poca huella a su paso.

-Es todo lo que pude encontrar, comisario. Es difícil averiguar algo de más de diez años atrás. Esos archivos aún no están informatizados.

-¿Cuándo lo estarán? - preguntó Battipede.

Fernanda se encogió de hombros con tanta vehemencia que las cuentas del collar tintinearón como si también ellas quisieran desestimar la pregunta.



## CAPÍTULO XII

Zubrinic se resistía a considerarse en un callejón sin salida. Mirando a Battipede, dijo:

-En la oficina aún tiene que haber personas que los recuerden. Creo que valdría la pena que fuera a ver si aún queda alguna y qué puede sacarle.

Por su expresión, Battipede dio a entender que no confiaba en averiguar mucho, pero no hizo objeción alguna.

Fernanda dijo que aún tenía cosas que hacer en su despacho y se fue con el inspector.

Como al comisario le parecía injusto quedarse sentado a su mesa mientras ellos investigaban, abrió la carpeta en busca del número del médico de la señora Modarelli. Su llamada fue transferida al celular del doctor Pecoraro, que le dijo que podría hablar con él en su consultorio antes o después de las visitas de la tarde. Zubrinic, pensando que sería preferible hablar con el médico antes de que hubiera estado dos horas atendiendo a pacientes, quedó en ir a las tres y media, preguntó la dirección del consultorio y colgó. Hecho esto, marcó el número de la sobrina de la señora Modarelli, pero nadie contestó.

Hoy no se celebraría en la jefatura de policía la semanal reunión de personal, a causa del tiempo. Durante los meses de verano, estas reuniones, instauradas por el subdirector años atrás, o se suspendían en el último momento, o se aplazaban y luego se suspendían, según el tiempo que hiciera. Un sol radiante hacía que la reunión se suspendiera automáticamente, para que el subdirector tuviera tiempo de darse un baño en su pileta casi olímpica antes del almuerzo, además de por la tarde. En los días de lluvia había reunión, pero una repentina mejoría del tiempo podía provocar su aplazamiento, y un patrullero llevaba al subdirector al otro lado de la ciudad, hacia un bien ganado esparcimiento. Así pues, la reunión de personal se había convertido en otros de los misterios del Departamento, como la puerta de aquel armario que no se abría si no le dabas una patada en la parte de abajo. Zubrinic se veía a sí mismo y a sus colegas como una especie de augures que, antes de programar la jornada o concertar una cita, tenía el impulso de consultar al cielo. Le parecía digno de encomio que todos ellos consiguieran acomodar su horario a los caprichos del subdirector.

Zubrinic llegó a casa en el momento que la familia se sentaba a almorzar. Observó en la Catona aquella cara de hambre que, generalmente delataba que había tenido un mal día de clases de macramé, y vio también que los chicos, ajenos a todo lo que no fuera saciar el apetito, no parecían prestar mucha atención a la madre.

Por la forma en que estaba puesta la mesa, Drago dedujo que no había primer plato, pero, antes de que pudiera protestar, siquiera tímidamente por la carencia, la Catona se presentó con una gran fuente honda tipo Pirex de la que se elevaban vapores fragantes que tranquilizaron su estómago, o sea, su espíritu.. Su olfato aún no le había sugerido el nombre del guiso cuando Verena exclamó con júbilo:

-Oh, "Mutti", estofado de oveja.

-¿Hay polenta?- preguntó Luquitas con voz vibrante de expectación.

Al ver la sonrisa que se extendía por la cara de la Catona a estas señales de avidez, Drago pensó en cómo los gorgoritos de los polluelos inducen a los padres a seguir una pauta de conducta genéticamente determinada. La Catona opuso a ese instinto una resistencia puramente simbólica al decir:

-¿No la hubo cada una de las seiscientas veces que comimos ésto? Sí, Luquitas, hay polenta.- Y Drago advirtió que las palabras podían denotar impaciencia pero el tono era amistoso.

-“Mutti”- dijo Verena, si de postre hay flan, yo lavaré los platos.

-Tenés alma de mercader- dijo la Catona, poniendo la fuente en la mesa y volviendo a la cocina en busca de polenta.

En efecto, había flan y, para acompañarlo, crema La Serenísima reciclada. Después de aquello, Drago no tuvo más remedio que irse a la cama, a dormir una hora.

Cuando se despertó, sudoroso y con la boca seca, en el calor asfixiante de la habitación, notó que la Catona estaba a su lado. Como sabía que ella nunca dormía la siesta, antes ya de abrir los ojos, supuso que estaría leyendo. Volvió la cabeza y vio que había acertado. Al reconocer el libro, preguntó:

-¿Seguís con el catecismo de los cojones?

-Sí- dijo ella sin levantar la mirada de la página-. Leo un capítulo cada día.

-¿Y por dónde vas?

-Por los sacramentos.

Le vinieron los nombres aprendidos de rutina en la infancia:

-Bautismo, eucaristía, confirmación, matrimonio, orden, penitencia...- Su voz se apagó. Son siete, ¿no?

-Sí.

-¿Cual es el séptimo? Se me olvidó.- como le ocurría siempre que era incapaz de recordar algo bien sabido, tuvo un momento de pánico al pensar que podría tratarse de uno de los primeros síntomas de aquello que nadie había querido advertir en dos de sus tías.

-La extremaunción- dijo la Catona con una mirada de soslayo-. Quizá el más sutil de todos.

Drago, sin comprender a qué se refería, preguntó:

-¿Por qué “sutil”?

-Pensá, mi amor. En el momento en que una persona va a morir, cuando ya sabe que no hay esperanza, llega el cura.

-Sí, así es. Pero sigo sin ver qué tiene eso de sutil.

-Pensalo bien. Antiguamente, los sacerdotes eran los únicos que sabían leer y escribir.

Como tenía calor y sed y se había despertado de mal humor, cosa que le ocurría siempre después de comer, Drago dijo:

-¿No exagerás?

-Sí, de acuerdo. Exagero. Pero los sacerdotes sabían y la mayoría de la gente, no. Por lo menos, hasta el siglo pasado.

-No veo hasta dónde querés ir a parar, mamarrachito mío.

-Pensá escatológicamente, tesoro- exhortó ella, con lo que acabó de desconcertarlo.

-Trato de pensar escatológicamente todos los momentos del día- dijo él, que había olvidado el significado de la palabra y ya lamentaba haber hecho aquella objeción.

-Muerte, juicio, infierno y gloria- dijo ella-. Las postrimerías del hombre. Y, en el momento en que la persona se enfrenta a la primera y sabe que no puede escapar a la segunda, se pone a pensar en las otras dos. Y entonces entra el cura, dispuesto a hablar del fuego del infierno y de la bienaventuranza de la gloria, aunque a mí siempre me parece que a la gente le preocupa más evitar el primero que gozar de esta última.

Él callaba, empezando a sospechar la conclusión.

-De manera que ahí tenemos al cura de la parroquia, que por cierto muchas veces se daba el caso de que también era el escribano, y se ponía a hablar del fuego del averno que consumía a una persona en carne y hueso, un tormento indescriptible que se prolongaría por toda la eternidad.

-Pero el "buen cristiano" tiene al alcance de la mano el medio para obtener el perdón y librarse del castigo.- Acá pasó a hablar en primera persona con su voz más almibarada:- Sí, hijo mío, no tienes más que abrir el corazón al amor de Jesús y la bolsa de necesidades de los pobres. Tú pon tu nombre o, si no sabes escribir, tu marca, en este papel y, a cambio de tu generosidad para con la Santa Madre Iglesia, las puertas del cielo se abrirán para recibirte.

Dejó caer el libro abierto sobre el pecho y se volvió hacia su marido.

-Y entonces se firmaba el testamento definitivo, por el que se dejaba esto, lo otro, o todo, a la Iglesia.- Su voz se hizo áspera-. ¿Cómo no iba a tratar de acercarse a la gente cuando estaba en las últimas o había perdido el raciocinio? ¿Qué mejor momento para desplumarlos?

De nuevo, tomó el libro, volvió la página y terminó en tono perfectamente sereno:

-Por eso es el sacramento más sutil.

-¿Vos le decís estas cosas a Verena?- preguntó un Drago consternado.

Ella se volvió otra vez.

-De ninguna manera. Cuando sea mayor, ya las comprenderá por sí misma. O no. Te agradeceré que no olvides que me comprometí a no interferir en la educación religiosa de nuestros vástagos.

-¿Y si ella no comprende estas cosas?- preguntó Drago haciendo hincapié en las últimas tres palabras, y esperando que la Catona respondiera que, en tal caso, su hija la habría defraudado.

-Entonces es probable que viva mucho más tranquila- dijo la Catona volviendo al catecismo.

El consultorio del doctor Pecoraro estaba en la planta baja de un edificio de la calle Talcahuano, entre Perón y Mitre. El comisario había localizado la dirección en su Filcar y la reconoció al ver a dos mujeres con niños esperando en la puerta. Zubrinic sonrió a las mujeres y tocó el timbre situado a la derecha. Abrió un hombre robusto de mediana edad, que preguntó:

-¿El comisario Zubrinic?

Zubrinic asintió y el hombre extendió la mano y estrechó la del comisario, al tiempo que lo atraía hacia el interior del edificio. Indicó a Zubrinic la puerta de su despacho, salió a la calle e invitó a las dos mujeres a entrar, diciendo que iba a estar ocupado durante un rato, pero que, en la sala de espera, por lo menos, podrían resguardarse del calor. Llevó a su visitante hasta el consultorio tan rápidamente que el comisario apenas pudo ver algo más que las consabidas revistas de portada reluciente y unos muebles que parecían sacados de la sala de estar de algún pariente.

El consultorio era como el de todos los médicos que había visto el comisario: la camilla de reconocimiento con su sábana de papel, la vitrina con los paquetes de vendas, gasas y muestras gratis, y el escritorio, lleno de papeles, carpetas y cajas de medicamentos de muestras gratis. La única diferencia respecto a la consulta de los médicos de su infancia era la computadora, situada a la derecha del escritorio.

El doctor Pecoraro era un hombre invisible: lo miraras una vez o lo miraras cinco veces, en la memoria te quedaban sólo unos ojos castaños detrás de unos anteojos de montura oscura, un pelo cortísimo y seco, de color indefinido, sin miras de retroceso, y una boca de tamaño regular.

Apoyado de espaldas en la mesa y con los brazos cruzados, el médico agitó una mano hacia una silla. Entonces, como si se diera cuenta de que su postura era poco hospitalaria, dio la vuelta a la mesa y se sentó en su sillón. Apartó unos papeles, desplazó un tubo de vaselina hacia la izquierda y entrelazó los dedos entre sí.

-¿En qué puedo serle útil, comisario?

-Me gustaría que me hablara de Alessandra Modarelli- respondió Zubrinic sin más preámbulos-. Usted la encontró, ¿verdad, doctor?

Pecoraro miró a la mesa y luego a Zubrinic.

-Sí. Iba a visitarla una vez a la semana.

En vista de que el doctor no decía nada más, el comisario preguntó:

-¿Le trataba alguna dolencia en particular, doctor?

-No, en absoluto. Estaba tan sana como yo; quizá más. Si exceptuamos las rodillas.- entonces el médico sorprendió a Zubrinic al decir:- Pero, probablemente, eso ya lo sabrá usted, si Sardano hizo la autopsia. De su estado de salud debe saber más él que yo.

-¿Conoce usted al doctor Sardano?

-No se puede decir que lo conozca. Pertenece a las mismas asociaciones médicas y habré hablado con él en cenas y reuniones. Pero conozco su reputación y por eso le supongo mejor informado que yo acerca del estado físico de la señora Modarelli.- Tenía una sonrisa muy tímida para un hombre que, según calculaba Zubrinic, debía de pisar los cincuenta.

-Sí; él hizo la autopsia y me dijo lo mismo que usted, que estaba extraordinariamente sana para su edad.

El médico asintió, al ver confirmada su opinión sobre la pericia de Sardano.

-¿Dijo él lo que la mató?- preguntó Pecoraro, y Zubrinic se sorprendió de que alguien que hubiera visto el cadáver pudiera hacer semejante pregunta.

-Dijo que fue el trauma causado por los golpes que recibió en la cabeza.

Otro gesto de asentimiento, otro diagnóstico confirmado.

Zubrinic sacó la libreta y buscó las páginas en las que había anotado alguna de las cosas que le había dicho la señora Baricco.

-¿Cuánto tiempo hacía que era paciente suya, doctor?

La respuesta de Pecoraro fue inmediata.

-Cinco años, desde que murió el hijo. Ella aseguraba que el médico que los atendía a los dos era el responsable de la muerte de su hijo y, cuando él murió, solicitó el traslado a mi consultorio.- Lo decía con un punto de pesar.

-¿Tenía alguna razón para hacer responsable a ese otro médico?

-Era absurdo. El hijo murió porque se tenía que morir.

Disimulando la sorpresa, Zubrinic preguntó:

-¿Ella sabía por qué “se tenía que morir”?

-Pregunte mejor si lo creía, comisario. Ella no lo creía, pero debía de saberlo.- A ninguno de los dos le pareció un contrasentido.- También debía de saber el motivo de la soltería de su hijo- alegó el médico.

-¿Era homosexual?

-Públicamente, no. Tampoco mi colega sabía si lo era. Pero eso no quiere decir que no lo fuera.

-¿Usted trató de averiguarlo?- preguntó Zubrinic intempestivamente.

-Mi colega hizo indagaciones. La señora Modarelli lo acusaba de mala praxis, de negligencia criminal. Cuando pasó a ser paciente mía, no hacía más que repetir que a su hijo lo habían asesinado “los médicos”, hasta que le dije que no estaba dispuesto a escuchar tal cosa y le sugerí que se buscara otro médico. Entonces dejó de decirlo, por lo menos, a mí.

-¿Y nunca oyó algo que le hiciera pensar que era gay?

Pecoraro se encogió de hombros.

-La gente habla mucho. Con el tiempo me fui acostumbrando a no prestar mucha atención a lo que dice. Unos pensaban que lo era, y otros, no.- Miró a Zubrinic-. De modo

que no lo sé. Mi colega cree que lo era. Pero repito: yo no lo conocía y, por lo tanto, no lo sé.

Zubrinic no insistió.

-Hablemos de la señora Modarelli, doctor. ¿Podría darme usted alguna explicación de por qué alguien había de hacerle eso?

El médico echó el sillón hacia atrás y estiró las piernas, unas piernas muy largas para un hombre bastante más bajo que Zubrinic. Cruzó los tobillos y se rascó la nuca con la mano izquierda.

-La verdad, no. Estuve pensando mucho en eso desde que me llamó, mejor dicho, desde que la encontré muerta, pero no se me ocurre nada. Era una persona de cierto carácter... -Pero acá el comisario interrumpió al médico, para que no siguiera con el "cliché".

-Por favor, doctor, me pasé la vida oyendo a la gente hablar bien de los muertos o buscando eufemismos con qué disfrazar la verdad. De manera que sé lo que significa "cierto carácter", "persona difícil" y "mucho genio". Le agradecería tener en cuenta que esto es la investigación de un asesinato, por lo que sus palabras no pueden hacer ningún daño a la señora Modarelli. Así que, por favor, olvídense de la discreción, háganme de ella claramente y dígame por qué le parece que alguien había de querer asesinarla.

Pecoraro sonrió ampliamente y lanzó una mirada a la puerta de la sala de espera, en la que se oía hablar a las dos mujeres en voz baja y nerviosa.

-Debe ser una costumbre que tenemos todos; especialmente, los médicos. Nos da miedo que nos agarren diciendo de un paciente lo que no se debe decir, que nos sorprendan diciendo la verdad.

Zubrinic asintió y el médico continuó:

-Era una vieja bruja insoportable, y nunca oí a nadie decir de ella ni una palabra amable.

-¿Por qué insoportable, doctor?

El médico reflexionó. Como si aún no hubiera podido averiguar por qué o de qué manera aquella mujer se hacía insoportable. Subió la mano a la cabeza y volvió a rascar el mismo sitio. Finalmente, miró a Zubrinic y dijo:

-Quizá no pueda explicarlo más que con ejemplos. Pongamos por caso, las asistentas. Siempre estaba quejándose de ellas, diciéndome, o diciéndoles a ellas, que todo lo hacían mal. O porque ponían demasiado café en la cafetera, o se dejaban las luces encendidas, o gastaban agua caliente para limpiar las ollas, en lugar de fría. Si ellas se defendían, les gritaba y les decía que se volvieran al sitio de dónde habían venido.

En la sala empezó a llorar un niño, pero se calló enseguida. Pecoraro prosiguió:

-Así dicho, no parece tan grave, lo comprendo, pero para ellas era terrible. Probablemente, estaban sin papeles, no podían quejarse, y lo último que deseaban era volver al lugar del que habían salido. Y ella lo sabía.

-¿Usted conoció a alguna de ellas, doctor?

-¿Conocer, cómo?

-Si hablaba con ellas sobre su país de origen o de lo que hacían antes de venir.

-No; ella no lo hubiera consentido. Probablemente, no les dejaba hablar con nadie. Si mientras yo estaba allá sonaba el teléfono, enseguida preguntaba quién era y hacía que le dieran el aparato. Si oía el celular de alguna de ellas, quería saber quién las llamaba, y decía que ella le pagaba para que trabajara y no para que hablara por teléfono.

-¿Y la última?

-¿Fabi?- preguntó el médico.

-Sí.

-¿Creen ustedes que la mató ella?- preguntó el doctor Pecoraro.

-¿Lo cree usted, doctor?

-No lo sé. Cuando encontré el cadáver, lo primero que hice fue buscar el de Fabi. No creí que aquello pudiera haberlo hecho ella: la única posibilidad que se me ocurrió fue la de que ella pudiera ser otra víctima.

-¿Y ahora, doctor?

El hombre parecía realmente apenado.

-Leí los periódicos y hablé con el otro policía, y todo el mundo parece estar seguro de que fue ella.- Zubrinic esperaba-. Pero sigo sin poder creerlo.

-¿Por qué?

El médico tardó en decidirse. Miraba al comisario como si quisiera averiguar si aquel hombre, que también trataba con las debilidades humanas, comprendería.

-Hace más de veinte años que soy médico, comisario, y es parte de mi trabajo percibir lo que puede haber dentro de cada persona. No sólo lo de fijarme en las cosas físicas; he visto a bastante gente enferma como para saber que, muchas veces, si hay un mal en el cuerpo es porque también lo hay en el alma. Y yo diría que en el alma de Fabi no lo había.- Desvió la mirada un momento y dijo:- Lo siento, comisario, no puedo ser más preciso ni más profesional, pese a que "Alma" no es una asignatura que se estudie en la Católica.

-¿Y que me dice de la señora Modarelli? ¿Cree que en su alma había algún mal?- preguntó Zubrinic, dejando pasar el último comentario de Pecoraro.

-Nada más que simple avaricia, comisario- respondió el médico al instante-. Ni la ignorancia ni la estupidez salen del alma. Pero la avaricia, sí.

-Muchos ancianos tienen que vigilar sus gastos- adujo Zubrinic, asumiendo el papel de abogado del diablo.

-Aquello no era vigilar gastos, comisario. Aquello era obsesión. -Acá el doctor sorprendió a Zubrinic con una frase en latín:- "Radix malorum est cupiditas". No es el dinero la raíz de todo mal. Es el "amor" al dinero. "Cupiditas".

-¿Tenía ella mucho dinero con qué alimentar su avaricia?

-Eso lo ignoro-. En la sala contigua, uno de los niños empezó a gritar con el apremio penetrante del llanto sincero. Pecoraro miró el reloj-. Si no tiene más preguntas, comisario, me gustaría empezar a atender a mis pacientes.

-Por supuesto- dijo Zubrinic poniéndose en pie y guardando la libreta en el bolsillo-. Ha sido usted más que generoso con su tiempo.

Mientras iban hacia la puerta, Zubrinic preguntó:

-¿La señora Modarelli recibió alguna visita estando usted en su casa?

-Que yo recuerde, nadie iba a verla- dijo el médico. Se paró, buscando en la memoria-. Como ya le dije, alguna que otra vez la llamaban por teléfono, pero ella siempre decía que estaba ocupada y que volvieran a llamar.

-¿Recuerda si hablaba en italiano con esas personas, doctor?

-La verdad, no sabría decirle- respondió Pecoraro-. Es lo más probable. Casi había olvidado el castellano. A algunos les ocurre. Por lo menos, yo nunca le oía hablarlo-puntualizó. Volvió a frotarse la nuca-. Un día, hará unos tres años, ella estaba hablando por teléfono cuando llegué. Yo tenía llave, para poder entrar si ella no oía el timbre, ¿comprende? Aquel día, el televisor estaba a tope, se oía desde la calle, yo sabía que no oiría si llamaba, de manera que abrí directamente. Pero entonces noté que había bajado el volumen. Debió de sonar el teléfono mientras yo subía por la escalera. Ella hablaba con alguien.- Hizo una pausa-. Supongo que la llamada la había hecho esa otra persona. Ella siempre decía que llamar por teléfono costaba muy caro. Lo cierto es que había bajado el volumen del televisor y estaba hablando.

Zubrinic, de pie al lado del médico, esperaba sin decir nada, dejándole espacio y tiempo para recordar.

-Ella decía que había estado esperando noticias de esa persona, quienquiera que fuese, pero lo decía con una voz... no sé... cruel o sarcástica, o entre lo uno y lo otro. Y entonces se despidió y dio un tratamiento a aquella persona, no recuerdo cuál. "Dottore", quizá, o "professore", o algo por el estilo; pero no por usar el título hablaba con deferencia, sino todo lo contrario.- Mientras lo observaba, Zubrinic vio cómo el recuerdo se definía: Sí, era "dottore", y hablaba en italiano, estoy seguro.

Viendo que el médico no decía más, Zubrinic preguntó:

-¿Usted le hizo algún comentario sobre aquella conversación?

-No, no. Es más, me sentí incómodo, quizá por su tono de voz o por cierta sensación extraña que me produjo su manera de hablar, y me paré en el umbral. Al percibir el ambiente, cerré la puerta, volví a meter la llave en la cerradura y la hice girar, haciendo mucho ruido esta vez. Entonces, antes de entrar, la llamé y pregunté si estaba en casa.

-¿Puede explicarme por qué hizo eso?- preguntó Zubrinic, sorprendido de que un hombre, aparentemente tan práctico, hubiere tenido una reacción tan compleja.

El médico movió la cabeza negativamente.

-No; fue la sensación que me produjo su manera de hablar. Me pareció que había sorprendido algo... algo perverso.

El llanto del niño se había intensificado mientras hablaban. El médico abrió la puerta, asomó la cabeza y dijo:

-Señora Serrano, ya puede entrar con Gonzalo.

El doctor Pecoraro dio un paso atrás para dejar salir a Zubrinic y le estrechó la mano. Cuando el comisario llegó a la puerta de calle, la del consultorio ya se había cerrado y el niño había dejado de llorar.